



J. M. TAYLOR

EVITA PERON:
los mitos de una mujer

EDITORIAL DE BELGRANO



Colección
TESTIMONIOS CONTEMPORÁNEOS

Para LALO

© 1981 EDITORIAL DE BELGRANO - Teodoro García 2090,
(1426) Buenos Aires, República Argentina. ♦ T.E. 771-8485 y
773-4767. ♦ Hecho el depósito que fija la ley 11.723. ♦ *Colaboraron*
en esta primera edición: Diseño de tapa: Pablo Barragán. ♦ Com-
posición y armado: Linotipia San Martín. ♦ Corrección de pruebas:
Artigas Suárez. ♦ Impresión: Del Carril Impresores. ♦ Las tapas
fueron impresas en la Imprenta de los Buenos Ayres S.A. con pe-
lículas provistas por Fotocromos Rodel. ♦ Los trabajos de encu-
dernación se realizaron en Proa S.R.L. ♦ Se utilizó papel 82 x 118
Obra Voluminosa de 57 gs. y se imprimieron 5.000 ejemplares. ♦
Printed and made in Argentina. ♦ Hecho e impreso en la República
Argentina. ♦ C.D.U. 572:982.

RECONOCIMIENTOS

Mi profundo agradecimiento a los muchos argentinos que inspiraron y le dieron forma a este trabajo. La conmoción política que continúa en la Argentina hace imposible que se los reconozca individualmente. Sin embargo, no puede dejar de mencionarse el interés y la camaradería de aquellos que me ayudaron como colegas e informantes, a menudo asumiendo simultáneamente ambos roles.

Este producto final representa también la contribución de muchas instituciones: St. Antony's College, Oxford University, que al comienzo me posibilitó la iniciación de la investigación del caso de Eva Perón y al final apoyó la redacción del estudio completo; el Ford Foundation Foreign Area Program, que subvencionó el trabajo de campo en Buenos Aires por dieciocho meses; la Oxford University, que proporcionó fondos para los meses finales de la producción de la obra como disertación; y la Universidad de California, San Diego, que me ofreció el tiempo para escribir el estudio como libro.

Tengo una deuda especial con los historiadores que se tomaron un interés activo en esta obra esencialmente antropológica. Ezequiel Gallo ayudó enormemente en Oxford, en la concepción original de la obra. Continuó ayu-

dando por años en la formulación de los aspectos históricos del estudio y en la relación de éstos con el enfoque antropológico. Tulio Halperin Donghi ofreció estímulo y supervisión decisivos en los pasos iniciales del estudio hasta que estuvo bien avanzado en el campo. El cuidadoso interés de Donald Peck en la lectura del manuscrito y en los comentarios resultantes, invariablemente fueron provechosos.

El libro ha tomado su forma final gracias al aliento y a la esmerada crítica de F. G. Bailey, que brindó invaluable lecciones en el arte de escribir un libro.

En todo el curso de este estudio, Rodney Needham y Peter Rivière han logrado que sus presencias se sintieran tanto como guías y como amigos, que no puedo concebir mi obra sin ellos. Por su continuada inspiración y apoyo, merecen mi más profunda gratitud.

"Varias condiciones se habían reunido en la Dama de Quetcham que a los razonadores de aquella vecindad les parecía que tenían una estrecha relación entre sí. En ocasiones se recordaba que ella había sido la heredera de una fortuna lograda con algún negocio húmedo o seco en la ciudad, para poder explicar cabalmente que tuviera una figura regordeta, una áspera voz de cotorra y un tocado sistemáticamente alto; y dado que estos puntos la hacían exteriormente bastante ridícula, a muchos les parecía sólo natural que tuviera lo que se denominan tendencias literarias. Una pequeña comparación hubiera demostrado que todos estos puntos pueden hallarse separados; las hijas de los alcaldes a menudo son mujeres bonitas, altas y de buenas formas que a veces tienen voz áspera o ronca, y la producción de literatura floja suele ser compatible con las formas físicas más diversas, tanto masculinas como femeninas."

GEORGE ELIOT,

Daniel Deronda

"En el mundo esclarecido, la mitología ha entrado en lo profano. En su total pureza, la realidad que ha sido limpiada de demonios y de sus descendientes conceptuales, asume el carácter elevado que el mundo antiguo atribuía a los demonios. Bajo el título de hechos brutales, la injusticia social de la que derivan es ahora un coto tan seguramente sagrado como era sacrosanto el exorcista en razón de la protección de sus objetivos."

MAX HORKHEIMER y THEODORE W. ADORNO,

Dialectic of Enlightenment
(*"The Concept of Enlightenment"*)

INTRODUCCIÓN

EL MITO DEL MITO

Dado que los argentinos hablan de "el mito de Eva Perón", y desde hace tiempo los antropólogos consideran que tienen algo que ofrecer en el estudio del mito, pareció lógico (tanto a los argentinos como a los antropólogos) que yo observara el mito de esa líder popular. Evita Perón, que se elevó de sus orígenes humildes al renombre internacional como Primera Dama de la Argentina al lado de su esposo Juan Perón, inspiró tal lealtad entre su pueblo que dos décadas después de su muerte seguía siendo la heroína de las clases trabajadoras y la dinamita política en la Argentina. Pertrechado con la literatura sobre el mito y los métodos del trabajo de campo de la antropología, llegué a la Argentina a fines de 1970, me establecí con una familia peronista de la clase trabajadora y esperé para participar en su vida comunitaria y para identificar y observar el mito de Eva y su parte en esa vida.

Tanto en la Argentina como en el exterior, se creía ampliamente que el mito de Evita había surgido en las clases trabajadoras argentinas y se refería a un ideal de femineidad pura y pasiva personificado, que ejercía un

poder santo íntimamente relacionado con esa femineidad clásica. Según esta idea, el entusiasmo popular por Eva Perón no sólo asume una naturaleza vagamente religiosa, sino que también adopta la forma de una reverencia mística e irracional por una santa o madona. Peronistas y antiperonistas, argentinos y extranjeros por igual, han supuesto que las masas del peronismo popular veneran la figura de Eva como la de la heroína de la propaganda partidaria, la Dama de la Esperanza. Fue esta visión, representada virtualmente por todas las fuentes, la que definió el fenómeno cuyo estudio emprendí. Pero tal visión presentó problemas inesperados¹.

Sus paralelos con la Dama de la Esperanza oficial tornaban evidente que el mito de Eva también había sido importante en la propaganda política, donde había sido manipulado por especialistas dedicados únicamente a esa tarea. La cultura de los propagandistas profesionales y los periodistas generalmente no es la del sector al que otros grupos de la Argentina atribuyen la creación del mito místico de Eva Perón: los estratos socioeconómicos inferiores de la sociedad. Pero siempre es posible que las versiones populares se basen en la propaganda o que incorporen elementos de ésta. Mi tarea al principio fue definir el mito de Eva Perón propio de la clase trabajadora y descubrir sus conexiones con la propaganda peronista.

Esta relación me puso frente a otro problema característico de los estudios antropológicos en las sociedades complejas. La Argentina es una sociedad altamente alfabetizada. Ningún investigador puede ignorar el hecho de que los argentinos leen: leen propaganda política, publicidad comercial, literatura popular y sería e historia. Sin embargo, para las respuestas a todas las preguntas que plantea este hecho, el antropólogo no puede confiar únicamente en un análisis de contenido de diferentes medios. El observa-

dor también debe escudriñar cuidadosamente las resonancias de los temas entre diversas categorías de personas. Los documentos de cualquier índole no pueden examinarse aisladamente de una situación de campo. No sólo se deben buscar los temas sino también los valores e ideas que los miembros de la cultura asocian con ellos. Así, los ecos de las versiones orales populares de un mito se convierten en los criterios en la elección de fuentes escritas para su estudio.

El problema de la conexión entre un mito, aquellos que creen en él, y los creadores profesionales de imagen, modeló y posteriormente modificó mi plan de investigación. Había pensado vivir en una comunidad de clase trabajadora peronista mientras examinaba los medios corrientes y los del primer régimen peronista. Entonces podría comparar versiones del mito surgidas de la propaganda oficial con la literatura popular y con versiones recogidas en entrevistas con los informantes de la clase trabajadora peronista. Pero debí modificar esos planes cuando descubrí que las investigaciones paralelas, en lugar de relatos paralelos, proporcionaban versiones que diferían entre sí de manera muy significativa.

Para examinar los temas del mito de Eva Perón tanto en los medios argentinos como en el sector social para el que los suponía más relevantes, utilicé dos fuentes principales. Primero, revisé sistemáticamente periódicos, revistas y literatura popular, tanto del período contemporáneo a mi estada como de la época entre el surgimiento de los Perón en 1945 hasta la muerte de Eva en 1952. En una sociedad alfabetizada, estas fuentes no reemplazan a las tradiciones orales, pero se convierten en su complemento indispensable. Los periódicos y la literatura popular forman una parte importante de la vida en Buenos Aires. Mis investigaciones incluyeron una lectura completa de

Democracia, el órgano principal de la prensa del régimen peronista, y de las colecciones accesibles de otros periódicos del régimen y de la oposición. De la literatura popular examinada, las fuentes peronistas cubrían el primer régimen peronista y el período posterior al levantamiento de la proscripción del peronismo a comienzos de la década de 1970. Entre las primeras fuentes, fue importante una gran colección de textos escolares peronistas.

Mi segunda fuente fue la familia de clase trabajadora con la que yo vivía, sus vecinos y amigos. Durante el primer período de Perón en el poder, habían ocupado un lugar en los estratos socioeconómicos inferiores de Buenos Aires. Aunque la familia tenía una creciente movilidad hacia arriba, con hijos y nietos que pasaban a la clase media, los miembros aún exhibían muchas de las características de las clases trabajadoras. Vivían en un edificio de departamentos grande y antiguo, que se había convertido en un conventillo. En su mayoría, los propietarios de los departamentos de ese edificio habían vivido allí desde la época de Perón. Muchos moradores, como mi familia, se habían instalado ahí al llegar de una provincia del interior. Con muchas experiencias y años de existencia en común, estas familias formaban algo así como una comunidad, unidas por algo más que el vínculo formal que los obligaba a reunirse regularmente como copropietarios del edificio.

Todos los departamentos de ese edificio eran iguales: dos dormitorios, una reducida cocina y un baño igualmente minúsculo, todo lo cual daba a un corredor. Ese corredor estaba protegido del frío húmedo y de la lluvia del invierno de la ciudad junto al río por un toldo que se agitaba con violencia en las ventosas tormentas invernales. Cuando fui a vivir allá sólo mi familia, de todas las que vivían en el edificio, había reemplazado ese toldo de lona con ven-

tanás corredizas de vidrio. A éstas, sin embargo, a menudo las mantenían abiertas para poder estar enterados de los asuntos de los vecinos, a los que siempre se podía oír a través del conducto del aire que compartían los departamentos interiores. No había agua caliente, ni ducha. Solíamos darnos lo que la madre de la familia denominaba un "baño de caballo", arrojándonos baldes de agua —que si el tiempo lo permitía, calentábamos en la cocina— e impulsando el agua que entonces inundaba el baño por un desagote del piso con la ayuda de una escobilla de goma de mango largo. El invierno convertía este proceso en una ordalía, porque no había otra calefacción que una pequeña cocina de querosene. En ese departamento, el padre y la madre de mi familia habían criado a sus seis hijos.

Después de varios meses en el edificio, comencé a sospechar lo que me confirmaría más de un año más de residencia: oíría pocos o ningún relato acerca de una Eva Perón mística o santa en ese grupo o entre los otros grupos de análoga clase trabajadora que conocí por medio de mis vecinos. Esto exigió una definición mucho más compleja del mito de Eva Perón. En realidad, la creencia en el contenido místico y en el sitio en la clase trabajadora del mito de Eva Perón, eran partes del mito mismo: otro sector social había generado esta versión acerca de las clases trabajadoras y su atracción mística por Eva Perón.

Así, mientras los medios que yo estaba examinando en esa época eran muy elocuentes en cuanto a las creencias místicas y fanáticas acerca de Eva Perón entre las clases trabajadoras, hallé poca evidencia de tales creencias entre mis informantes de la clase trabajadora. Sin embargo, ellos poseían diferentes versiones de la significación de Eva Perón. En su mayoría habían tenido algún contacto con Evita. Hablaban de ella en términos realistas. Casi todos habían recibido o conocían a alguien que había

recibido ayuda personal de ella: una máquina de coser, una cama, cierto medicamento, dinero para casarse. Ella había propuesto tal y tal ley, solían afirmar, y luego comenzaban a analizar el cambio de condiciones que esa ley había producido. La fundación que ella estableciera había atendido necesidades e incluso había combatido la inflación. Eva había propulsado la construcción de viviendas para los pobres, en las que aún vivían parientes o amigos de mis informantes. La lista continuaba, pero nunca describía los méritos de Evita Perón relacionados con una femineidad idealmente casta y sumisa o derivados de los poderes místicos de una mujer, una santa y una mártir.

Además, mis informantes de la clase trabajadora desechaban sin más las versiones del mito que según los periódicos, los panfletos, los textos y libros, se suponía que ellos mismos habían generado. La charla rápidamente se apartaba de la santa y la madona para volver a los beneficios concretos que Evita había brindado. Sólo había acuerdo respecto de un elemento: para hacer lo que había hecho, Eva había realizado grandes sacrificios personales. Pero si bien ellos admiraban ese sacrificio, éste no tomaba el aura religiosa del martirio.

Otras veces, la gente trabajadora ofrecía una imagen de Eva que parecía contradecir de manera aun más definitiva la idea de una santa clásicamente femenina. Entre obreros de fábrica de otras partes de la ciudad, encontré por primera vez a la guerrera agresiva y la compañera de batalla de la guerrilla urbana, a la revolucionaria Eva Perón. Esta Eva inspiró la lealtad de facciones de antecedentes socialmente diversos que fueron los nuevos peronistas de fines de la década de 1960 y principios de la de 1970. Los trabajadores que iban más allá de una evaluación realista de la importancia de Eva en sus vidas

se referían a la Revolucionaria antes que a la Dama de la Esperanza.

La residencia prolongada, la observación participante en una comunidad en pequeña escala para examinar cuestiones relativas a una sociedad más grande, y las entrevistas en profundidad de final abierto —las habituales técnicas antropológicas— proporcionaron conocimientos que de otra manera habían resultado inaccesibles. La situación política argentina tornaba difíciles las entrevistas entre las clases trabajadoras. Llegué antes de que se levantara la proscripción al peronismo, mantenida por los gobiernos antiperonistas tras la caída de Perón, y la gente que no pertenecía a mi comunidad inmediata y a sus contactos, temía hablar de Eva Perón con cualquiera. Un norteamericano que traía a colación el tema los inquietaba aun más. Pero dentro de la comunidad en que vivía, mi íntimo contacto con su vida y sus miembros gradualmente estableció la relación por la cual el trabajador de campo busca su información. Aun nadie interesado en el mito de Eva Perón había estado suficientemente cerca de las clases trabajadoras para advertir que las versiones que éstas daban podían variar de manera sorprendente de las versiones conocidas en general en otras partes como “el mito de Eva Perón”. ¿Pero se puede estar seguro de que la comunidad estudiada sea en verdad típica de un sector más grande? Para poner a prueba el valor interpretativo más amplio de mis estudios, centré el resto de mi trabajo en las clases medias.

Al principio me había confundido el contacto con informantes peronistas que afirmaban ser clase trabajadora y que en realidad presentaban la versión mística de la vida y la significación de Eva que coincidía con relatos de los medios tanto de las fuentes antiperonistas como peronistas. Sin embargo, gradualmente me di cuenta de

que oía esa versión con mucho menor frecuencia que otras. Al efectuar una revisión, sus imágenes análogas demostraron proceder de un sector social totalmente diferente, representado por líderes sindicales, políticos, propagandistas y el pequeño grupo de ricos industriales y terratenientes que eran miembros del partido peronista. No por azar ese mito era paralelo al de la propaganda oficial: la propaganda misma había surgido del sector social cuyos miembros formalmente me narraron variaciones sobre los mismos temas. Las pautas argentinas definen a este sector como clase media. Así, el sitio de las imágenes de "Santa Evita" fue establecido como de las clases medias.

Entre tanto, los temas recogidos de los medios presentaban sorprendentes analogías con versiones del mito de Eva Perón de otra fuente, una que me estaba brindando una creciente colección de imágenes: las clases medias y superiores antiperonistas de Buenos Aires. Los argentinos mismos a menudo se referían colectivamente a la imaginaria negativa de esos grupos como el Mito Negro de Eva Perón. Rápidamente había descubierto que yo no era el único que trataba de explicar un mito de Eva vigente entre lo que se conocía como las "masas peronistas". Los argentinos que se consideraban de status social más alto también suponían que buena parte de la duradera lealtad de las clases trabajadoras hacia Juan y Evita Perón se debía a mitos cuasi religiosos referidos a los poderes místicos de Eva. Cuando los argentinos antiperonistas de las clases superiores y medias descubrieron mi interés en el tema, me informaron de sus hallazgos. Mientras narraban detalles recordados durante el cuarto de siglo desde los comienzos del primer régimen peronista, comprendí que ellos habían estado claramente interesados en el mito de Eva Perón por largo tiempo. Insistían en que el mito de una Eva mística nunca había desaparecido entre las

clases trabajadoras, y no se les escapaba ninguna anécdota nueva sobre el tema. Sin embargo, la presencia creciente obvia de una Eva realista y a veces revolucionaria en la comunidad de clase trabajadora en que vivía, en lugar de una figura de madona, proporcionaba un marcado contraste con esas historias.

Gradualmente, entonces, mientras un cúmulo de detalles acerca de la madona fue llenando mis cuadernos de notas, cambió el peso otorgado a diferentes aspectos de mis investigaciones. Se había tornado claro que las versiones realistas del poder y las dotes de Eva Perón que se manifestaban en las clases trabajadoras diferían de las versiones místicas que otros le atribuían. Los relatos del poder semirreligioso ejercido por Eva sobre sus partidarios populares, surgían de las clases medias y superiores. Esto me condujo a una investigación más intensa de las imágenes de "Santa Evita" y su magnetismo entre las masas. Para el último medio año de mi trabajo de campo decidí vivir con una familia de clase media superior de Buenos Aires, la que con sus múltiples parientes y amigos, se agregó de manera significativa a las versiones antiperonistas de la seudosanta y sus crédulos adherentes que yo ya había recogido. Extendí mis lecturas para que incluyeran la literatura antiperonista que comenzó a aparecer después de la caída de Perón y continúa hasta la fecha. Durante ese período también entrevisté a personas del sector peronista de clase media mencionado anteriormente, que me habían brindado versiones peronistas de una relación análoga, aunque valorada de manera diferente, entre la mártir santa y el populacho inocentemente devoto.

Hasta ese punto, en general se había creído que esos relatos de grupos de persuasiones políticas diferentes representaban mitos diferentes. Pero yo afirmaré que, en modos a examinarse en el cuerpo de esta obra, expresan

precisamente los mismos valores. El hecho de que las versiones peronistas y antiperonistas se centraran en los mismos temas demostraba que la propaganda peronista y los mitos peronistas y antiperonistas de la Eva mística se relacionaban directamente no con ningún fenómeno de las clases trabajadoras peronistas sino con importantes valores de la clase media argentina. El problema no era ya cómo había manipulado la propaganda los valores y la imagería de la clase trabajadora. Ahora debía explorar las maneras en que los propagandistas de la clase media habían ayudado a construir una imagen que reflejaba no la cultura de la clase trabajadora sino la propia de ellos.

Un grupo más heterogéneo enarbolaba la bandera de una Eva Revolucionaria en la época de mi investigación. Dado que la izquierda peronista militante era clandestina en ese tiempo, ese grupo no era fácil de definir. Un trabajador me dio una de las versiones más completas y coherentes de la imagen de Eva que yo iba a encontrar. Sin embargo, él y los pocos otros trabajadores de convicción similar con quienes pude ponerme en contacto, reconocieron la influencia sobre el peronismo revolucionario de los nuevos adherentes, principalmente intelectuales y miembros de la guerrilla, de las clases medias. Estos nuevos peronistas, miembros de las organizaciones universitarias peronistas, líderes sindicales y participantes en grupos aislados de militantes activos, contribuyeron a mi formulación de este mito, aunque tuve dificultad para obtener de estos informantes y de otros la propaganda relativa a la Eva Revolucionaria.

Así, las fuentes escritas han sido menos importantes para mis investigaciones acerca de la Eva Revolucionaria que para mi investigación relativa a la Dama de la Esperanza y la Mujer del Mito Negro. El análisis de este mito reveló ciertos paralelos con los otros dos, lo que sugiere

que en parte o por completo, la Eva Revolucionaria deriva de valores de la clase media, a pesar de las apariencias en el sentido contrario.

Mi investigación no se ha ocupado directamente de la aprobación que la opinión popular en el extranjero le ha otorgado a la visión de la santa de la clase trabajadora. Pero cuestionando los orígenes de tal interpretación de Eva en la Argentina, este trabajo plantea cuestiones acerca de estereotipos de mujeres y de las clases trabajadoras, que podrían explicar la fácil aceptación de la Dama de la Esperanza en todas partes, incluso en relatos serios¹.

Así, el mito de Eva Perón presenta problemas especiales al antropólogo. Algunas sociedades industrializadas complejas que, como la Argentina, han sido construidas rápidamente y en tiempos relativamente recientes, manipulan símbolos para proporcionar una identidad que los cambios generados externa o internamente desafían constantemente. La generación y transformación de símbolos en respuesta a circunstancias que difieren marcadamente presentan problemas especiales al investigador. La ausencia, en las sociedades complejas, de un sistema coherente de rituales formales y tradicionales relativos a tipos definidos de situaciones, contrasta con la relativa unidad de los universos simbólicos de las sociedades tradicionales en pequeña escala, área clásica de investigación de la antropología.

La conciencia de la necesidad de símbolos se manifiesta de diversas maneras. Una de ellas es el surgimiento de creadores profesionales de símbolos. A otro nivel, los miembros de las sociedades complejas pueden utilizar conscientemente símbolos tradicionales para establecer una identidad cultural y para proporcionar la ilusión de continuidad con el pasado en presencia de cambios lo bastante radicales como para tornar virtualmente imposible

una identidad continua. Un antropólogo pregunta qué clase de contingencias dan lugar a la actividad simbólica peculiar a tales sociedades. Se buscan paralelos y diferencias entre las situaciones en que surgen los símbolos, así como entre los símbolos mismos. Se considera la importancia relativa de las condiciones estructurales sociales, psicológicas, ambientales, demográficas y políticas de la simbolización. Relacionando estos hallazgos con las sociedades en pequeña escala, se puede iluminar el rol de estos factores en casos en que están oscurecidos por la relativa falta de cambio tanto en los códigos simbólicos como en las definiciones de acontecimientos para los cuales son relevantes.

Surgen aquí estas cuestiones generales. El mito de Eva Perón constituye parte de una serie de casos que generaron un simbolismo análogo en respuesta a un elemento análogo en situaciones por otra parte muy diferentes. Los creadores profesionales de símbolos tuvieron una importancia central en la formación de Eva y de su mito. Al mismo tiempo, la figura de Eva Perón se centraba en varios temas en las historias simbólicas de la Argentina, en particular los intentos de diferentes grupos por crear para sí identidades no sudamericanas sino europeas, como los bastiones totalmente humanos de la civilización que repelían a las fuerzas de la bruta barbarie.

Una mujer que se torna tan poderosa como llegó a serlo Eva Perón, que suscite tantos mitos duraderos y variados, es rara. Mi primer capítulo comienza por explicar su perdurable fascinación haciendo referencia a las ideas comunes acerca de la naturaleza de las mujeres y al simbolismo virtualmente universal concerniente a la posición de la mujer en la sociedad. A estas consideraciones generales sigue, en el segundo capítulo, un panorama necesariamente breve de ciertas características históricas y cul-

turales que proporcionan el marco para la historia de Eva Perón, indicando sus complejas relaciones con los temas simbólicos de la historiografía argentina. Luego se esboza la biografía de Eva Perón. Esta versión documentada de su vida se pone inmediatamente en contraste con dos mitos importantes acerca de ella: la Dama de la Esperanza del peronismo ortodoxo y la mujer del Mito Negro del antiperonismo. Estos mitos aparentemente contrastantes se analizan juntos en el capítulo 5, que demuestra que de hecho comparten su estructura y valores subyacentes, y que éstos se relacionan con el simbolismo del poder femenino. Estas pautas simbólicas asociadas con la naturaleza femenina de Eva Perón brindan significativos paralelos con la imaginaria vinculada en toda la historia argentina con sectores marginales de la sociedad, las "masas". Finalmente, se introduce aun otro mito: el de la Eva Revolucionaria, una primera mirada enteramente diferente de las otras dos. Invocada por las fuerzas de la guerrilla y la izquierda militante argentinas, esta Eva —tanto mujer como revolucionaria— exhibe elementos característicos de la imaginaria de la femineidad y de las masas. Las conclusiones del estudio reúnen los temas que surgieron respecto de la relación de la imaginaria femenina con ideas del poder de las mujeres.

De los capítulos que siguen, sólo la biografía y la primera sección del marco histórico se ocupan del hecho histórico como a veces se lo entiende, es decir, de "lo que sucedió realmente". El resto de este libro hace a un lado esta clase de hecho y se refiere a imágenes míticas. Donde los mitos han incorporado algo que "sucedió realmente", estas páginas lo informan como parte de los mitos. Los mitos incorporan elementos de la "realidad" que contribuyen a su subyacente pauta de valores: omiten los otros. Estos elementos no se incluyen porque "sucedieron real-

mente" sino antes bien porque corresponden al mito: se tornan míticos. El caso de Eva Perón no revela ningún punto fácilmente perceptible en el que termina la "realidad" y comienza el mito. Estos mitos han utilizado a la realidad y la realidad ha sido modelada por estos mitos. La gente ha actuado según lo que creía que era la verdad acerca de Eva Perón, y también ha actuado según lo que pensaba que otra gente creía acerca de Eva Perón. Ellos han influido sobre los mitos, y han influido sobre un mito acerca de esos mitos.

I

EL PODER DE UNA MUJER

Como Eva Perón en la Argentina, otros hombres y mujeres poderosos de sociedades complejas han inspirado un entusiasmo popular que a su vez ha generado mitos acerca de ellos. Pero pocos han tenido un peso comparable sobre la imaginación de sus compatriotas: pocos pueblos han rodeado a sus líderes de tantos mitos elaborados con tanto detalle; pocos han continuado creando roles nuevos para sus héroes y heroínas tanto tiempo después de desaparecidos de la escena nacional; a pocos les ha resultado natural que los mitos y los restos mortales desempeñen una parte tan activa e importante en las maniobras políticas oficiales así como en las lealtades políticas populares.

Evita nos pone frente al enigma del poder atribuido a una mujer en una sociedad tradicional y formalmente patriarcal, una sociedad que desvaloriza a las mujeres respecto de los hombres. Todo intento por resolver este problema revela otro: ¿en qué medida el poder de Evita, tal como los partidarios y enemigos de la mujer lo han concebido con los años, se asemeja a las cualidades atribuidas a las mujeres en posiciones de poder en culturas

muy diferentes, incluidas tanto las sencillas sociedades no occidentales como los modernos Estados occidentales?

Los mitos de Eva Perón solamente no pueden ofrecer soluciones definitivas a tales problemas. No pueden decirnos precisamente por qué la Primera Dama argentina fue promovida y aceptada en términos de imaginaria sorprendentemente semejantes a los que rodearon a Imelda Marcos, la Primera Dama de las Filipinas, o los originalmente asociados con Sirimao Bandaranaike, esposa y sucesora del primer ministro de Ceilán. Tampoco pueden explicar la semejanza del rol de revolucionaria atribuido a Eva y el de otra ex actriz, esta vez de China: Chiang Ch'ing, esposa de Mao Tse-tung. No hallamos ninguna explicación simple de vislumbres de rasgos paralelos en retratos trazados por los medios norteamericanos de mujeres tales como Jacqueline Kennedy, durante la presidencia de su esposo, custodio de la virtud en la forma de la belleza y la cultura, o Betty Ford, aclamada como una Primera Dama espontáneamente radical al lado de un presidente comparativamente convencional y conservador. Pero del cúmulo de detalles relativos a las diferentes imágenes de Eva, surgen sugerencias de que pueden existir vínculos entre estos casos distintos de mujeres poderosas. Sólo reuniendo detalles similares relativos a tales mujeres y a otras se pueden analizar estos vínculos o postular otros nuevos.

En formulaciones diferentes o contextos distintos, los argentinos han descrito explícitamente el liderazgo de Evita, no el político sino el espiritual, moral o religioso. En el momento de su muerte, probablemente Eva Perón fuera la mujer más poderosa del mundo. Pero los argentinos que le dan curso a su odio o que expresan su amor a Eva Perón recuerdan su poder especial como emocional e intuitivo, violento, místico, no institucionalizado. A esto, le

agregan un énfasis particular: describen el liderazgo de Eva como irracional, no analizable, incontrolable. Más que autoridad política, ella ejercía un poder que, según distintas versiones de propagandistas y adherentes del peronismo, era místico-religioso, moral o espiritual.

Eva con su esposo formaban una pareja gobernante a la que sus partidarios veían como líderes con dos tipos complementarios de poder. "Perón es la estrategia peronista", dicen los argentinos, "pero Eva es la ideología peronista". Con menor frecuencia, los peronistas me repitieron el antiguo slogan del primer régimen peronista: "Perón cumple, Evita dignifica". Perón, algunos afirmaban, era el último político, mientras que de ningún modo se podía clasificar a Eva como un fenómeno político. La izquierda peronista, que en la época de mi investigación estaba empezando a fusionarse con la izquierda marxista, afirmaba que Evita era el "espíritu" de la lucha de la resistencia de guerrilla, mientras que Perón mismo era el "contenido" de la lucha. Luchaban con las propias tácticas de Perón por el regreso de éste, pero Eva era la fuerza subyacente en la lucha¹. En su autobiografía Eva expresaba que la diferencia entre ella y su esposo era que él actuaba "con inteligencia; yo, con el corazón"; "él, sabiendo bien qué deseaba hacer; yo sólo sintiéndolo"².

¿Era fortuita la imaginaria que rodeaba a Eva, o sugiere que ella, y otras mujeres en situaciones o posiciones semejantes, brindan imágenes especialmente adecuadas a un concepto relacionado con el poder espiritual? Una atenta revisión de los ejemplos sugiere que tal simbolismo, al surgir, puede exhibir cierta lógica. A comienzos de la década de 1970, la propaganda en las Filipinas elogiaba a la Primera Dama de la nación:

"Ferdinand sería el cerebro; Imelda sería el corazón. Ferdinand sería el cuerpo; Imelda lo dotaría de alma... Como presidente de la república, Ferdinand E. Marcos se concentraba en los asuntos de Estado, la paz y el orden, la unidad nacional, los conflictos políticos e ideológicos, el desarrollo y las reformas económicas, los asuntos exteriores, la educación... Su tarea era construir una nación, unir todos los elementos diferentes y conflictivos de la sociedad filipina en una homogeneidad nacional... En la realización de esa tarea probablemente fuera impersonal, incluso nada sentimental... Los hombres de poder desarrollan corazón de acero... Se llegan a endurecer hacia lo que Imelda ha definido como «lo auténtico y bueno y hermoso»... Ella sabía que el presidente guerrero, en la implementación de su visión, podía descuidar el aspecto más fino de la vida... Imelda infundiría bondad, autenticidad y belleza a la casa que construiría Ferdinand... El cerebro y líder de esa singular revolución es Ferdinand E. Marcos; su corazón, Imelda³."

Anteriormente, en términos que ofrecen otro ejemplo de imaginaria análoga en medida significativa a los mitos argentinos de Evita, los partidarios del recién elegido primer ministro de Ceilán, S. W. R. D. Bandaranaike⁴, habían proclamado a la esposa como un modelo de femineidad. Como tal, esta mujer podía actuar como el alma del gobierno, mientras el esposo se ocupaba de asuntos tácticos. Los entusiastas la aclamaban por su belleza y domesticidad, admiraban su alta posición social y la llamaban "nuestra madre", describiéndola como *sidevi*, es decir, poseedora de todas las características positivas atribuibles a la femineidad. Como benefactora y generosa, compren-

siva y tierna, Sirimao Bandaranaike personificaba los aspectos afectivos contra los aspectos instrumentales del régimen de su esposo.

Tras la muerte de Bandaranaike, cuando el régimen comenzó a perder su popularidad inicial, la oposición en aumento culpó a la señora Bandaranaike por los males que se percibían de manera creciente en el gobierno. Ella misma y su gobierno fueron condenados en términos nuevamente vinculados con su naturaleza femenina y sus implicaciones de poder intuitivo o instintivo. Cuando asumió el cargo del esposo, la señora Bandaranaike había aparecido en las descripciones de los partidarios como una viuda honorable que defendía el buen nombre del marido. Ahora, inculpándola como la causa de las dificultades del régimen y de la nación, los enemigos acentuaban la tradicional definición de las viudas como poco auspiciosas. La señora Bandaranaike se había tornado *mudevi*, y encarnaba todo el potencial para el mal inherente a la femineidad: no controlada su sexualidad femenina, sólo fingida su generosidad maternal, se la veía como violenta, vengativa e irracional.

No sólo tales casos aislados, sino la literatura etnográfica en general, fundamentan la idea de que las cualidades que se cree caracterizan el poder de Eva Perón son vinculadas tanto en la Argentina como en otras culturas con ideas relativas al poder femenino en general. Un panorama de los conceptos del poder típicamente esgrimido por las mujeres sugiere que derivan universalmente de una combinación de varios factores: la naturaleza física de la mujer, que la implica con el tiempo en el proceso reproductivo así como en la lactancia; los roles sociales que pueden asignárseles a las mujeres por esas condiciones físicas; y los concomitantes psicológicos de ambos⁵.

Tanto el control precario que la civilización ejerce sobre su naturaleza biológica y sexual como su posición anómala en los intersticios de la sociedad, atrapan a la mujer en un estado ambiguo donde ella proporciona un importante foco para ideas culturales centrales de pureza y contaminación⁶. Se define repetidamente a las mujeres en términos de procesos físicos de los cuales sus cuerpos dan evidencia frecuente y explícita. Se considera a estos procesos como fuerzas naturales que deben ser mantenidas dentro de los límites impuestos por la influencia civilizadora de los hombres. Sin las restricciones necesarias, las mujeres se convierten en fuentes de contaminación; cuidadosamente constreñidas por las normas y reglamentaciones de su cultura, se convierten en símbolos importantes de pureza. Al mismo tiempo, virtualmente todas las sociedades excluyen a las mujeres de sus reglamentaciones y categorías formales, de sus posiciones y objetivos, relegándolas al ámbito de la domesticidad, fuera de las estructuras oficiales. Los roles y el poder atribuidos a las mujeres son informales y no institucionalizados, en contraste con las posiciones y la autoridad culturalmente legitimadas atribuidas a los hombres. Poderosas o no, a las mujeres y su conducta se las ve como "idiosincrásicas e irracionales", "emocionales", "desorientadas", "espon-táneas y confundidas", "afectivas" y "expresivas", des-viantes o manipulativas⁷.

De este contexto surgen tres tipos generales de fuentes de poder femenino. Las mujeres pueden manipular su posición doméstica, exigiendo lealtad, por ejemplo, como madres, u ofreciendo o rehusando el desempeño de deberes culinarios, sexuales u otros. Las mujeres pueden también manipular los mismos símbolos y la ideología que limitan sus actividades y apartarlos de los hombres, acentuando las diferencias a su favor. En este sentido pueden ejercer

el poder sobre los hombres, amenazándolos desde el poder de roles como encarnaciones del mal y la contaminación, o como encarnaciones de pureza, manteniéndolos a raya. Finalmente, aunque lo hacen pocas veces, las mujeres pueden asumir roles masculinos, entrar en el mundo de los hombres y competir por el poder según los términos del sexo opuesto⁸.

Una perspectiva de las culturas, entonces, revela una asociación de las mujeres con la esfera doméstica, una relacionada exclusión general del poder institucionalizado, y una imaginaria derivada de estas condiciones. Este contexto torna más probable que los pueblos conciban instancias específicas del poder de las mujeres y las describan simbólicamente como espirituales, místico-religiosas o no institucionalizadas, en lugar de interpretarlas como temporales, jurídicas o "políticas".

Esta tesis merece mayor consideración aquí porque hay evidencia de que muchas culturas distinguen tipos de poder, diferenciando lo que podría reconocerse sólo como elementos analíticos inherentes a un único fenómeno en otras culturas. Y en algunas culturas donde se distinguen los tipos de poder, a las mujeres se las vincula de manera simbólica con un poder análogo al de Eva Perón.

El atractivo atribuido a Eva, claramente diferente del de Juan Perón, dirigió mi atención a esta simbólica distinción en otras partes. Otras ideologías distinguen el poder político o temporal, a menudo institucionalizándolo como complementario de otra autoridad espiritual. Los dos tipos de poder se pueden distinguir y simbolizar de diversas maneras, de acuerdo con la diferencia de acento que se pone sobre cada uno, o con la distribución de los dos en todos los grupos sociales o instituciones. En tales casos la relación simbólica de los Gurage y Fuga de Etiopía⁹, los khans y santos de los Swat Pathans¹⁰, o los

ksatrya y los brahmanes de la clásica sociedad hindú¹¹, el poder temporal o jurídico y la autoridad espiritual o religiosa se atribuyen a diferentes grupos de los que se considera que poseen una relación complementaria.

Si los conceptos de poder o liderazgo a menudo postulan una complementariedad de facetas diferentes, puede existir cierta lógica en la asunción del liderazgo espiritual por parte de la esposa de un líder político que puede proporcionar el otro término necesario para el concepto de poder total. En este sentido, un factor importante en la atribución de poder espiritual a las mujeres en esta posición puede residir no sólo en la imaginaria asociada con el sexo femenino, sino también en la sencilla idea de la complementariedad de los sexos. Las sociedades pueden aprovechar cualquier conjunto de relaciones complementarias para emplearlo en manifestaciones simbólicas de la dualidad del poder. En este contexto, el interés no reside realmente en el contenido de las relaciones, aparte de su estructura complementaria. Esto posibilita la distintiva atribución de facetas análogamente diferenciadas del poder a términos diferentes complementarios de cualquier relación empleada.

Sin embargo, y de mayor interés aquí, existen casos que sugieren que dentro de una relación entre los sexos, otros conceptos que la complementariedad se tornan altamente relevantes para la atribución de diferentes poderes a mujeres y hombres. Estos conceptos se relacionan de manera más directa con la naturaleza de la femineidad o la masculinidad. La precisa imaginaria que rodea a Eva y su poder —y sus paralelos con la conceptualización del poder femenino en otras partes— indican que existen ciertos contextos donde las mujeres son adecuados reservorios de cierta clase de poder espiritual o místico-religioso.

El caso de Eva y Juan Perón, y tal vez el de Marcos y el de Bandaranaike, parecen presentar un contraste del poder espiritual con el temporal, una formulación que se verifica en muchos contextos culturales diferentes. Estas manifestaciones del tema que se hallan con mayor frecuencia parecen establecer, en superficie, una simple asociación de la femineidad con el poder espiritual y de la masculinidad con el poder temporal. Sin embargo, como muchas culturas relacionan a los hombres con la autoridad espiritual, estos casos de marido-mujer pueden ser instancias de una distinción más amplia: entre el poder controlado y el poder no controlado. Edmund Leach ha llamado la atención respecto de tal contraste en su examen del ataque sobrenatural controlado y la influencia espiritual no controlada¹². También esta oposición puede subsumirse en la distinción propuesta aquí. Tanto ataque como influencia indican poder; y todo el poder participa de alguna manera de lo sobrenatural, lo espiritual, lo elevado, creando vínculos con importantes valores culturales. La autoridad política institucionalizada, por supuesto, es invariablemente un caso de poder controlado. Pero la autoridad espiritual institucionalizada también puede representar un caso de poder controlado, en contraste con la autoridad espiritual fuera de las instituciones y por lo tanto más allá del constreñimiento.

Sugeriría, entonces, que los casos de un vínculo entre las mujeres o las características femeninas y el poder espiritual pueden surgir en los manejos de una sociedad con un ámbito espiritual parcial o totalmente más allá de los límites de sus instituciones o manipulaciones: un ámbito que es no institucionalizado, no controlado, irracional o incomprensible. Se podría esperar una asociación entre el poder espiritual o místico de esta clase y las mujeres y la femineidad, caracterizada como intrínseca-

mente ajena al rango y a la racionalidad de la estructura social formal. Por otra parte, cuando el poder religioso está implicado en las formas y el control sociales, las sociedades podrían adjudicar este poder a los hombres.

Sociedades que difieren mucho entre sí, incluso algunas occidentales, ilustran esta asociación de tipos de poder complementario con los dos sexos. La existencia simbiótica de los gurage de Etiopía con otro grupo, los fuga, separa drásticamente el poder espiritual del político. Los especialistas del ritual son los despreciados y dominados fuga, que están controlados políticamente por los hombres gurage. Los fuga comparten un idioma secreto con las mujeres gurage. Además, en contextos importantes son las *mujeres fuga* a las que se designa para que desempeñen indispensables roles rituales.

En contraste, en una sociedad donde los ámbitos espiritual y político están integrados juntos en una estructura social y un poder formales, los únicos especialistas religiosos clásicamente sancionados del hinduismo son invariablemente varones. Pero las mujeres y otros grupos marginales llegan a convertirse en especialistas en rituales populares y no clásicos tales como el exorcismo, las prácticas curativas y los cultos de la personalidad. La cosmología hindú reitera estos temas de la práctica ritual. El sacerdote, aquí la fuente de la legitimidad y el orden, es asociado con el principio masculino y posee un poder temporal, que es mortal cuando no está controlado¹³. El principio femenino corporiza tanto el poder activo como la materia indiferenciada en el universo. El principio masculino, en contraste, es inactivo y se lo identifica con el espíritu diferenciado, con la existencia estructurada o codificada.

Las mujeres, y las deidades femeninas, presentan la amenaza constante de que su poder sin estructura escape

al control y se convierta en una fuerza maligna. En ausencia de autoridad masculina, a menudo la de un consorte, se cree que la mujer puede desencadenar la destrucción y la violencia insensatas a su alrededor. Pero su poder puede tornarse benevolente cuando, como en los mitos de las esposas correctamente castas que transfieren su poder al esposo para asegurarles la victoria en la batalla, ella somete su poder al control de los hombres¹⁴.

En la cultura de los indios mapuche del sur de Chile, el sacerdote ritual (invariablemente un anciano de linaje, habitualmente un anciano de linaje dominante e idealmente un jefe) contrasta con el shaman, el machi. El sacerdote actúa en el contexto de un conjunto de conocimientos rituales definidos y se ocupa de derechos y obligaciones de parentesco igualmente definidos, extendido a la congregación ritual, incluyendo a los antepasados de los grupos participantes. El shaman manipula espíritus familiares, llegando a ser poseído por éstos, y es sometido al ataque de los espíritus malos. El sacerdote, "que no lucha con las fuerzas del mal directamente", y que está integrado en las estructuras de autoridad formales de la sociedad mapuche, siempre es un hombre. El *machi*, o shaman, cuyo poder diferente se requiere en los ritos *formales* sólo "donde la jefatura o las habilidades rituales se están debilitando", es siempre una mujer¹⁵.

En la cultura occidental, donde han coexistido los conceptos de la autoridad espiritual institucionalizada y los poderes espirituales no controlados, el primero ha estado restringido a los hombres. La atribución de autoridad espiritual institucionalizada a las mujeres continúa suscitando controversias y divisiones. Pero tradicionalmente, el poder espiritual más allá del control institucional o aun social, ha sido imputado a las mujeres o ejercido por ellas,

como en el caso de las brujas, o tal vez, el caso de las esposas de hombres poderosos.

Los casos occidentales en que los poderes espirituales no controlados han caído en manos masculinas, pueden haber surgido cuando no había ninguna mujer en la escena a quien pudieran atribuírseles. Las difundidas imágenes de Fidel Castro como político y del Che Guevara como líder místico de la revolución podrían ser ejemplos de esto. La muerte del "Che" surge como otro elemento posible en esta versión popular de los líderes cubanos, y se analiza en el capítulo 8.

La naturaleza de la asociación entre las mujeres y los poderes espirituales no controlados, que aparece en muchos casos en el registro etnográfico, puede variar con otras características de la organización social. Hay indicaciones de que cuando con mayor firmeza un grupo relega a las mujeres a su lugar fuera de las estructuras de poder y producción, más definidamente puede asociarlas con el poder espiritual o no controlado. Los estudios relativos a la sociedad mapuche y a grupos del sur de la India que muestran a las viudas como brujas y como perpetradoras de asesinatos con veneno al azar y aparentemente sin sentido respectivamente, confirman esta sugestión. Entre los mapuche, aquellas de quien más a menudo se sospecha de brujería son las ancianas despojadas de una posición sólida en la sociedad, en especial las mujeres que se han casado con el linaje de su esposo y han sobrevivido no sólo a éste sino a muchos de sus hijos¹⁶.

Con respecto a otras castas, los havik brahmanes de la India del sur dan a sus mujeres una condición notablemente más periférica a la posición social y a la producción. En contraste con las mujeres brahmanes, las de las castas inferiores pueden poseer tierras, trabajar en los campos por un salario o dedicarse a transacciones finan-

cieras independientemente del marido. Significativamente, son los brahmanes los que con mayor firmeza siguen los tabúes menstruales que identifican a las mujeres como una fuente de contaminación peligrosa, y son ellos solamente los que temen a sus viudas como las fuentes de violencia al azar mediante el asesinato con veneno¹⁷.

En Occidente, tales consideraciones pueden estar íntimamente relacionadas con la clase social. Los estudios de la sociedad norteamericana demuestran que cuando las mujeres de la clase media perdieron su importancia en la producción del hogar, ocuparon una posición crecientemente marginal dentro de la sociedad y fueron correspondientemente definidas en términos no de autoridad legitimada por la sociedad sino de "influencia" instintiva y espiritual ejercida de manera especial por virtud del exaltado rol tutelar de la maternidad. Este poder femenino quintaesenciado dependía de una naturaleza femenina emocional, intuitiva, no intelectual, que ubicaba a las mujeres más cerca que los hombres del ámbito de lo divino¹⁸. Esta definición y los valores asociados pueden haber afectado a un ideal femenino en otros sectores de la sociedad, pero no pudieron haber modificado en gran medida una realidad de clase trabajadora en que las mujeres debían contribuir al ingreso familiar o incluso sostener por sí solas a la familia. Tales estudios profundos de valores sociales íntimamente relacionados con el protestantismo de una era particular no han sido extendidos a la América del Sur católica romana, aunque se han realizado investigaciones que indican que se produjo una segregación paralela de la mujer de clase media de las esferas de la función pública y la producción en algunas áreas, con efectos análogos sobre los valores¹⁹. La imagería femenina que surge de los estudios de las clases medias norteamericanas ofrece notables paralelos con la de las clases medias de la socie-

dad argentina católica romana. El mito de Eva Perón podría sugerir que los factores de clase pesan mucho más que los de la religión en el desarrollo de este ideal femenino.

Surge otra implicación de la exclusión virtualmente universal de las mujeres de la autoridad legitimada, y de las descripciones de las mujeres como ajenas o no calificadas para ingresar en ese ámbito del poder institucionalizado. Podría esperarse que los roles revolucionarios fueran atribuidos a las mujeres en posiciones de liderazgo o prominencia. Evita Perón fue caracterizada en diferentes épocas como revolucionaria, a veces en contraste con su esposo. La esposa de Mao, Chiang Ch'ing, ha sido vista bajo una luz similar, lo que causó primero su glorificación y luego su caída, según la Revolución Cultural de la que fue la patrocinante principal²⁰. La imaginería que rodeó a Betty Ford en los Estados Unidos a menudo ofrece temas paralelos, como se mencionó anteriormente. Limitado como está al estudio detallado de un caso, el análisis presente sólo puede introducir de manera tentativa esta consideración, con la esperanza de que sea recogida en otras investigaciones sistemáticas de las imágenes de otras mujeres o parejas poderosas.

Sin embargo, las diferentes facetas del caso especial de Eva Perón ofrecen un apoyo preliminar a las ideas sugeridas aquí relativas a una conexión entre la imaginería femenina, el poder no controlado y el liderazgo revolucionario. Dos de los mitos a examinar, la versión positiva del régimen y sus adherentes de clase media y la versión negativa de la oposición predominantemente de clase media, acentúan el éxito o el fracaso de Eva en satisfacer el ideal de femineidad. Los mitos formulan este ideal en términos que están intrincadamente vinculados con la calificación del poder de esta líder como espiritual o mís-

tico o más allá del control del protocolo, las reglas o la razón misma. La tercera versión, en la que Eva figura como la encarnación de la revolución en la Argentina para los adherentes de diferentes persuasiones políticas y estratos sociales, le atribuye de manera más directa la importancia de Evita a su liderazgo espiritual, pero no acentúa su naturaleza como miembro del sexo femenino. Sin embargo, el mito de la Eva revolucionaria define las cualidades que se creen que tornan especial su poder en términos que también son congruentes con el ideal femenino que aparece en otras versiones. La Dama de la Esperanza, la mujer del Mito Negro, y la Eva Revolucionaria, todos estos mitos contrastan el liderazgo de Eva con el poder político ejercido dentro de los parámetros de las instituciones, las leyes y los corruptores constreñimientos de la naturaleza humana. Muy explícitamente depositan ese poder político en manos de su esposo, Juan Perón.

EL TELÓN DE FONDO

Los partidarios de Eva Perón percibían su vida de la manera más sencilla, como un viaje del interior rural de la Argentina a la vida de ciudad de Buenos Aires, de las clases inferiores desposeídas al éxito y la riqueza. En todo esto la vida de ella era representativa del camino seguido de manera menos espectacular por sus propias vidas, así como del sueño de éxito que los atraía a ese camino particular. Muchos argentinos ven la migración de las provincias a la capital, de la que Eva y sus partidarios eran parte y que comenzó antes del surgimiento de Perón y se incrementó durante sus años en el poder, como una última variación sobre un tema central para la visión argentina de su propia historia: la confrontación entre la Argentina rural y la urbana, entre el interior y el puerto, entre América y Europa, entre la barbarie y la civilización. Según muchos, Eva logró superar sus orígenes en el lado despreciado de esta oposición por su capacidad para identificarse y utilizar los términos valorados de la dicotomía y para valorizar los términos que tradicionalmente habían sido condenados.

La vitalidad de dos interpretaciones diametralmente opuestas de la historia argentina, cada una de las cuales posee expresiones tanto populares como académicas, puede desconcertar a los observadores de naciones con una historia nacional relativamente unificada (o del sector dominante responsable de la unificación de tales naciones). El argentino promedio comprende que su propia concepción general de la historia de la nación, por vaga que ésta sea, a menudo contradice la versión sostenida por muchos de sus compatriotas, tanto en líneas generales como en detalles. Una versión de la historia de la Argentina toma la forma de la glorificación de Juan Manuel de Rosas, atractivo conductor del siglo XIX y héroe de los gauchos; la otra versión importante toma la parte de los enemigos de Rosas, principalmente Rivadavia, Mitre y Sarmiento. Cada interpretación posee expresiones tanto populares como académicas. Los conflictos acerca de la interpretación correcta surgen no sólo en una limitada esfera académica; son importantes en la continua formación y reforma de identidades étnicas y políticas y en conflictos entre los grupos ya establecidos. Los argentinos incluyen estas cuestiones en tratados, informan sobre ellos en revistas semanales y pintan slogans al respecto sobre las paredes. Los grupos en conflicto sobre otras bases que las interpretaciones de la historia, a menudo sienten la necesidad de identificarse con un lado de la controversia y rastrean hasta líderes del siglo XIX su genealogía ideológica y a veces aun fisiológica.

Factores complejos establecieron un golfo entre dos Argentinas: el interior y el litoral. Partes de la pampa y, de manera más particular, el litoral, comparten con Buenos Aires las características que diferencian a todo el área del resto de la Argentina. Pero el concepto popular simplificado de esta división ubica a Buenos Aires, el

puerto europeizado, rico y sofisticado, solo contra las provincias, a las que se considera desposeídas y menos civilizadas. La simbólica oposición ha tomado la forma de divergentes versiones culturalmente determinadas de la historia argentina, o de las genealogías políticas. Antes de dedicarnos a ellas, este análisis examinará primero sus fuentes en acontecimientos y condiciones contingentes, en los valores culturales derivados de estos acontecimientos y condiciones, y en la imagería relacionada. Los valores y la imagería subyacentes en las diferentes historias así como las historias mismas, tuvieron una parte importante en los intentos de Eva y Juan Perón, sus partidarios y sus enemigos, en sus luchas por legitimar sus ideas y acciones.

Tres eras de la historia argentina, con los símbolos de que cada una se rodeó, ocuparán la atención de esta obra aquí y en otros puntos de la exploración de la naturaleza de la imagería que rodeaba a Eva Perón. Cada era representa muy diferentes condiciones sociales, económicas y políticas, y cada una tuvo manifestaciones simbólicas muy similares acerca de sí, a pesar de las diferencias. Esta introducción de estos casos se centra en el diferente contexto histórico de cada ejemplo de imagería similar. La imagería misma y los muchos paralelos que ofrece cada caso con los otros, proporcionan el centro de un detallado examen en un capítulo posterior. Este capítulo si bien se centra en las vastas diferencias entre los tres períodos históricos, señala que los mismos conjuntos de circunstancias y condiciones diferentes exhiben una semejanza: el surgimiento de una devoción popular hacia una figura política. Tal fervor, y el temor de él como fuente de poder, desencadenan una reacción en grupos que se distinguen de lo que perciben como las masas populares. La reacción ha consistido en el surgimiento

de imágenes míticas en los sectores sociales que se oponen a la agitación popular. Tales imágenes expresan las ideas de la oposición del líder popular, de sus adherentes, y de la forma precisa que se supone ha tomado el difundido entusiasmo. Pero estas ideas se basan no en la naturaleza del líder y del sentimiento popular hacia él, sino en valores de los grupos opositores, que se definen como la clase media y superior. Generan tales imágenes en un momento en que creen que está amenazado el equilibrio de poder de la sociedad. Ven en peligro su posición en esa sociedad, y por lo tanto su identidad misma.

DOS ARGENTINAS

Las profundas diferencias y aun la enemistad entre los ciudadanos del interior y del litoral argentinos han generado algunas de las oposiciones más fundamentales en simbolismo y mito dentro de la cultura argentina, y han servido durante toda la historia de la nación como la base para la justificación y el insulto político y social. La colonización original del Río de la Plata comenzó en la época de los virreinos españoles, pero la zona no se convertiría en un virreinato hasta muy tarde en la historia de la dominación española del continente. La ciudad argentina más antigua no es Buenos Aires ni ningún otro puerto. La nación fue colonizada desde el oeste, no desde el este, ya que las ciudades surgieron a lo largo de las rutas de mulas hacia las riquezas de las minas del Alto Perú. La primera ciudad de la Argentina entonces fue la ahora oscura Santiago del Estero. Desde la región relativamente árida del noroeste del país, la ciudad no podía aprovechar

los futuros frutos de las pampas o los puertos que crearía la riqueza argentina. En 1580, tres décadas después de la fundación de Santiago del Estero, estableció en Buenos Aires una afortunada colonia una expedición procedente de Asunción, futura capital del Paraguay. Las restricciones al comercio continuaron orientando por otro siglo hacia el Perú a las ciudades argentinas del interior, y pasó aun otro año antes de que se estableciera una aduana en Buenos Aires, en 1779. Por esa época, un decreto real había puesto fin al monopolio comercial Panamá-Sevilla, permitiendo el comercio entre España y los distintos puertos del Nuevo Mundo así como entre los puertos de todo el imperio.

Entretanto, aislado de las sociedades tradicionalmente hispánicas del interior, el litoral argentino comenzó a desarrollar el carácter singular que luego permitiría a los argentinos percibir dentro de su nación a Europa y a América del Sur en confrontación. La colonia costera carecía, por una parte, de tradiciones familiares y estructura de clase directamente importadas de España, y por la otra, de grandes masas indígenas que proporcionarían mano de obra fácilmente obtenible. Estos factores ayudaron a formar una identidad étnica distinta para el área del litoral argentino, y se combinaron con la orientación natural de una ciudad portuaria al comercio, para hacer de Buenos Aires una sociedad relativamente abierta.

Cuando su comercio se tornó legal, la ciudad inició un período de florecimiento económico. Las fortunas fáciles y la inmigración creciente exageraron las posibilidades originales de movilidad social y promovieron el éxito de las empresas no tradicionales. La floreciente economía tenía como base el comercio y el ganado. Cueros y carne salada iban a mercados extranjeros donde se los cambiaba por bienes para los consumidores de la región costera ar-

gentina. Entre tanto, la actividad económica en el puerto significaba que los intereses del litoral se tornaban más y más lejanos de los del interior, donde las pequeñas fincas e industrias necesitaban mercados domésticos para sus productos. En términos económicos, entonces, así como en términos de composición étnica y estructura social, las dos Argentinas comenzaron a surgir en oposición antes de la Independencia, en 1810.

Después de la Independencia, estos conflictos económicos se tornaron abiertamente políticos también. Los héroes populares y los acontecimientos de la época llegaron a personificar los términos del conflicto posterior, hasta la era peronista y después. Bernardino Rivadavia, elegido primer presidente de la República, se vio obligado a renunciar a su cargo cuando las provincias rechazaron su constitución de 1826. La derrota de Rivadavia fue vista como la derrota de su visión de una futura Argentina modelada según Europa, hacia la cual habían estado dirigidas sus medidas progresistas en el gobierno y el desarrollo. La Argentina entró en el período conocido como la anarquía, que vio el surgimiento de las tropas de guerrilla de montoneros, sus caudillos, y finalmente de Juan Manuel de Rosas, que se jactaba de ser el caudillo de los caudillos y que finalmente logró relativa unidad en la nación bajo su mandato de mediados de siglo como gobernador, al que se le habían otorgado "poderes supremos y absolutos".

Si bien las bases reales de poder de Rosas exhibían contradicciones y no pueden resumirse sencillamente, él afirmaba representar, con los montoneros y sus líderes, la verdadera Argentina del interior en su lucha por el poder con los improductivos residentes europeizados de la capital. En esa época, su comercio principal de carne salada de sus estancias apartó a la Argentina de Europa

y la orientó hacia los principales mercados de esclavos del Nuevo Mundo. Las posteriores barreras aduaneras impuestas por Rosas para proteger las industrias del interior de la Argentina también apartó a la economía de Europa. Esa era una época de grandes predios que empleaban una fuerza laboral relativamente pequeña, principalmente de gauchos mestizos itinerantes. Aún existía una estratificación de la sociedad típicamente hispánica, con una brecha entre las clases superiores e inferiores que contenía sólo a una pequeña clase media de alrededor del diez por ciento de la población. El Partido Federal, encabezado por Rosas, representaba los intereses de los latifundistas, pero cultivaba ostentosamente el apoyo de los gauchos. En un momento en que el equilibrio de poder entre los terratenientes y los intereses comerciales del puerto estuvo en cuestión, los argentinos que se sintieron amenazados por la solución de Rosas al problema vieron a éste como a la amenaza del mundo que conocían. En sus mentes, el régimen de Rosas se convirtió en una erupción de las fuerzas del desorden, exuberante entre las clases inferiores, que ponía en peligro el orden de la civilización europea y la identidad de los argentinos como europeos.

Este conflicto de los federalistas de Rosas con sus progresistas enemigos liberales dio así origen a una oposición que los argentinos futuros usaron como símbolo de otras oposiciones en toda su historia. Los nuevos desarrollos se veían, de manera inevitable, dentro de ese sistema. La posición de Buenos Aires como el principal contacto de la nación con Europa, su control sobre los ingresos del puerto, su posterior posición central en el sistema ferroviario, y el desarrollo de una agricultura de mano de obra crecientemente intensiva en las pampas, todo continuó incrementando el poder del litoral después de la caída de Rosas, tras la batalla de Caseros en 1852. Esto, unido a

la masiva inmigración procedente de Europa, que alcanzó un pico en los últimos veinte años del siglo XIX, en este contexto sólo pudo terminar por exacerbar la imagen de la civilización europea que se oponía a las hordas del interior.

La floreciente economía de la ciudad había atraído números crecientes de extranjeros, hasta que hacia el cambio de siglo, más de la mitad de la gente de las calles de la metrópolis había nacido en el extranjero. Los recién llegados tornaron aun más difícil conservar en Buenos Aires los rastros de la cultura hispánica tradicional. En menos de medio siglo habían redefinido al *porteño*, o residente del puerto, con una oleada inmigratoria que consistía en más italianos que españoles, y una proporción significativa de europeos orientales, franceses, ingleses, alemanes y árabes. Ellos echaron las bases para la Argentina de la actualidad que posee, en contraste con el estereotipo de las naciones latinoamericanas que se mantienen en otras partes, una cultura altamente italianizada, un sector británico grande e importante, y la tercera comunidad judía más grande del mundo, sólo sobrepasada en tamaño por las de Nueva York y Tel Aviv.

El argentino percibe a esta población de la capital y el litoral como étnica y culturalmente distinta de la del interior. Además, al transformarse la composición de la población, la gran inmigración de la última mitad del siglo XIX cambió la estructura social de esa área, acentuando más el ya visible contraste con el interior.

El puerto, con su dependencia del comercio exterior, siempre había sostenido a una clase media comercial relativamente grande, en especial cuando se la compara con la sociedad tradicionalmente hispánica de las ciudades del interior. Cuando las estancias se dedicaron con métodos modernos a la cría de bovinos y ovinos y al cultivo de

cereales, bajo la política de *laissez faire* del gobierno, los argentinos se volvieron hacia mercados de exportación principalmente europeos. Al mismo tiempo, por una variedad de razones, el acceso a la propiedad se tornó crecientemente difícil para los muchos europeos que esperaban obtener tierras en el Nuevo Mundo. Las oportunidades de Buenos Aires atraían a un número creciente de inmigrantes. Cuando el comercio floreció y aumentó la urbanización, el número de la clase media creció al cuarenta por ciento de la población, muchos de éstos contribuyendo a la formación de un sector económico predominantemente dependiente ya que administraban el creciente capital extranjero que dominaba de manera abrumadora la economía de la nación.

Los miembros de este sector contribuyeron en gran medida a la identidad de la naciente clase media argentina. Ellos no se veían como a una burguesía independiente orgullosa de elevarse por sus propios medios. Dependientes de una economía dominada por la clase superior y los intereses internacionales, hallaron un modelo importante para sus valores en los de las clases superiores argentinas y europeas.

Las condiciones eran tales en Buenos Aires que los sueños de movilidad social podían realizarse con suficiente frecuencia como para perpetrarlos. La fusión de la sociedad argentina exacerbó las condiciones que se convertirían en problemas crónicos de la escena argentina. La promesa de ascenso a los grupos de niveles superiores de la sociedad magnetizaba la atención y la energía de los argentinos, impidiendo la creación de solidaridad o de un sentido de identidad dentro de los grupos temporariamente en su ascenso por la escala social. Agregado a esto, la inmigración masiva destruyó la ilusión de una identidad "argentina" principal a la que pudieran adaptarse los re-

cién llegados. Las nuevas llegadas y una continuada implicación en economías domésticas o en conflictos nacionales de Europa renovaban constantemente la identidad extranjera de los grupos residentes. Las aspiraciones sociales y las identidades étnicas ampliamente variadas conspiraron para crear la fragmentación social y el faccionalismo político que han caracterizado a la atomizada realidad argentina desde esa época.

La prosperidad de la década de 1880, cuando Buenos Aires se había adornado con la ideología y la arquitectura francesas, fue seguida por una breve recesión y aun otro boom, que hizo que florecieran las fortunas y las esperanzas de fortuna. Las crecientes expectativas generaron violentas protestas contra actos o circunstancias que amenazaban limitar sus aspiraciones.

El radicalismo también estaba surgiendo. En esencia un movimiento de la clase media, contaba con pequeños agricultores, agricultores propietarios, dueños de negocios y trabajadores de cuello blanco, con el apoyo de las clases trabajadoras urbanas formadas por comerciantes y otros del Viejo Mundo. Estos trabajadores no sólo eran educados, sino también versados en las ideologías y los modos de la organización laboral en Europa. Argentina pronto tuvo la más grande fuerza laboral organizada de América Latina. Pero esa fuerza laboral organizada estaba concentrada en Buenos Aires, y sus miembros e ideologías representaban de manera predominante las tradiciones europeas. Básicamente, dado que todo dependía de la economía de exportación, los intereses de estos sectores de clase media y trabajadora coincidían con los de los grandes terratenientes: se producían confrontaciones por la redistribución de las ganancias. Sin embargo, nuevamente en medio de la fusión, los argentinos que trataban de conservar la tradición o la posición percibían tales confron-

taciones como un peligro para las posiciones establecidas en un orden de cosas establecido. Y una vez más, para aquellos que se sentían amenazados, el peligro tomaba la forma de las masas que seguían ciegamente a un líder, esta vez Hipólito Yrigoyen, que a comienzos de siglo era un caudillo de creciente importancia en el movimiento radical. Los radicales de Yrigoyen, se creía, se organizarían como fuerzas contra el orden, cualquier orden: tratarían de extinguir la civilización misma.

Luego, después de la depresión de la década de 1930, el mundo argentino tambaleó una vez más. Las transformaciones de los mercados del mundo habían hecho que la industrialización se tornara necesaria en medida creciente, y al mismo tiempo, esas condiciones ponían al objetivo fuera del alcance. La polarización de la sociedad argentina frente a la continuada desintegración de su estructura de poder ha seguido hasta el presente. Estas condiciones preparan el escenario para el surgimiento de Eva Perón, la persona y el mito.

Las clases medias han sentido las amenazas de tal situación de manera cada vez más aguda. Dado que muchos sectores de clase media han dependido económicamente, y tradicionalmente han adherido a los valores de la clase superior, la identidad de las clases medias ha permanecido ambigua e insegura de manera especial. Muchos se sienten por encima no sólo de las clases trabajadoras, sino también de buena parte de la clase media inferior. Pero en el contexto de la situación económica de continuo deterioro de la Argentina, que en años recientes ha presentado la más alta tasa de inflación del mundo y una marcada declinación en los salarios reales, la línea de demarcación entre los grupos de clase media e inferior se ha tornado menos y menos clara. Entre tanto, las clases medias no son aceptadas por las clases supe-

riores. En esta posición incierta, muchos de ellos tratan de mantener una distancia simbólica de los grupos a los que definen como clases inferiores, para poder establecer pretensiones de una proximidad igualmente simbólica con la aristocracia argentina. Hacen esto definiéndose a sí mismos en términos de valores que creen que caracterizan a las clases superiores en particular y a la corriente civilizadora europea en general. De esta definición excluyen explícitamente a las clases trabajadoras, considerándolas como diametralmente opuestas a sus términos.

Debido a que los límites de las clases medias son indefinidos y por lo tanto se los manipula según las aspiraciones de diferentes personas o grupos, el concepto mismo actúa como un importante constructor simbólico en la cultura argentina. La definición flexible resultante de la clase media argentina, vigente dentro de la sociedad argentina misma, será la única empleada en todo el presente estudio.

El estereotipo del movimiento peronista ha sido el de un partido de clase trabajadora compuesto predominantemente por *cabezas negras*, los inmigrantes carentes de educación del interior. Cuando comenzó a declinar el poder económico de la Argentina, y con él la inmigración extranjera, empezó a llegar a la capital una nueva clase de inmigrante, atraído desde las provincias al centro de la vida de la nación. El *porteño* que se definía a sí mismo como clase media, percibía a esos inmigrantes como más que provincianos: los veía como a una raza de la que no había tenido conciencia en su propio país.

La naturaleza y los orígenes de los inmigrantes han sido investigados en la literatura que explora el fenómeno del peronismo, pero de mayor importancia aquí es el relieve de las creencias estereotipadas acerca de ellos. Se creía que esos recién llegados a Buenos Aires eran una

raza aparte, rústica, incivilizada, con una predisposición a la demagogia y la violencia, las semillas de una primitiva lealtad a Juan y Eva Perón. En la creciente incertidumbre de la sociedad argentina las nuevas masas, como otras masas en otros momentos, parecían una amenaza de aniquilación de la identidad argentina tal como se la había entendido hasta ese momento.

Las clases medias buscaron refugio para esta amenaza en el antiperonismo. La identificación de las clases medias con el antiperonismo había sido tan completa antes del reciente segundo régimen peronista, 1973-1976, que aquellos que eran peronistas generalmente racionalizaban su posición con formulaciones especiales para demostrar que, en términos de su posición social de clase media, en realidad pertenecían al antiperonismo o eran los iguales sociales de los antiperonistas. Intentaron establecer una identidad simbólica no con uno sino con dos grupos: deseaban la posición de las clases medias y superiores mientras necesitaban el apoyo de las masas. Debido a esto, la imagen positiva de Eva Perón contiene una manifestación directa de los mismos valores que se encuentran en la imagen negativa antiperonista, pero los peronistas que sostienen esta imagen la identifican como la creencia de las masas. A sus ojos, refleja la fanática adoración que la Dama de la Esperanza inspiró en sus partidarios de la clase trabajadora. Esta versión, entonces, incluye partes importantes de una imagen en esencia negativa de las masas corrientes en el antiperonismo, pero les infunde un valor diferente. Las exalta como virtudes de los partidarios populares de Perón. Esto permitió que los peronistas de clase media se vincularan con el peronismo de la clase trabajadora sin identificarse por completo con ellos. Entre tanto la imagen de Eva Perón, que promovían estos grupos de clase media, con su inclusión de importantes

símbolos de status, fue la base de las pretensiones de un nivel social y cultural igual al de las clases media y superiores antiperonistas.

Los partidarios de la Eva Revolucionaria se identificaron por completo con las masas antes del segundo régimen peronista. Si bien es posible que no todos los miembros de este sector militante fueran de origen de clase media, tenía una gran influencia de esa clase. Ello dio origen a una imagen del ejército de clase media de Eva análoga a la imagen de las masas en otros mitos de la clase media, en su versión tanto positiva como negativa. Los miembros de la izquierda peronista al servicio de Eva abandonaron los símbolos de estatus de la Dama de la Esperanza. Pero se comprometieron con la Eva Revolucionaria, afirmando que tanto ella como ellos formaban parte de un movimiento de masas que era tanto espontáneo como intuitivo. Dado que ella exhibía los mismas cualidades, colocaron a Eva a la cabeza de este movimiento.

Otros, aparte de los peronistas de clase media, demostraron ambivalencia acerca de su propia posición política. Pareció que los antiperonistas de la clase media sintieron que debían dar una explicación de su afiliación a la coalición antiperonista. Ciertos factores complicaron su situación, incluyendo áreas de política peronista que beneficiaban directamente a las clases medias, así como la incertidumbre de la relación de las clases medias con las clases superiores, también antiperonistas. Las racionalizaciones del antiperonismo de clase media, comúnmente de naturaleza muy emocional, a menudo se hacían sólo en términos de las imágenes de la Primera Dama peronista.

En todos estos casos, las imágenes de Eva Perón son manifestaciones simbólicas quintaesenciadas de los valores culturales en juego en una elección de lealtad política que constituye una pretensión de identidad cultural.

DOS GENEALOGÍAS POLÍTICAS

Muchos grupos diferentes afirman monopolizar los valores patrióticos argentinos, pretensión que justifican sobre las mismas bases: que los han heredado del Libertador San Martín, para los argentinos el más grande de los héroes en las luchas contra el dominio colonial español. En toda la campaña de 1945, los antiperonistas trataron de presentar a los peronistas como los portadores de la violencia que, según sus opositores, Rosas había difundido en toda la Argentina, dándole a su régimen el nombre de "El Terror". Sólo la coalición antiperonista, decían sus miembros, podía salvar los verdaderos valores de San Martín. Cuando Perón ganó las elecciones, Eva Perón se regocijó de que su esposo ocupara el "sillón de Rivadavia"¹, mientras que los peronistas declaraban que no era por accidente que ese trono lo hubiera ganado la más amplia mayoría en el departamento de Caseros, nombre que trae a las mentes argentinas el escenario de la derrota de Rosas. Así los peronistas exigían el reconocimiento de un mandato popular que les otorgaba el legado de San Martín mantenido a salvo por los enemigos de Rosas. Perón mismo aparentemente se identificaba aun con los opositores de Rosas, y alentaba tal identificación cuando les dio nombre a los ferrocarriles recién adquiridos a Gran Bretaña como Urquiza, Mitre, Sarmiento y Roca, políticos que fueron acérrimos opositores de Rosas, y también San Martín y Belgrano, héroes de todos los argentinos.

Peronistas y antiperonistas sostenían esa batalla por la posesión del árbol familiar del patriotismo, postulando

definidas tradiciones políticas e históricas derivadas de la confrontación entre Rosas y sus enemigos, y entre las diferentes Argentinas que ellos representaban. Esto fomentó la idea de que de hecho habían existido no sólo dos áreas culturales contrastantes y aun opuestas en la Argentina, sino también que cada una había dado origen a una realidad histórica y una genealogía política continuas que contrastaban y aun se oponían a las de los otros.

Esta puede ser una ilusión surgida de las condiciones políticas de la era peronista. La afirmación revisionista original de la historia argentina, que examinaba el papel de Rosas y sus políticos, respondía a ciertas condiciones de la Argentina de la década de 1930 y expresaba un rechazo de las tendencias políticas del régimen, consolidando la revolución de comienzos de esa década. En particular se oponía al aparente favor con que el gobierno trataba los intereses extranjeros así como a la incapacidad para unir a la nación frente a la brecha que se creía creciente entre la élite y las masas. Frente a problemas análogos, sostenían los primeros revisionistas, Rosas había adoptado una fuerte posición nacionalista y había unido a "todos los elementos sociales"².

Este temprano revisionismo, entonces, acentuaba factores que correspondían a las cuestiones del momento. Desde esa época, diferentes grupos que respondían a diferentes necesidades y crisis, han acentuado separadamente nuevos elementos o los han agregado a la formulación original, incrementando la fragmentación política. Pero sólo en la dramática confrontación de los sectores sociales generales por los años peronistas y posperonistas se cristalizaron esas variadas manifestaciones en mitos completos, vistos como tradición, que incorporan muchas de las interpretaciones anteriores. Si bien surgieron nuevas facciones,

había una impresión predominante de una oposición entre dos "tradiciones", esencialmente compuestas por todos esos elementos de las últimas cuatro décadas y sólo en los últimos veinte años vistas como totalidades.

Las dos formulaciones pueden remontarse a los antiguos conflictos que culminaron con el ascenso de Rosas al poder, su derrota por Urquiza y la supresión de las sublevaciones provinciales durante las presidencias de Mitre y Sarmiento. Los argentinos que se opusieron y finalmente derrotaron a Rosas y los que, casi un siglo más tarde, posteriormente los consideraron sus antepasados políticos, volvieron a su rival Rivadavia como su vínculo con San Martín. Los ideales de europeización así como de independencia y de democracia liberal fluyeron de esa línea desde el Libertador al futuro por medio de la figura de Sáenz Peña, miembro de la oligarquía conservadora responsable de la ley que establecía el voto secreto.

La lucha por la legitimidad en estos términos, entonces, toma la forma de los intentos de grupos en conflicto por injertarse en la línea que descendía de los padres fundadores, mientras atribuían a sus enemigos raíces que creían malditas o enfermas. Pero la disputa puede adoptar otra forma. Algunos grupos han optado por declarar a la tradición ortodoxa como linaje bastardo y por reconocer a su opuesta como legítima. San Martín había entregado su espada a Rosas, un gesto exaltado como reconocimiento al líder federalista, y no a sus opositores, como su legítimo heredero.

Esta versión ve al Libertador como transmitiendo los valores de la independencia nacionalista y negando los de la democracia liberal europea. Los montoneros y sus caudillos eran reconocidos como los defensores de esta tradición, tanto en la Guerra de la Independencia como en las sublevaciones que siguieron a la caída de Rosas. Eran ellos

los que se encargaron de transmitir los ideales simbolizados por la espada de San Martín al siglo xx, donde fueron asumidos por Yrigoyen y su radicalismo popular. Los argentinos han formulado el vínculo de Yrigoyen con Rosas y de esa manera esencialmente con San Martín como más que simbólico: aunque se está desvaneciendo en la mente de los argentinos modernos, aún sobrevive la creencia en la leyenda de que Yrigoyen mismo era un hijo ilegítimo de Rosas.

Los adherentes de cada versión de la historia necesariamente deben condenar a aquellos que definen la otra, interpretando negativamente los acontecimientos y personajes exaltados por el grupo enemigo. Cuando los peronistas identificaron su victoria electoral original con la batalla de Caseros, estaban asociando a su oposición con Rosas y sus tropas, los villanos de la versión ortodoxa del acontecimiento. Los antiperonistas utilizaron la misma táctica para desacreditar al peronismo, declarando que la caída de Perón en 1955 era la "Segunda Caseros" que había depuesto a la "Segunda Tiranía". Antes ya habían empleado este simbolismo negativo: trazando paralelos entre Perón y Rosas, entre sus esposas Eva y Encarnación, y entre las masas que seguían a estas dos mujeres, para denigrar al peronismo.

Puede haber sido sólo después de que el movimiento peronista fuera ubicado de manera definitiva en los márgenes del poder que los peronistas empezaron a defender con firmeza una asociación positiva con la figura de Rosas. Muchos mantienen ese vínculo hasta el presente. No es ningún accidente que cuando el segundo régimen peronista en la década de 1970 trajo de regreso el cuerpo embalsamado de Eva Perón a un lugar de descanso final, se hicieron planes para devolver también a la patria los

restos de Rosas, que había sido sepultado en el exilio en Inglaterra.

Los argentinos implicados en la lucha por la codiciada herencia de San Martín han disputado más que una posición política. Sus afirmaciones conciernen a sus derechos para definirse como seres civilizados y, más aun, como humanos antes que primitivos e incluso animales. Una importante expresión de esto fue la obra maestra de Sarmiento, *Facundo*, un clásico del mundo de habla hispana en su conjunto y que, familiar a todos los niños escolares, aún figura en la mentalidad argentina más de un siglo después de su publicación. *Facundo* se titulaba así por Facundo Quiroga, poderoso caudillo del interior argentino, al que se lo comparaba con Rosas. El escritor subtítulo la obra *Civilización y barbarie*. En ella sostenía la definición de civilización para la tradición intelectual liberal europea, que él representaba, y le aplicaba el insulto de barbarie a través de los Andes al régimen de su enemigo Rosas y a sus adherentes. Esta formulación aún se emplea en los intentos para desacreditar a una persona o a grupos mediante la asociación con Rosas, demostrando claramente que las cuestiones en juego son más que formalmente políticas. Sus términos resonarán en todo este estudio de los mitos de Eva Perón y la imagería relacionada, manifestando en todo el contexto de la cultura argentina sus connotaciones de un contraste entre la dignidad de la condición humana y la animalidad depravada.

La *barbarie* de Sarmiento, familiar a la mayoría de los argentinos y formulada aquí en la medida de lo posible en las mismas palabras de Sarmiento, es un modo de vida de todo un pueblo representado por Facundo Quiroga: la barbarie indígena de la Argentina en confrontación con la civilización europea. Barbarie significa falta

de inteligencia, de ciencia, de razón calculadora³. Niega, mientras que la civilización confirma, el arte, la educación, la "elegancia de las maneras", las "comodidades del lujo". Envuelta en un poncho, la barbarie es la antítesis de la cultura, que podría simbolizarse con el frac europeo, un estilo asociado con el cristianismo, la civilización y el "renacimiento de las ciencias"⁴. La barbarie, ignorante, supersticiosa, instintiva, domina por la violencia, el terror y la fuerza bruta⁵. Se asemeja a una fuerza de la naturaleza que la engendra y dentro de la cual prospera. Facundo, "el hombre de la naturaleza que aún no ha aprendido a contener o a disimular sus pasiones, las muestra en toda su energía y se entrega a toda su impetuosidad"⁶. "Quiroga... era bárbaro, cruel, lascivo"⁷. "Y a pesar de todo esto, Facundo no es cruel, no es sanguinario; es un bárbaro, nada más, que no sabe cómo contener sus pasiones que, una vez despertadas, no conocen ni el freno ni la medida"⁸.

La oposición entre civilización y barbarie aparece repetidamente en distintas formas en la imaginaria que rodea a Eva Perón y relacionada con ella. Una y otra vez el contexto reafirma la conclusión de que la dicotomía no representa un contraste entre opiniones o partidos políticos sino que identifica tales contrastes con una brecha mucho más amplia: aquella que separa a la humanidad de lo subhumano.

3

LA BIOGRAFÍA

El 7 de mayo de 1919, una partera india ayudó a dar a luz a una madre soltera en las pampas argentinas, cerca del pequeño pueblo de Los Toldos, en la provincia de Buenos Aires. La niña iba a ser Eva Perón, Primera Dama de su país y en el punto más alto de su carrera tal vez la mujer más poderosa de todo el mundo. Pero al nacer Eva no tenía ningún derecho al apellido Perón, ni siquiera al de Duarte, que utilizaría en los años siguientes. Ella era Eva María Ibarguren, hija ilegítima de Juana Ibarguren. Su padre, Juan Duarte, le negó el apellido.

En 1926 murió Duarte. Lo velaron dos madres de sus hijos, su amante Juanita y su esposa, la hermana del intendente de la ciudad de Chivilcoy. Duarte había cultivado sus contactos con el partido conservador así como con los terratenientes locales, convirtiéndose en un vecino respetable y prestigioso. Había prosperado arrendando extensiones bastantes grandes de tierra, para finalmente convertirse en un *estanciero*, o terrateniente, una indica-

ción de status codiciada por muchos argentinos más ávidamente que la misma posesión real de la tierra.

Eva, de seis años, llegó al velatorio del padre acompañada por la madre y sus otros cuatro hermanos mayores, todos hijos ilegítimos de Duarte. La sociedad de Chivilcoy también había ido a presentar sus respetos al cuñado del intendente. Esa reunión de respetables ciudadanos de pronto se convirtió en el escenario de un violento enfrentamiento de la familia de la esposa del muerto y la de su concubina. Las hijas legítimas públicamente impidieron la entrada de la segunda familia. Estalló una riña en la que ninguna de las partes cedía terreno hasta que el intendente mismo intervino, permitiendo a los expulsados una última mirada al amante y al padre y el privilegio de acompañar su ataúd hasta el cementerio.

Para una niña importunada por el escándalo, la vida en cualquier pueblo de la pampa no ofrecía ningún alivio a la vergüenza o la inseguridad. Cuando cumplió doce años Eva, con la madre y los hermanos, se trasladó a Junín, una ciudad más grande de más de 20.000 habitantes próxima a Los Toldos. La gente de esas localidades, detrás de las fachadas grises y ornadas de las casas o en las aceras o en plazas formales que exhiben árboles bien podados, aun busca aislados chispazos de interés en los infortunios y rivalidades de sus vecinos. Las intrigas de los personajes de los populares programas de radio, y más tarde de los filmes, si bien han ocupado su atención de manera creciente, nunca reemplazaron a la chismografía. "Pueblo chico, infierno grande", dicen los argentinos.

Así, Eva puede haber soñado con escapar de Junín y de los tristes recuerdos. Pero como otros jóvenes, probablemente esperaba alejarse de las pampas mismas: allí los pueblos, que en su formalidad y sobriedad parecen

diminutas ciudades, también parecen tener menos vida que los pueblos más lentos y rústicos de otras partes. Los hijos de los comerciantes, profesionales y empleados públicos locales planean su futuro en la gran ciudad. Las clases terratenientes, aunque a veces poseen una residencia en el pueblo más próximo a su estancia, la pasan por alto cuando la distancia lo permite en su habitual trayectoria del campo a la capital. La inversión personal y financiera en esos centros siempre ha tendido a ser mínima: son estaciones de paso para personas y productos en ruta al puerto. La proximidad de Buenos Aires magnetiza los sueños, las ideas y a la gente misma.

A los quince años, en una Argentina que sentía las repercusiones de la Gran Depresión, Eva se separó de la familia y se trasladó a la ciudad capital. En condiciones adversas, con el teatro en una crisis de competencia con el cine, de creciente popularidad, la delgada y morena muchacha de provincia comenzó a andar por una de las ciudades más grandes del mundo tras su sueño de una carrera de actriz. Por diez años, período en que su fragilidad y el hambre ocasional preocuparon a miembros más conocidos del mundo teatral, su búsqueda fue triste y silenciosa, y sus trofeos pequeños. Pero entre ellos, para la época en que tenía veinte años, estaban los papeles de radio. Por aquellos tiempos, esos papeles significaban para una joven actriz la promesa de un público creciente, de mayor popularidad y, por último, con suerte, un contrato en el cine nacional.

En 1943, se mantenía la suerte de Eva Duarte. Firmó contrato para los roles protagónicos de una nueva serie radial anunciada como "Mujeres famosas". A los veinticuatro, la provincianita delgada y morena era escuchada por la nación como una rubia y radiante Isabel I, como Catalina la Grande, como Alexandra de Rusia, como Car-

lota de México, como Sarah Bernhardt. El creador de estas nuevas Evas, Francisco Muñoz Azpiri, se movía silenciosamente detrás de su serie de deslumbrantes éxitos. Nunca emergería del trasfondo. Pero tampoco desapareció de la vida de Evita Duarte hasta mucho después de que ella hubiera agregado a sus roles de mujeres famosas, el de Eva Perón.

Fue la popular actriz de estos roles la que atrajo a la figura en muy rápido ascenso del nuevo gobierno militar, al coronel Juan Domingo Perón, a principios de 1944. Cuando el atractivo Perón, de cuarenta y nueve años, conoció y trabó relación con esa actriz que tenía la mitad de su edad, su apoyo influyente de inmediato se hizo sentir en la modelación de la carrera de su protegida. Eva Duarte muy pronto actuaba en una nueva serie de aventuras radiales y comenzó a preparar varios roles cinematográficos.

"Ella da la impresión de estar alerta", afirmaba la revista *Radiolandia* en la cresta de la nueva onda de actividad y de popularidad de Eva. "El hecho es que ninguna actriz ha sido recientemente el centro de tantos rumores en su profesión". Eva, en un intento por refutar estos rumores en una entrevista, en su enojo confirmó la sustancia de esas habladurías, negando que su guardarropa fuera excesivamente llamativo y reiterando una declaración pública acerca de sus fuentes de ingreso¹.

Durante esa época, Muñoz Azpiri, cuyas mujeres famosas ella seguía representando, estaba creándole un nuevo rol como heroína del gobierno en el cual el poder de Perón seguía creciendo. Poco después de conocer a Perón, Eva le había presentado al libretista, cuyas convicciones políticas nacionalistas lo convirtieron en un partidario de Perón. En unas pocas semanas Muñoz Azpiri era Director de Propaganda de la Subsecretaría de Información del

Estado². Por media hora, tres veces por semana, "Hacia un futuro mejor" ofrecía al público definiciones espectaculares de Evita Duarte: "Aquí está la voz de una mujer del pueblo... ella misma de las masas anónimas... en cuya voz se ha revelado día a día la naturaleza de esta revolución salvadora". Cuando hablaba la misma Eva, proclamaba: "Soy una mujer como ustedes, madres, esposas, novias, hermanas... De mí surgió el hijo que está en los cuarteles... o el trabajador que está creando una nueva Argentina en la tierra, el mar y el aire"³.

Eva parecía inclinada a asumir ese rol fuera de los micrófonos radiofónicos, aunque no había ensayado ese tipo de actividad antes de conocer a Perón. La Secretaría de Trabajo y Previsión, una de las principales bases del poder y la popularidad de Perón que éste había creado menos de un año antes del encuentro de ambos, confirmó a la actriz de veinticinco años en sus primeras actividades sindicales, reconociéndola como presidenta de la Asociación Radial Argentina. Esta asociación, en conflicto con otras que trataban de organizar a los empleados de la radio, recibió autorización oficial para desempeñarse como única representante. Eva Duarte, por pedido de Perón, ocupó una pequeña oficina en la Secretaría misma, sin salario ni condiciones de ninguna clase⁴.

Entre tanto, ella no descuidó a su anterior público de la radio. Como sus programas continuaban, se dirigió a su audiencia en una carta abierta:

"Amigas: El vínculo de tantos meses con el micrófono de LR 3, Radio Belgrano, necesariamente debe haber creado ya en nosotras la relación especial de las amigas. El hecho es que somos amigas, y lo somos con ese tipo de amistad que se genera con el goce compartido de algo emotivo y conmovedor: los perso-

najes que interpreto en el aire... ¿Qué más puedo decirles de mí que no haya sido ampliamente tratado en la prensa?... Casi como una criatura vivo y sueño cada uno de los personajes que interpreto. De verdad lloro por mis destinos extraños y fascinantes... Con esta voz fresca y sincera desearía proclamar cuán leal soy a todas ustedes... Me duele pensar que no pueda llegar al corazón de ustedes... Mi mayor satisfacción, como mujer y como actriz, sería ofrecer mi mano a todos los que llevan dentro de sí la llama de la fe en algo o en alguien, y a aquellos que nutren una esperanza... Amigas, he cerrado otro capítulo de mis confidencias, y espero que no haya llegado a ustedes en vano, sabiendo que en Evita Duarte tienen a su mejor amiga."⁵

A principios de octubre de 1945, tanto Eva Duarte como Juan Perón parecían haber llegado a la cresta de su popularidad y su actividad. De pronto, el 9 de octubre, los opositores crecientemente vocingleros del régimen militar y del poder en incremento de Perón obligaron a ese defensor de los trabajadores desde la Secretaría de Trabajo y Previsión a renunciar a los tres cargos gubernamentales que para esa época ocupaba: la Secretaría de Trabajo, el Ministerio de Guerra y la vicepresidencia. Sólo poco después despidieron a Eva Duarte sus empleadores de la radio, y sin el poder de apoyo de Perón, desapareció su puesto en el gobierno.

Los colegas militares de Perón habían considerado que las abiertas relaciones del vicepresidente con Eva y la presencia de ésta con él en ámbitos militares eran continuadas afrentas a sus respetadas tradiciones. El hecho de que Eva ocupara un puesto en una dependencia del gobierno, en Trabajo y Previsión, hizo enfurecer más

a los militares con la sospecha de que ella influía en las ideas de Perón. Desatendiendo por completo esa tensión, el gobierno omitió al candidato de las fuerzas armadas para el puesto de secretario de Comunicaciones y nombró a un amigo conocido de la familia Duarte.

Cinco días más tarde, la pareja escapó de Buenos Aires en busca de refugio en las islas del Delta, cerca de Buenos Aires. La policía los interceptó en la noche del 12 de octubre, conduciéndolos de regreso a la ciudad. Entonces Perón fue solo al exilio, a bordo de una cañonera que lo llevaba a la isla Martín García.

Desde su prisión isleña, Perón le escribió a Eva largas cartas, posiblemente dedicadas más a sus enemigos, por cuyo intermedio debía enviarlas, que a Eva misma. Temeroso de las consecuencias de su situación, vilipendiaba la traición que era la causante. Si todo terminaba bien, prometía, la única ambición que tenía sería apartarse de los falsos amigos y lealtades de los políticos, casarse y volver a su nativa Patagonia para llevar una vida de familia en el aislamiento y la tranquilidad⁶.

Aún nadie ha descubierto qué pensaba o hacía Eva mientras Perón le estaba escribiendo esas cartas. Abandonada en Buenos Aires, se había refugiado en la casa de una compañera actriz. En el clima cada vez más agitado de la ciudad, una pandilla la reconoció en un taxi. Al grito de "¡Es Evita, muchachos, tenemos que dársela!", los hombres la sacaron del coche y la golpearon. Tal vez Evita estuviera aguardando, esperando ansiosamente que las promesas de las cartas de amor de alguna manera pudieran realizarse. Tal vez descubrió que sus ideas cambiaban mientras observaba, con el perplejo resto de la gigantesca ciudad, una protesta de los trabajadores completamente espontánea que se convertía en la demostración más poderosa de su tipo que se hubiera conocido en la

historia de la Argentina hasta ese momento. Tal vez, aunque la evidencia aquí sólo consiste en las afirmaciones en uno y otro sentido de diferentes facciones del movimiento trabajador, ella no sólo aguardó y observó sino que también participó en el levantamiento.

Los líderes sindicales habían anunciado para el 18 de octubre la huelga general en protesta por el exilio de Perón. Pero los trabajadores, ignorando la estrategia preestablecida, partieron de sus fábricas y marcharon inesperadamente hacia el centro de la capital el 17 de octubre. Columnas de hombres en ropa de trabajo, no los trajes que requería usualmente la ciudad de Buenos Aires, aparecieron en las calles que conducen a las fuentes, los prados y las palmeras de la Plaza de Mayo, frente a la Casa Rosada, sede del gobierno. El número y el aspecto de esas multitudes en mangas de camisa, asombró a muchos de los habitantes del centro de la ciudad, que estaban viendo por primera vez otra Argentina, una masa de piel oscura que amenazaba la más preciada identidad del porteño, su segura definición de sí mismo como europeo. Los manifestantes aguardaron en la plaza, entonando el nombre de Perón, sentados sobre el césped, metidos en las fuentes. Algunos portaban por primera vez banderas que proclamaban: "Perón a la presidencia".

Para los que observaban esa invasión con temor, la dispersión de los manifestantes no significó gran alivio: los "descamisados", como se los conocería, no se habían marchado hasta obtener lo que deseaban. Perón había aparecido ante ellos y había abrazado a otros miembros del gobierno en el balcón frente a las pacíficas multitudes que sin cejar habían exigido su regreso durante largas horas del caluroso día de primavera. Cinco días después Perón se casó con Eva Duarte, pero lejos de regresar a

las llanuras patagónicas, ambos lanzaron juntos la campaña de él para la presidencia de la nación.

A principios de 1946, las elecciones más correctas realizadas hasta esa fecha en la Argentina convirtieron en presidente a Juan Domingo Perón. Por primera vez en la historia de la nación, una esposa había acompañado a un candidato presidencial en sus giras electorales. Tuvo un puesto clave en la campaña, como principal director de propaganda, Muñoz Azpiri, el que siguió a Evita cuando ésta dejó sus dramas radiales para unirse al esposo de ella en su cruzada por la presidencia. Más tarde, cuando Eva se elevó al poder, él siguió escribiendo discursos para su estrella, ahora la Primera Dama de la república.

La nueva esposa del presidente reclamó su nueva autoridad como el derecho de una Primera Dama. Ese era un derecho que nunca antes había sido ejercido por las esposas de los presidentes argentinos. Ninguna mujer había asumido nunca el título de manera tan oficial. Llovieron los ataques contra una mera estrellita de radio y de cine. Dado que la posición que había logrado no había sido más que honorífica anteriormente, le correspondió a Eva definirla como algo más. A los veintisiete años, se dispuso a hacerlo sobre la base de un año en Trabajo y Previsión y sin ninguna experiencia formal.

¿Se preparó Eva a sí misma o estaba preparada para el poder? Parece incontrovertible que ella ahora se dispuso a echar las bases para el poder: un poder que no vivió para arrogarse como propio o para compartirlo con Perón. Muñoz Azpiri seguía a su lado. Una mujer también acompañaba a la esposa del nuevo presidente en este período: Isabel Ernst era secretaria de Trabajo de la Presidencia de la Nación, anteriormente secretaria privada del popular coronel Domingo Mercante en el Departamento de Acción Social Directa en Trabajo y Previsión. Tal vez

Ernst haya podido impartir bastante de su propia experiencia a la rápida alumna, de modo que la novata Eva pudo pronto desempeñarse dieciocho horas por día en lo que era ahora el Ministerio de Trabajo y Previsión. Y, por supuesto, estaba Perón, el que afirmaría hasta su muerte que había preparado a Eva, convirtiéndola en cuanto era.

Aun antes de la elección de Perón, Eva comenzó a pronunciar discursos, al principio en representación de su esposo, pero muy pronto propios. Al principio la audiencia, que no deseaba ningún sustituto del candidato al que había esperado ver y oír, gritaba sus protestas, mientras el clamor acallaba el nacimiento de uno de los estilos retóricos más efectivos que se conocieran nunca en América del Sur⁷. Menos de un año más tarde, en diciembre de 1946, cuando Perón ya era presidente, Eva salió en tren hacia Tucumán, asiento de la industria del azúcar en el norte, para ser coronada Reina del Trabajo. Por primera vez Perón se apartó, aunque Isabel Ernst continuó acompañando a Eva. Esta vez no fue rechazada. La embestida de la multitud a la llegada de la nueva Primera Dama dejó un saldo de nueve muertos y muchos más heridos.

Entre tanto, el peronismo y sus enemigos gradualmente fueron enfocando una fuerte luz sobre María Eva Duarte de Perón. Esta mujer, conocida sólo en la Argentina, cuya última noticia de publicidad como actriz de radio había aparecido en la Navidad de 1945, se había implicado antes de la Navidad de 1946 en todos los complejos roles que harían de ella una figura política de importancia internacional en sólo seis años. Sorprendidos o alarmados, los argentinos observaban los crecientes contactos de Eva con la fuerza laboral organizada, sus actividades en bienestar social, sus iniciativas feministas y su influencia en la prensa.

Eva había comenzado a formarse una experiencia en el área de trabajo, a la que Perón mismo había tornado importante a comienzos de la relación de ambos. Ella continuó sus esfuerzos tras la elección de él como presidente, asumiendo gradualmente el rol de protectora del trabajador argentino que antes desempeñaba él. Pero aunque se la nombró Primera Trabajadora de la Argentina en julio de 1946, y Reina del Trabajo en noviembre, Evita y la prensa aclararon durante más de dos años que ella y su popularidad estaban total e incondicionalmente identificadas con Perón. En esa condición comenzó a recorrer las fábricas. Un poco después, aunque aún no estaba identificada con Trabajo y Previsión como lo estaría en el futuro, Eva comenzó a recibir sola a delegaciones de trabajadores⁸. Ya a comienzos de 1947, recibía a veintiséis delegaciones de trabajadores en un día. Por esa época, diplomáticos y funcionarios del gobierno se habían relacionado con sindicatos. La corriente de innumerables pobres con sus problemas personales que habían comenzado a desfilar por su oficina, continuó con los años hasta convertirse en una de las tradiciones más firmemente asociadas con la imagen de la joven rubia que recibía homenaje y dispensaba favores, sentada a su escritorio.

Cuando su esposo asumió el cargo de presidente, Eva probablemente había esperado, como todas las esposas de presidentes antes de ella, la tradicional invitación de la sociedad de caridad exclusiva de la Argentina, la Sociedad de Beneficencia, para que presidiera la institución. Pero la invitación nunca llegó. Eva, según lo hizo saber la sociedad, era demasiado joven para tal cargo. Eva respondió sarcásticamente que tal vez su madre fuera la persona adecuada. El Poder Ejecutivo asumió el control de la aristocrática asociación en setiembre

de 1946 y Eva Perón estableció una oficina propia en el edificio que sus enemigas habían desocupado. Había comenzado a preparar el camino para la expansión de su propia obra social naciente en la espectacular y millonaria Fundación Eva Perón.

Ella, o los poderes que estaban detrás de ella, de igual manera removieron los obstáculos para su creciente influencia en otras áreas. Antes de que concluyera el primer año en la residencia presidencial, había formado y presidido una Asociación Pro-Sufragio Femenino y pronunciaba discursos semanales sobre feminismo peronista. La prensa oficial apoyaba sus esfuerzos, aunque no aun explícitamente, en una serie de artículos que se ocupaban de los problemas de las mujeres en general y de sus reclamos de derechos civiles⁹. Al mismo tiempo, comenzó a organizar una actividad de base entre las mujeres creando entidades cívicas femeninas en toda la ciudad de Buenos Aires y en las provincias. Pero cuando otras peronistas trataron de adherir a la causa, por sincera convicción o esperando utilizarla como base para su propio poder, Eva reaccionó con un antagonismo definitivo. A comienzos de 1947, un mensaje de la Secretaría de Trabajo de la Presidencia manifestaba categóricamente, según la prensa antiperonista:

“Respecto de las reiteradas denuncias recibidas en esta Secretaría, según las cuales personas ajenas a la misma están invocando indebidamente el nombre de la señora María Eva Duarte de Perón para realizar actividades de naturaleza proselitista en centros y organizaciones feministas cívicos, personas entre las cuales se encuentra la doctora Longoni, la señorita María Luisa Raina y la señora Frugoni: ninguna de estas personas ni ninguna otra están autorizadas

para invocar el nombre de la esposa del presidente de la Nación en este sentido ni en ningún otro; ni mantienen las personas nombradas ninguna relación ni contacto con la señora de Perón o con esta Secretaría.”¹⁰

Un informe similar aparecido hacia la misma época afirmaba que cuando la esposa del gobernador de Córdoba creó un “Centro María Eva Duarte de Perón” dedicado a los fines de la “campaña cívica” de la Primera Dama, Eva respondió creando un centro rival y anunciando que los registros estaban abiertos en ambos¹¹.

Sus actividades en todas estas áreas —trabajo, ayuda social y feminismo— tuvieron eco creciente en todos los medios mientras Eva comenzaba a inyectar su influencia en posiciones de autoridad responsables de las comunicaciones así como en los órganos estratégicos mismos. Para enero de 1947 había comprado el periódico *Democracia*, cuya primera edición, de formato diferente, estaba colmada de elogios a ella. Este periódico, ahora propiedad suya y tal vez su instrumento y portavoz, confirió a Eva (ya Primera Trabajadora, Primera Samaritana y Reina del Trabajo de la nación) el nuevo título de Dama de la Esperanza. Habiendo descrito originalmente a la Dama de la Esperanza como surgida del espontáneo bautismo de Eva Perón por parte del peronismo popular, más de un año después *Democracia* admitía en un comentario del editor que “en pura verdad, fue precisamente aquí, en *Democracia*, donde la señora de Perón fue justamente llamada «la Dama de la Esperanza», adecuado nombre que está hoy en los labios de millones de seres”¹². *Democracia* continuó una espectacular campaña todo el año siguiente, durante el cual todos los periódicos argentinos, con grados variados de entusiasmo y elaboración, se ha-

llaron publicando noticias acerca de las actividades de la esposa del presidente en casi todas las ediciones.

¿Hasta dónde se extendía el poder de esta política neófita, sólo un año después de su transformación de actriz en Primera Dama? Su propia prensa y otros órganos que apoyaban al régimen de su esposo le quitaban énfasis a todo ejemplo posible de una iniciativa de su parte, mientras que los enemigos aprovechaban ejemplos análogos para describirla como una fuerza amenazante y dominante en el gobierno. Los temores de sus oponentes, aunque posiblemente exagerados, con igual posibilidad pueden representar percepciones de influencia no documentada, que Eva había comenzado a ejercer en un número significativo de áreas. Sus adversarios la acusaban de interferir en el congreso, en los sindicatos y en la creación de la política nacional; de dar instrucciones a gobernadores, legisladores y funcionarios gubernamentales; de controlar la vida económica de la nación; y de imponer sus ideas en las universidades así como en el sistema escolar¹³.

En junio de 1947, Eva dio un paso que a aquellos que temían su creciente importancia y magnetismo les pareció que confirmaba todos sus temores. Ella había aceptado una invitación de Franco para visitar España, y ahora se preparaba a partir en un viaje percibido por la oposición contemporánea como inextricablemente implicado en un impulso por lograr mayor poder. Los antiperonistas no pudieron desechar el viaje, como muchos hicieron más tarde, como una mera satisfacción personal para una trepadora social, que le permitía establecer una nueva identidad burguesa con la cual competir con sus enemigos de la alta sociedad argentina. Eva voló a Madrid desde Buenos Aires, porque la marina mercante le había denegado una nave para el viaje. Sus enemigos vieron el viaje

inminente como otra usurpación de funciones y prerrogativas oficiales.

Los Perón definieron al viaje como no oficial, y Eva misma manifestó que lo financiaba con sus propios fondos con el fin de informar al Viejo Mundo de la paz, la estabilidad, las favorables condiciones laborales y el optimismo de la Nueva Argentina¹⁴. Sin embargo, el régimen le otorgó a Eva un séquito y el poder para firmar ciertos acuerdos oficiales con gobiernos europeos. Lilian Guardo, la amiga a quien Evita eligió para que la acompañara durante el viaje, posteriormente comentó que su amiga telefoneaba a Buenos Aires dos veces por día, un llamado a Perón y el otro al Congreso Nacional: "Allí movilizaba a todos los ministros y funcionarios que aguardaban su llamado, a los que les pedía detalles del gobierno y a los que les daba órdenes específicas"¹⁵.

La naturaleza espectacular y semioficial del viaje posiblemente sirviera a los intereses de Franco y de ambos esposos Perón. Franco, al que pronto aislarían los Estados Unidos y el Plan Marshall, necesitaba una promesa de ayuda y una demostración de alianza de la nación más poderosa de América del Sur. Pero necesitaba definir sus propias relaciones con los Estados Unidos, frente a la crítica de los grupos nacionalistas, tanto peronistas como radicales, de su posición en la Conferencia Interamericana sobre los Problemas de la Guerra y la Paz en Chapultepec, ciudad de México. Perón puede haber esperado que sus gestos amistosos hacia el gobierno español, entonces ignorado por los Estados Unidos, junto con una demora de la ratificación de las Actas de Chapultepec, convencieran a sus críticos de su posición independiente. Eva estaba actuando en el contexto de las medidas que ya había tomado para crearse un rol y una imagen poderosos que tenían poco que ver con el ideal argentino de la esposa

del presidente de la Nación. Sus visitas oficiales y sus imponentes recepciones públicas contribuyeron a su imagen de una esposa de presidente clásica, socialmente aceptable, pero además subrayaron un nuevo fenómeno: su habilidad para compartir y aun esgrimir el poder del presidente.

Los miembros del Partido Radical, de la oposición, presentaron protestas ante el Congreso. Surgió la cuestión de la justificación de enviar a un sacerdote y un edecán militar para acompañar a Eva en una visita supuestamente no oficial, suscitando animosidad. El representante radical Ernesto Sanmartino pidió la palabra para proponer una ley que negara a la esposa de todo funcionario público, privado o militar, una participación en los honores o privilegios del esposo. Procedió a mencionar una peculiar analogía entre el uso ilícito de la prerrogativa oficial que acababa de condenar y "el presente viaje de la esposa del presidente". La oración, inconclusa, creó el caos en el Congreso y obligó a cerrar la sesión. La violenta reacción a Sanmartino aparece en el registro incompleto, desproporcionada respecto de la ofensividad de la propuesta. Ello podría indicar que esa fue la ocasión para la famosa invectiva pública de alguno de los diputados contra los peronistas y sus líderes, como es la comparación de la Argentina con un carro atascado en el barro y arrastrado por una yegua¹⁶.

La exuberante rubia de veintiocho años recogió a su partida la alegre despedida de 500.000 argentinos y la bienvenida del gobernador de España, la "madre patria", y de 300.000 españoles a su llegada. Franco le otorgó el honor de la Cruz de Isabel la Católica, mientras Eva a su vez prometía el obsequio de un cargamento de trigo para la nación española. Tras una serie de entusiastas recepciones en toda España, Eva siguió a Italia. Una

bomba colocada en la embajada argentina antes de su llegada, y las demostraciones ante el lugar donde se hospedaba, que se convirtieron en protestas gritadas contra el fascismo de Perón y Franco, estropearon su estada en Roma.

El 27 de junio, el papa Pío XII recibió a la Primera Dama de la Argentina. Aunque una condecoración papal llegó a la embajada argentina para el presidente Perón, durante la visita de Eva, el papa no le concedió ningún honor, aparte del habitual rosario otorgado como recuerdo de una audiencia. Poco después de ese encuentro, el agotamiento la obligó a interrumpir su programa para descansar, por orden del médico, durante sus últimos días en Italia.

Lo qué seguía en el itinerario era una visita largamente prevista a Gran Bretaña. El viaje había concitado la atención de la prensa y el público de la Argentina y de Gran Bretaña desde su anuncio. Diferentes grupos de Inglaterra interpretaron de manera distinta los objetivos de la visita, como comercial o militar, relativa a compras de material para la marina o la fuerza aérea argentinas. Aun cuando los periódicos argentinos afirmaban que su "presidenta" sería huésped de la familia real en Londres, los informes ingleses dejaban entender que tal visita no sería ni correcta ni deseable¹⁷. Para una nación que salía de una guerra contra el fascismo, la Primera Dama de un régimen rotulado como fascista que llegaba tras una visita triunfal a un régimen fascista, tenía probabilidades de ser impopular. Para deleite de la prensa antiperonista, la familia real anunció que pensaba estar en Escocia para la época de la visita de Eva, y por lo tanto, que no podría recibirla. Los enemigos de Eva interpretaron esto como un juicio de que ella era una huésped

socialmente indeseable. Oficialmente, el controvertido viaje nunca se hizo por el "estado de postración" de Eva.

Desde Italia, Eva fue a Portugal y luego a Francia. En París la recibió el ministro de Relaciones Exteriores, Georges Bidault. Eva comió con el presidente de Francia, Vincent Auriol, y luego firmó un tratado que le otorgaba a Francia un préstamo argentino para la compra de trigo y carne.

Eva fue recibida con actos de abierta hostilidad en Suiza. Le arrojaron verduras y un inmigrante reciente, un argentino descendiente de suizos, le arrojó piedras al coche de Eva, quebrando el cristal posterior. En seguida aparecieron, en los periódicos antiperonistas argentinos, dibujos de Eva mientras le arrojaban tomates. Esas caricaturas marcaron la edición final de muchos de esos periódicos, entre ellos el destacado órgano radical *El Intransigente*, de Salta, y *La Vanguardia*, socialista, de Buenos Aires, inmediatamente cerrados por el régimen peronista. Más tarde, los investigadores de Perón afirmaron haber descubierto que la lluvia de tomates había sido instigada por la esposa del heredero de la famosa fortuna Bemberg de la Argentina, que fue seriamente multada por otros motivos. La multa fue a la Fundación Eva Perón¹⁸.

Eva viajó de Suiza a Lisboa para iniciar su viaje de regreso por mar a la patria, como le ordenó su médico en un intento por obligar a su paciente a descansar. En Río de Janeiro la recibieron en una sesión especial de la Cámara de Diputados. Almorzó con el presidente de Brasil, Erico Gaspar Dutra, y asistió a la Conferencia de Ministros Americanos que se realizaba en esos días. La conferencia le reservó un asiento especial detrás de la delegación argentina y además la honró con un intermedio, champagne y la presentación a los ministros.

Poco después, los jubilosos peronistas vieron a su Evita caer en los brazos del esposo, que fue a recibir su nave con una lancha en el puerto de Buenos Aires, el 23 de agosto de 1947. La Eva de las fotografías del abrazo de bienvenida de Perón ya no exhibía los elaborados bucles y las cascadas de pelo rubio, la figura regordeta y las ropas y los sombreros llamativos de la Eva que había salido del país rumbo a Europa. Sin sombrero, se había peinado el cabello austeramente hacia atrás, comenzando un cambio al estilo fluido eternamente clásico que ella tornó singularmente suyo hasta la muerte. Siguió vistiéndose para su rol de "compañera" de los pobres y los trabajadores de su país, apareciendo a menudo graciosamente como lo había hecho desde el comienzo, con sueters y faldas, pantalones o sencillos trajes de algodón, con frecuencia con el pelo cubierto con un pañuelo. Continuó también aprovechando su atractivo más femenino y extravagante, que lució en ocasiones formales y en trajes de verano hasta la muerte. Pero después del regreso de Europa, estas imágenes se complementaron de manera creciente con una Eva sobria y elegante ataviada con trajes sastres.

A meses de su llegada de Europa, Eva había consolidado la posición para la cual había echado las bases antes de su viaje triunfal, como éste era recordado entre sus partidarios. Para aumentar su poder de este punto en adelante, sólo debía hacer funcionar la elaborada maquinaria que ella había creado o que otros habían diseñado para ella. Parece haber empleado el año entre mediados de 1948 y mediados de 1949 para construir sobre las bases que había echado. Gradualmente extendió su control virtual sobre tres y tal vez cuatro fuentes importantes de poder: la rama femenina del Partido Peronista, su Fundación de Ayuda Social, varios de los órganos más impor-

tantes de la prensa oficial y posiblemente también trabajo. Con su importancia en estas áreas, su influencia creció de manera espectacular en la política dentro del gobierno mismo. Para mediados de 1949, Eva había establecido el rol que la caracterizaría hasta la muerte, con la excepción de sólo unas pocas empresas menores nuevas. En ese período empezó a usar la forma acortada de su nombre, firmando e identificándose ya no como María Eva Duarte de Perón sino como Eva Perón¹⁹.

Poco después del regreso al país de la Primera Dama, la Cámara de Diputados otorgó el sufragio a las mujeres. Celebraron el acontecimiento reuniones masivas de mujeres, acompañadas por un clamoroso eco de publicidad. Días más tarde, el Consejo Superior del Partido Peronista procedió a cambiar la estructura de su organización. La moción abrió el camino para la creación del Partido Peronista Femenino y para que Evita asumiera, dos años más tarde, el liderazgo de esa poderosa rama del peronismo.

Para mediados de 1949, otros cambios completaron la institucionalización del liderazgo de Eva de las mujeres peronistas. Eva se reunió con el Consejo Superior Peronista, reestructurando de manera definitiva al Partido Peronista, dando lugar a una rama femenina independiente de los sectores masculinos. A los cuatro días de la formación del Partido Peronista Femenino, sus miembros agradecidas convirtieron a Eva Perón en su presidente por aclamación popular. En los meses siguientes y en las elecciones, ese partido dio a la nación diputadas y senadoras así como la primera presidenta del Congreso del mundo.

La decisión de asistir a los infortunados del mundo en general, así como a los pobres de su nación, anunció el comienzo de la campaña de ayuda social de Eva. El mes de noviembre de 1947 presenció su primer embarque de

bienes para caridad en el exterior, así como, significativamente, el comienzo del fin de la ayuda de otras sociedades caritativas argentinas para la Europa de posguerra²⁰. Para los primeros meses de 1948, Eva estaba completando un proyecto habitacional en la provincia de Buenos Aires. Instaló agua potable en áreas de Córdoba, realizó innovaciones en la Dirección Nacional de Menores, e inauguró el primer Hogar de Tránsito para las mujeres inmigrantes del interior. Los planes de la Primera Dama para una ciudad infantil, una mezcla de modelo educacional y parque de diversiones, estaban en ejecución cuando el 14 de abril ella recibió el título de "Madre Espiritual de todos los Niños Argentinos"²¹.

El reconocimiento de la Fundación de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón como entidad legal corporativa se produjo en junio de 1948. Debía ser administrada por el Ministerio de Finanzas, que se encargaría de tomar el personal necesario. Eva contribuyó personalmente con 10.000 pesos (equivalentes a 2.500 dólares en 1948) a la organización. El Poder Ejecutivo hizo arreglos para un presupuesto que luego se convertiría en una fuente de enconada controversia: inicialmente debía proceder de los salarios de dos días deducidos de los ingresos anuales de todos los trabajadores y empleados, así como de todos los fondos extras de los presupuestos de otros ministerios. A cinco meses de su inauguración, el capital de la fundación, aumentó a 23.000 pesos. Esa cantidad más que se quintuplicó en un año. Entre 1949 y 1952, el presupuesto se incrementó de 122 millones a 2 mil millones de pesos. Durante 1949, la Cámara de Diputados votó un adicional de 70 millones de pesos para el presupuesto de la fundación, pero Perón mismo vetó el proyecto de ley. El ministro de Finanzas, Antonio Cafiero, más tarde aprobó esa acción: "No necesitábamos esos 70 millones... Perón tuvo

razón al hacerlo; no era justo que los legisladores desearan causar una buena impresión ante la señora a costas del presupuesto nacional”²².

Sus enemigos le había dirigido graves críticas a la fundación, y siguieron haciéndolo. Los antiperonistas estaban resentidos por la eliminación de la tradicional y aristocrática Sociedad de Beneficencia. Los peronistas justificaban la supresión de la sociedad por parte de Evita argumentando que sus esfuerzos no habían sido más que una caridad que intentaba aliviar la conciencia de las clases superiores y proporcionar buenas excusas para los bailes en los que se recaudaban fondos. Los antiperonistas respondían que la fundación también era sólo caridad y que estaba destinada a obtener votos, a pesar de sus pretensiones de estar administrando “justicia social”. Declaraban que la fundación era responsable no sólo de la pérdida de la Sociedad de Beneficencia sino también de la declinación de diversas instituciones privadas del interior, ya que éstas carecían de los fondos que anteriormente les asignaba el Congreso Nacional²³.

Las más duras acusaciones contra la Fundación Eva Perón se referían a sus finanzas. Aparte de las contribuciones obligatorias establecidas por un decreto del Poder Ejecutivo, la fundación recibía donaciones voluntarias de individuos, sindicatos y otros grupos, incluidas empresas comerciales. Aunque la prensa peronista contemporánea les daba gran publicidad e importancia a las contribuciones voluntarias privadas, Ramón Cereijo, ex ministro de Finanzas y administrador y agente general de la fundación, afirmó posteriormente que “la mayoría de aquellos que traían personalmente una donación importante sólo iban para que los fotografieran con la señora; lo hacían sólo para lustrar las manzanas o para explotar sus pretendidas conexiones con el gobierno”. Sin embargo, los anti-

peronistas afirmaban que la señora realizaba buena parte de su ayuda social con dinero perteneciente a otra gente e instituciones, y que exigía esos fondos bajo amenaza de desgracia personal o financiera. Los ejemplos de ese trato citados con mayor frecuencia son los cierres de la compañía de caramelos Mu-Mu y los laboratorios farmacéuticos Massone. Estos casos nunca fueron clarificados, aunque Cereijo rechazó las acusaciones como infundadas: “¿Por qué íbamos a hacer eso si teníamos todo lo que necesitábamos? El apoyo financiero de la contribución de dos días de trabajo era suficiente para nosotros”²⁴.

La obra de la Fundación continuó con dos nuevos Hogares de Tránsito, colonias de vacaciones para niños de la clase trabajadora y planes para un primer hogar de ancianos. En los años siguientes, cientos de miles de pequeños entusiastas del fútbol de todo el país se sometieron a revisión médica por primera vez y se pusieron sus primeros pares de zapatos y medias para jugar en el campeonato juvenil creado por Eva y sus asesores.

Durante 1949, los proyectos de la Fundación de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón asumieron proporciones gigantescas. Eva inauguró su Ciudad Infantil de libro de cuentos para los niños argentinos, mientras continuaba sus contribuciones a los infortunados de otras naciones. Hizo una generosa donación a los pobres de Washington, D. C., causando así cierta consternación en los Estados Unidos. Para esa época, los esfuerzos de la Primera Dama estaban sofocando intentos paralelos de otras organizaciones privadas y de figuras públicas argentinas. Como siguió creciendo en los meses y años siguientes, la fundación dominó la salud pública y la educación, reemplazando casi a los ministerios comúnmente responsables de esas áreas. Escuelas de enfermeras, hogares para estudiantes y “ciudades estudiantiles”, más colonias de vaca-

ciones, clínicas para niños convalecientes, hospitales modernos y un millar de escuelas surgieron en todo el país. Más tarde, en 1951, cuando la Argentina estaba sufriendo una inflación creciente, la organización, conocida oficialmente desde 1950 como la Fundación Eva Perón, estableció una cadena de proveedurías que vendían necesidades básicas a precios controlados en áreas de ingresos limitados.

Esas actividades mantuvieron a la Primera Dama continuamente frente a los ojos de la nación. Su publicidad servía para formar su imagen según ciertas líneas, y velando de manera consistente otras áreas en que la evidencia sugiere que Eva era activa e importante. En virtud de la credibilidad de sus elogios para las actividades de Eva en otras áreas, el régimen y sus órganos no publicaban los movimientos de Eva dentro del ámbito de la propaganda oficial misma. La historia de Eva y de la propaganda peronista aun consiste sólo en fragmentos. Su influencia en la prensa comenzó con su compra de *Democracia*, que rápidamente se convirtió en el vocero más importante del gobierno. Pero la asociación de ella con otros periódicos está menos definidamente establecida, aunque los argentinos a menudo se refieren a su supuesto control o propiedad de los periódicos *El Líder* y *El Laborista*.

El libretista de radio Francisco Muñoz Azpiri, que originalmente estaba vinculado con Eva, había participado de manera activa en las primeras etapas del movimiento peronista durante el período en que se establecieron las líneas generales de las imágenes que tanto Eva como su esposo seguirían en toda su carrera. Su parte en la definición de estas imágenes sigue siendo oscura, pero su trabajo en la temprana propaganda de "Hacia un mundo mejor" para la radio y en la Subsecretaría de Informa-

ción demuestran que participó activamente en la creación de la propaganda del régimen. Siguió escribiendo discursos para Eva, la estrella de sus tempranos dramas radiales, hasta después del viaje por Europa, en el que la acompañó. Posteriormente cayó en el olvido, al parecer debido a conflictos dentro del Partido Peronista.

Raúl Apold, el que posteriormente ocupó el puesto de Muñoz Azpiri en la Subsecretaría de Información, se convirtió en una importante figura en *Democracia* cuando Eva compró ese periódico. La influencia que ejercía Apold desde la subsecretaría revela la importancia de la posición del más modesto Muñoz Azpiri. El poder del cargo creció en los años entre el nombramiento de Apold y la muerte de Eva, ya que asumió el control de la línea editorial seguida por los periódicos más importantes de la nación. El régimen silenciaba a otros que no seguían esta línea, con la excepción de *La Nación*, que había sido acallado.

Otro amigo de la Primera Dama, el mayor Carlos Vicente Aloé, se hizo cargo de los periódicos que pasaban al control del régimen. Cuando los peronistas compraron, a comienzos de 1949, la mayoría de las acciones de la Editorial Haynes, editores de diez publicaciones periódicas, Eva personalmente le pidió a Aloé que se pusiera al frente de la empresa, a pesar de sus protestas de que él no sabía nada de publicaciones. Aloé también se convirtió en presidente de la comisión de directores de Alea S.A., una empresa que imprimía casi todas las publicaciones que seguían la línea oficial.

Aunque este cuadro del rol de Eva en la propaganda que rodeaba al movimiento y al gobierno peronista es incompleto, hay sugerencias de que la influencia de ella alcanzaba al virtual control. Señalan no sólo la importancia de la Primera Dama en el área de la prensa oficial sino también el hecho de que había establecido signifi-

cativos contactos y amistades personales con tres cruciales modeladores de la propaganda peronista en general: Muñoz Azpiri, Apold y Aloé.

La cobertura oficial minimizaba no sólo el rol de Eva en la prensa y la propaganda sino también su acción e influencia en trabajo y en el partido y su gobierno.

El régimen había identificado de manera creciente y entusiasta a Evita con el trabajo desde sus primeros días como Primera Dama. Pero durante los dos primeros años de su esposo en el poder, cuando la prensa describía sus contactos con el movimiento trabajador como parte de su obra social, su rol como protectora de los trabajadores al parecer implicaba poca o ninguna acción política abierta de su parte. En 1948 esto comenzó a cambiar. A principios de marzo, Juan Perón nombró a su esposa presidenta del Tercer Congreso Internacional de Seguridad Social, realizado en Buenos Aires. Dos semanas más tarde Evita intervino abiertamente por primera vez en un conflicto sindical, cuando recibió el crédito por haber solucionado el problema de ciertos empleados bancarios, aunque los medios no registraron los detalles de su rol. De este punto en adelante, la prensa oficial se refería constantemente a la participación de Eva en la solución de diferentes problemas laborales, aunque rara vez daba detalles de la naturaleza exacta de su intervención o de sus consecuencias.

En 1951, el sindicato de vendedores de diarios lanzó una ofensiva contra *La Prensa*, uno de los periódicos más importantes de la oposición. Sus demandas en favor de los empleados del periódico en cuanto a un aumento de salarios, así como a un quinto de lo recaudado con la publicidad, recibió el apoyo oficial del gobierno, y *La Prensa* fue expropiada. La posición del régimen en sí misma pudo haber implicado el apoyo de Eva o posiblemente incluso

un rol activo en la solución del problema. Pero cuando *La Prensa* pasó de sus anteriores propietarios al centro de sindicatos (la Confederación General del Trabajo), Eva hizo explícita su participación: ella misma otorgó los salarios perdidos por los trabajadores durante el cierre, pagados con los fondos de la Fundación Eva Perón²⁵.

Ese mismo año, los esposos Perón debieron enfrentar una de las protestas laborales más graves hechas durante sus años en el poder, y la única con registrados matices de protesta contra la misma Eva y sus políticas en asuntos laborales. Los trabajadores ferroviarios se habían declarado en huelga el 24 de noviembre de 1950. Un fuerte grupo de partidarios de Eva había controlado el Comité Ejecutivo de la Unión Ferroviaria, así como la posición de la secretaria general de la unión, presidida por Pablo López, un favorito de la Primera Dama, y descontento con ese estado de cosas había desencadenado la huelga²⁶. Al habitual "Larga vida tenga Perón" que aparecía en carteles y paredes, algunos de los descontentos habían agregado una palabra: "viudo"²⁷.

Eva asumió abiertamente un rol activo en los intentos por solucionar el problema ferroviario. No sólo realizó sus habituales negociaciones con los delegados sindicales; también trató de persuadir a los huelguistas directamente, apareciendo a veces a medianoche o aun más tarde para hablar con ellos donde se reunían, en las estaciones de tren. La jerarquía burocrática aparentemente observaba esos intentos con ambivalencia, si las vacilantes interpretaciones de la prensa oficial eran el resultado de las presiones de esas esferas de poder. A mediados de enero, la prensa informó que Eva había participado en importantes concesiones a la Cooperativa del Personal de Ferrocarriles del Estado. Durante este período, el órgano de la Unión Ferroviaria, *El Obrero Ferroviario*, tal vez en respuesta

a la predisposición en favor de Eva en los rangos oficiales de la unión, acentuó el rol de Eva Perón sobre el de su esposo en la solución de la huelga²⁸. Las acciones de Eva, sin embargo, no tuvieron ningún efecto apreciable sobre la huelga, que terminó después de una serie de medidas más drásticas de parte del gobierno²⁹. Entre tanto, durante todos esos acontecimientos, la prensa primero había designado a la señora de Perón como árbitro del problema y luego, en una retractación oficial de ese informe, la caracterizaba como una "amiga permanente" que había ayudado mediante una "amistosa mediación"³⁰.

Sólo más tarde, cuando Eva se aproximaba a su muerte, comenzó la prensa a incluir algunos detalles más respecto de su rol en los asuntos laborales. Los informes incluían vagas referencias a una reunión del secretariado de la CGT donde había presidido Eva Perón, así como a las reuniones semanales con líderes sindicales que sostenían Juan y Eva Perón juntos en la Casa Rosada. Esas tácitas indicaciones de la medida real de la influencia de Eva en los asuntos laborales pueden apoyar la conclusión de que había llegado a manejar todas las instituciones del gobierno que se ocupaban del trabajo y que ejercían la responsabilidad de los contratos, las pensiones, las negociaciones colectivas y todas las disputas³¹.

El incremento en su reconocida importancia en el gobierno y en el Partido Peronista, también se verificó en el desarrollo del rol de Eva Perón en todos los otros campos de actividad. Realizó numerosas giras por las provincias, de las cuales la prensa contemporánea dio detalladas noticias. Pero en otras áreas, como en el caso de su intervención en el campo de las relaciones laborales, su actividad se documentaba informalmente y mal, o no se la documentaba en absoluto. El año 1948 al parecer incluyó algunas frustraciones o errores, mientras Eva con-

tinuaba con la tarea de crear su singular rol. Para mediados de 1949, Evita Perón parecía haber establecido la identidad política que mantendría por el resto de su breve vida.

La conducta de Eva a comienzos de 1949 ofrecía un notable contraste con el rol que ella iba a adoptar con el transcurso de ese año. En enero, la Primera Dama fue invitada a hablar en la Convención Constitucional que estaba por realizarse. Pero declinó la invitación, según la prensa oficial, afirmando que ella sólo interpretaba las ideas de su esposo. Nunca más volvió a rehusarse a hablar sobre la base de que su lugar fuera el de una mera intérprete de su esposo.

La nueva posición oficial que Eva ocupó en el Consejo Superior del Partido Peronista como resultado del respaldo informal y entusiasta de las mujeres peronistas al nombramiento de Eva como presidenta de la Rama Femenina del Peronismo, significaba un rol más independiente e institucionalizado para ella dentro del partido de su esposo. Al mismo tiempo, su influencia personal sobre los miembros del gobierno mismo, fuera de las definiciones oficiales de su posición en el partido, le daban una importante fuente de poder.

Aparte de todo peso que tuviera su opinión en las decisiones de su esposo, la influencia no oficial de Eva en el gobierno pudo haber comenzado cuando sus parientes fueron nombrados en cargos de variada importancia. Durante los primeros años del régimen peronista, la oposición repetía con fastidio las acusaciones de nepotismo, indicando el ascenso del "grupo Duarte" en diferentes funciones. Uno de los más impresionantes de estos ascensos rápidos fue el del hermano de Eva, Juan, que obtuvo por medio de la Primera Dama el puesto de inspector del Casino de Mar del Plata. Un año y medio

más tarde, Juan Duarte pasó al cargo de secretario privado del presidente de la Nación. Sus hermanas y cuñados se habían elevado de distintos puestos oscuros a los cargos de inspectora de Ahorro Postal, directora de la Escuela Normal Nacional, senador nacional por la provincia de Buenos Aires, miembro de la Corte Suprema, y director de Aduanas del puerto de Buenos Aires³².

Luego, Eva extendió su influencia en el gobierno más allá de los vínculos familiares. Para 1950, según algunos, Eva había creado nada menos que el gabinete que entró en funciones a mediados de ese año. Uno de tales informes sostenía que la Primera Dama había hecho que Perón reemplazara al ministro de Agricultura, al secretario de Asuntos Técnicos, al ministro de Industria y Comercio, al ministro de Finanzas, al ministro de Educación y al ministro de Relaciones Exteriores. Es bien sabido que los dos últimos de estos miembros del gabinete, el ministro de Educación, Ivanissevich, y el ministro de Relaciones Exteriores, Bramuglia, no gozaban del favor de Eva Perón. El reemplazado ministro de Finanzas permaneció en el gobierno sólo cuando otros se impusieron a Eva creando un nuevo ministerio, el de Asuntos Económicos. Eva misma, según el mismo informe, notificó a algunos de los hombres que habían perdido su cargos en el gabinete de su esposo. Además, Ricardo Guardo, en esa época presidente del Congreso, afirma que Eva a veces lo llamaba para que arreglara una reunión de "sus" ministros al mismo tiempo que se efectuaban las reuniones de gabinete normales. Esos ministros que se reunían con la Primera Dama, entonces, llegaban tan tarde al gabinete que los ministros militares ya se habían retirado³³.

La influencia de Eva en los asuntos exteriores pudo haber ido más allá que su supuesta intervención en la deposición de Bramuglia del gabinete: observadores ex-

tranjeros, que escribían mientras el gobierno de Perón aún estaba en el poder, comentaron que Eva y sus amigos desempeñaban un rol mayor que el de cualquier ministro de Relaciones Exteriores e igual al de Perón en la definición de la política exterior argentina³⁴.

A mediados de 1950, sólo un año y medio después de que se hubiera excluido o de que hubiera sido excluida de la Convención Constitucional, Eva desempeñó una parte notable en el primer Congreso de Gobernadores de las provincias de la nación. En el tiempo entre ambos episodios, su posición parece haber cambiado y su poder incrementado de tal manera que ya no podía omitirse la palabra de Eva Perón, ni tampoco se ofrecía ella a declinar una invitación³⁵. Si esta interpretación de su presencia en la primera Conferencia de Gobernadores es correcta, ofrece un contraste significativo e intrigante con la versión ofrecida en la prensa oficial. No hasta los sucesos del año siguiente, entre ellos la Segunda Conferencia de Gobernadores, comienza a sugerir la prensa peronista que Eva pudo haber estado actuando como poder político por derecho propio³⁶.

La manera en que sus partidarios populares consideran todo desarrollo en el carácter y el rol de Eva Perón proporciona un contexto indispensable para la interpretación de estos cambios. Las clases trabajadoras peronistas pueden percibir algunas transformaciones en Eva durante la carrera que la condujo a su asunción de responsabilidades y una identidad diferentes de las de Perón. Pero ubican los cambios y las diferencias dentro del marco más amplio de la continuidad de la colaboración y la naturaleza complementaria de la relación de los Perón, mientras que esto a su vez está subordinado a la mente dominante y a la estrategia general de Juan Perón.

Tales ideas califican la especulación de que la tendencia a la transformación de Eva Perón en una figura política por derecho propio y con su propio carácter pudo haber indicado una creciente independencia respecto de Juan Perón o aun un conflicto entre ambos. Si Eva pensaba o no independizarse de su esposo o de la ideología particular de éste, sería relevante sólo si ella hubiese vivido para realizar sus esperanzas o si la gente la hubiese apoyado como figura separada de la de Juan Perón, representante de ideas u objetivos diferentes. Ninguna de estas condiciones se verificó. Tampoco ella, a pesar de los temores expresados por la prensa contemporánea de la oposición, parece haber usurpado ninguna parte de la posición o el apoyo de Juan Perón. Antes bien, los dos parecían haber tocado diferentes cuerdas de la respuesta popular³⁷.

Ni Eva ni Juan Perón disminuyeron nunca el acento que ponían en la identidad de Eva como intermediaria, como el "puente de amor" entre Perón y su pueblo. Perón mismo formuló su versión de ese rol mucho después de la muerte de Eva:

"Una de las mayores fuerzas de las mujeres en el liderazgo es que emplean los pequeños medios que son tan poderosos, cosa que nosotros no hacemos porque somos hombres. Ellas aprovechan esto, ¡y hay que ver la fuerza que tienen! Esto indudablemente debe ser un factor de fuerza que las mujeres nos ofrecen en política, un factor de extraordinaria fuerza³⁸.

"Eva Perón es un instrumento de mi creación. La preparé para que hiciera lo que hizo. Y su obra fue extraordinaria... Mi vida a su lado formó parte también del arte de la conducción. Como político soy

apenas un aficionado. El área en la que soy profesional es el liderazgo. Un líder debe imitar la naturaleza, o a Dios. Si Dios descendiera todos los días para solucionar los problemas de los hombres, ya hubiésemos perdido nuestro respeto por Él y no faltaría algún tonto con deseos de reemplazarlo. Por esa razón, Dios obra por medio de la Providencia. Ese fue el papel que desempeñó Eva: el de Providencia."³⁹

También Eva, en su libro y en los discursos, acentuaba constantemente la naturaleza dual de su relación con Perón: no sólo fundía su ser con el de su esposo, sino que también podía ver a éste como parte de su pueblo e identificado con ese pueblo. Ella se había convertido en parte de Perón por medio de su amor hacia él como esposa, y por el magnánimo gesto de amarla, eligiéndola entre todos sus compañeros "descamisados". Pero ella había nacido "descamisada", y mientras Perón siguió siendo siempre singular, la identidad de Eva era colectiva: ella no sólo defendía a los humildes; Eva *era* su pueblo.

El ascenso de Eva no fue, como algunas veces pudo parecer, totalmente sin límites. En diferentes ocasiones en los años de creciente poder, Evita enfrentó la oposición de los enemigos de dentro del gobierno mismo. Por ejemplo, la antipatía entre Eva y Bramuglia surgió al comienzo del conocimiento de ambos, al parecer debido a un conflicto básico de personalidades y propósitos, cuando Eva infructuosamente le solicitó un escrito de habeas corpus para el exiliado Juan Perón en 1945. Si bien Eva posiblemente ejerció una presión clave para impedir que Bramuglia se convirtiera en gobernador de la provincia de Buenos Aires en los primeros años del régimen de Perón, según afirman algunos relatos⁴⁰, hasta mucho más tarde no pudo eliminarlo por completo del gabinete.

Eva también puede haber pensado que debía luchar con antiguos amigos que demostraban signos de excesiva popularidad en los precisos sectores en que la Primera Dama misma esperaba lograr la supremacía. Sus esfuerzos pudieron haber terminado las carreras de los líderes sindicales Luis Gay y Cipriano Reyes, este último acusado como autor de un complot contra Perón en setiembre de 1948. Posiblemente ella también estuviera implicada cuando Domingo Mercante fue relegado a posiciones secundarias. Compañero de los primeros tiempos del régimen, era tan popular que se lo consideraba un posible candidato para la vicepresidencia en lugar de Eva ⁴¹.

Entre tanto, el resentimiento de los militares por la influencia de Eva sobre Perón se mantuvo invariable desde los tiempos previos al matrimonio de ambos. Las fuerzas armadas se quejaban sostenidamente de la creciente actividad de la Primera Dama, incluso, según una versión, impidiéndole el acceso a Campo de Mayo, una importante base del ejército, cuando Eva intentó hacer una visita sorpresiva en 1949 ⁴². Pero ni las quejas ni las presiones específicas que los militares pudieran haber ejercido parecen haber afectado el rol de Evita, tal vez hasta muy tarde en su carrera. La tensión entre las fuerzas armadas y la Primera Dama puede haberse aproximado a la superficie en el intento de Eva de armar a los trabajadores peronistas en 1951. Desde su lecho de enferma, al parecer Eva pudo negociar la compra de 5.000 pistolas automáticas y 1.500 ametralladoras, usando fondos de su Fundación de Ayuda Social. La abortada sublevación contra Perón del general Menéndez pudo haber inspirado a Eva en esa acción, ya que la compra se efectuó poco después, el 29 de setiembre de 1951. Ella les comunicó su decisión secretamente a José Espejo, secretario general de la CGT, a Isaias Santín y Florencio Soto, del secretariado general

de la misma organización, y al general José Humberto Sosa Molina, comandante en jefe del ejército. Eva, enferma, compró las armas por intermedio del príncipe Bernardo de Holanda, las que fueron entregadas el 15 de abril de 1952.

Eva pensaba crear milicias de trabajadores para defender a Perón y el peronismo. Logró que se crearan realmente tales grupos, según algunos peronistas que citan los nombres de varios hombres que estaban a cargo. Participaron en maniobras con las fuerzas armadas hasta que la presión de estas últimas obligaron a Perón a disolver los nuevos grupos. Estas versiones peronistas afirman que el ejército llegó a alarmarse por la eficiencia y la habilidad de los soldados trabajadores. Otros relatos afirman que las armas nunca se usaron y que Perón primero las almacenó en el arsenal Esteban de Luca y luego las envió a la Gendarmería Nacional ⁴³. El plan puede haber revelado una nueva corriente de pensamiento y de acción en la vida de Eva Perón; algunos peronistas, así como otros de la izquierda argentina, lo elogian como tal. Pero Eva no vivió el tiempo suficiente para aclarar la significación real de su acto.

El efecto que tuvieron diferentes enemistades e influencias sobre la carrera de Eva, sólo puede conjeturarse. Otro freno a su poder, y finalmente a su vida, terminaron antes de que los otros pudieran hacer marcas definitivas: Eva Perón estaba fatalmente enferma.

Desde sus días como actriz de radio, la delicada salud de Evita la había obligado a prolongados períodos de descanso. Su actividad cada vez más frenética acortaba esos períodos de descanso, a pesar de las súplicas de los médicos que la atendieron durante su gira europea y después. El 9 de enero de 1950, en medio de una ceremonia pública al caluroso sol del verano, Evita Perón se desmayó.

Su médico, Oscar Ivanissevich, también ministro de Educación, insistió en que debía realizar un examen completo, durante el cual tomó nota de inexplicables dolores pélvicos, tobillos que se hinchaban, una fiebre persistente y hemorragias vaginales. Los síntomas habían tornado imposible las relaciones sexuales desde el año anterior. Ivanissevich recomendó una histerectomía inmediata.

La operación, realizada el 12 de enero, y la breve convalecencia que la siguió, concluyeron el incidente. Pero visto retrospectivamente, parecería haber marcado el comienzo de una superposición de temas que caracterizó los últimos años de Eva, y tal vez la mayor parte de su vida. Uno de estos temas era la previsión de su propio martirio por la causa peronista. Otro era su rechazo aparentemente obstinado a tomar curso de acción alguno que no fuera el del autosacrificio fatal. Un tercero era su desafiante insistencia, frente al destino que se estaba formando para sí, en aumentar su actividad a niveles que aun una persona sana hubiese sostenido con dificultad.

Mucho antes de que hubiera alguna evidencia del grado en que su salud se había quebrantado realmente, Eva había preparado la escena para el episodio, de modo que cuando éste se produjo, ya se había dado su explicación. "Me daré toda", anunció en un discurso un año antes de su colapso⁴⁴:

"Dejé a un lado mis sueños para vigilar los sueños de otros, agoté mis fuerzas físicas para reanimar las fuerzas de mi hermano derrotado. Mi alma lo sabe, mi cuerpo lo ha sentido. Ahora pongo mi alma al lado del alma de mi pueblo. Les ofrezco todas mis energías para que mi cuerpo pueda ser un puente tendido hacia la felicidad de todos. Pasen por él... hacia el supremo destino de la nueva patria."

Eva debió saber pronto que estaba agotando sus recursos físicos en una medida que sólo podía ser perjudicial y tal vez muy peligrosa. Pero se rehusó con fuerza a hacer algo por revertir el proceso o aun demorarlo. A pesar de la urgencia con que Ivanissevich recomendó la histerectomía, Eva se resistió tenazmente. Cuando intervino su esposo exigiendo que se sometiera a la operación, lo hizo. Pero al recuperarse, se lanzó nuevamente en un programa tan arduo que Ivanissevich protestó. En ocasión de una de esas reprimendas, Eva, extrañamente furiosa, abofeteó al ministro. Ivanissevich renunció a su puesto menos de una semana más tarde, el 18 de mayo de 1950⁴⁵. El mismo ha afirmado que las razones para su renuncia fue su percepción de la creciente corrupción en el régimen de Perón⁴⁶.

¿Qué pudo haber motivado a Eva para que se comportara de esta manera? Algunos han sugerido que sospechaba que los hombres que la rodeaban intentaban utilizar su enfermedad como excusa para restringir su actividad política. Otros afirman que ella no podía creer que su poder pudiera ser limitado por un factor tan despreciable y arbitrario como su muerte, y que no sabía realmente cuán enferma estaba⁴⁷. Sin embargo, debe considerarse también la naturaleza de su cáncer y el período de síntomas inquietantes previo al diagnóstico. Las mujeres en tales casos suelen demorar antes de consultar a un médico acerca de sus síntomas. Eva puede haber estado desesperadamente segura de su condena.

Cualesquiera que sean las razones personales que haya tenido Eva para su actitud respecto de su estado físico, proporcionó a los medios responsables de la publicidad de sus actividades uno de sus temas más importantes al informar de los sucesos de los últimos años de su vida, aun antes de que fuera obvio que su sacrificio sería real y

total, y no una mera figura retórica. La operación de 1950 fue informada en la prensa oficial como nada más que una apendectomía. Sin embargo, se la interpretó en términos del agotador programa de Eva y se dijo que la había tornado más difícil y urgente la cantidad de trabajo altruista que ella había asumido por el bien de su pueblo.

Tanto las fuerzas armadas como la enfermedad de Eva sin duda tuvieron un rol importante en impedir la nominación de Eva Perón para la vicepresidencia. El esfuerzo realizado por Eva y aquellos que la apoyaban para el cargo de vicepresidenta de la Nación abrió un drama que les ofreció tanto a la Primera Dama como a los medios una manifestación nueva y poderosa de los temas de su sacrificio que ellos ya habían estado presentando. Esto sucedió en el contexto de una gigantesca reunión pública, el cabildo abierto convocado para proponer la fórmula Perón-Perón para las elecciones futuras. El secretario general de la CGT de esa época, José Espejo, relató que durante la organización del episodio, "cuando se le mencionó por primera vez la candidatura, ella eludió una respuesta concreta. Pero estuvo de acuerdo en que organizaríamos una gran asamblea, porque deseaba un pronunciamiento popular que apoyara su nominación"⁴⁸.

Cuando el cabildo abierto inició su masiva sesión⁴⁹ a una hora avanzada de la tarde del 22 de agosto de 1950, Perón ocupó el puesto de honor, pero su esposa no estaba presente. Esto causó tal grito entre el público que las protestas obligaron al primer orador, José Espejo, a interrumpir su discurso. Él trató de explicar que sin duda era la modestia de Eva lo que la había llevado a pensar que no debía aparecer. Pero continuó conviniendo que era obvio que su presencia era esencial para seguir adelante con la asamblea. Eva apareció en unos minutos, al principio incapaz de detener el llanto que le impedía hablar.

Cuando logró expresarse, sus palabras no contuvieron una respuesta a las demandas de la asamblea de que aceptara la candidatura. Hacia el final de su breve discurso, declaró: "Siempre haré lo que el pueblo me diga". Su público aplaudió tumultuosamente esas palabras, al parecer suponiendo que ella había confirmado su aceptación.

Sin embargo, ella continuó para repetir un tema común en su oratoria desde el comienzo de su carrera: "Pero les digo, tal como lo he dicho durante cinco años, que prefiero ser Evita antes que la esposa del presidente, si se dice «Evita» para aliviar algún dolor de mi país. Ahora digo que sigo prefiriendo ser Evita". Esto dejaba su decisión en la incertidumbre, pero ella concluyó sin hacer una declaración más definida. En sus últimas frases, retrospectivamente sorprendentes, en realidad proclamaba presidente a su esposo: "Mi general, yo, a quien los descamisados han declarado su plenipotenciaria, lo proclamo, antes de que el pueblo lo vote el 11 de noviembre, presidente de todos los argentinos. La nación está salvada porque la gobierna el general Perón".

Durante el discurso del esposo, que siguió a las declaraciones inconcluyentes de Eva, alguien del público gritó, interrumpiendo a Perón: "¡Que hable la compañera Eva!" La insistencia se tornó mayor cuando terminó el aplauso otorgado al discurso de Perón. Ante el clamor que pedía la palabra de Evita, José Espejo se dirigió a ella, diciéndole: "Señora, el pueblo está pidiendo que usted acepte el puesto..." Cuando ella persistió en negarse a hablar, él agregó: "Señora, usted es la única que puede y debe ocupar ese lugar".

En ese punto, Eva aceptó el micrófono para solicitar al menos cuatro días para reconsiderar el asunto. A esto respondieron gritos de "¡No! ¡No!" y "¡Huelga!" entre la multitud, mientras en el palco oficial se iniciaban aca-

loradas discusiones. Eva comenzó: "Compañeros. Compañeros... compañeros. Compañeros: no renuncio a mi puesto en la batalla, renuncio a los honores". Como el público siguió gritando, Eva comenzó a llorar nuevamente. Pudo decir: "Haré, al fin, lo que el pueblo decida". Entonces agregó: "¿Creen que si el puesto de vicepresidenta fuera una responsabilidad y yo hubiera sido una solución, no hubiera ya respondido que sí?"

En el palco se produjeron diferentes exclamaciones. Entre ellas, casi disimulada por el tumulto, dijo la voz de Perón: "¡Terminen este acto!"

La multitud siguió gritando, exigiendo una decisión, mientras que Eva, con creciente desesperación, rogó que le dieran tiempo, y que sus impacientes simpatizantes se desconcentraran. La confusión que siguió en el palco oficial reflejaba el tumulto popular, mientras Perón discutía con los líderes de la CGT. Finalmente, Espejo anunció: "Compañeros: compañeros, Evita ha pedido dos horas. Nos quedaremos acá. No nos moveremos hasta que ella nos dé una réplica favorable". Eva protestaba: "Estó me ha tomado por sorpresa... Nunca pensé, en mi corazón de humilde mujer argentina, que podía aceptar ese puesto... Denme tiempo para anunciar mi decisión a la entera nación por radio".

La masa de pueblo excitado al fin se dispersó. La prensa registró que el puesto había sido aceptado, y el 28 de agosto, seis días más tarde, la candidatura de Eva fue proclamada oficialmente por el secretariado nacional de la CGT⁵⁰. Informes sin fuentes específicas afirmaron que ante la noticia de la fórmula Perón-Perón las presiones militares aumentaron con protestas no sólo de Campo de Mayo sino también de bases provinciales⁵¹.

Aunque los peronistas recuerdan el 22 de agosto, que en realidad fue la fecha del cabildo abierto, como el Día

del Renunciamiento, Eva Perón no renunció oficialmente a la candidatura vicepresidencial hasta el 31 de agosto. A las ocho de la noche de ese día, ella leyó el anuncio, manifestando:

"Comprendí que no debo cambiar mi puesto de batalla en el movimiento peronista por ningún otro puesto. ... Esta decisión viene de la parte más íntima de mi conciencia y esa razón es totalmente libre y tiene toda la fuerza de mi voluntad definitiva."

Después venía la famosa declaración:

"En estos momentos no tengo más que una ambición, una única y gran ambición personal: que de mí se diga... que había al lado de Perón una mujer que se dedicó a transmitirle al presidente las esperanzas del pueblo, y que el pueblo llamaba afectuosamente «Evita» a esa mujer. Eso es lo que deseo ser."

Como razón de su decisión, Eva manifestó que:

"El 17 de octubre formulé mi voto permanente, ante mi propia conciencia: ponerme totalmente al servicio de los descamisados, que son los humildes y los trabajadores. Tenía una deuda casi infinita que pagarles [referencia a la parte desempeñada por los descamisados al exigir que se librara a Perón en 1945]. Creo que he hecho todo lo que estuvo a mi alcance para cumplir con ese voto y pagar mi deuda."

Esta explicación no ha satisfecho a muchos observadores. La especulación acerca de la posible naturaleza real de sus motivos ha variado de las diversas interpretacio-

nes de la presión militar ya mencionada a las explicaciones en términos de su avanzada enfermedad. José Espejo⁵² mismo, que había sido uno de los que presentaron el proyecto a Eva y uno de los más sorprendidos por su negativa final, declaró que "ella no podía ser candidata porque no le parecía correcto componer una fórmula presidencial con una pareja de esposos, y alegaba que debía dar lugar al sector político del movimiento, en la persona de Quijano".

Sólo tres semanas más tarde, el estado deteriorado de la salud de Eva la confinó a su habitación en la residencia presidencial, donde fue sometida a las últimas fases del inútil tratamiento médico.

A pesar del dolor y la debilidad crecientes, en actitud desafiante mantenía un extraordinario nivel de actividad. Las personas que la rodeaban guardaron silencio respecto de la frustrada sublevación de Menéndez hasta que todo el peligro hubo pasado. Pero al enterarse de los acontecimientos del día, Eva insistió en dirigirse a los peronistas por medio de la radio, esa misma noche. El día siguiente, desde su lecho de enferma, negoció la compra de armas.

Mientras los medios noticiosos informaban a la Argentina que Eva sufría de anemia y se le estaban haciendo transfusiones de sangre, su cáncer progresaba. Una sucesión de acontecimientos mantuvo oculta a sus seguidores la naturaleza real de su enfermedad. La primera edición de su autobiografía, *La razón de mi vida*, apareció en medio de gran excitación y de elaborada ceremonia. Sólo dos días más tarde, Eva misma pudo aparecer en la tradicional celebración del 17 de octubre, dejando la cama por primera vez en más de tres semanas. Su debilidad era tal que su esposo se vio obligado a sostenerla por la cintura cuando se puso de pie. El peronismo dedicó a Eva ese "Día de la Lealtad", como se lo había designado, mientras

que la CGT y Perón mismo le otorgaron condecoraciones. Al fin del acto, el día siguiente fue declarado "Día de santa Evita", en lugar de "Día de san Perón", que había sido lo habitual durante los años del gobierno peronista⁵³.

En las semanas siguientes, al parecer Eva Perón debió someterse a dos operaciones. El experto en cáncer norteamericano George Pack, cuya intervención fue secreta, realizó la primera. La segunda tuvo lugar en el Policlínico Presidente Perón de Avellaneda bajo la dirección de Ricardo Finochietto, cirujano argentino de fama mundial. Antes de la última operación, el 5 de noviembre, Eva consiguió grabar un discurso que se transmitiría el 9 de noviembre. Dos días más tarde, el 11 de noviembre, mientras se encontraba postrada en el hospital, llevaron junto a su cama una urna electoral especial para que pudiera dar su voto en las primeras elecciones argentinas de las que participaban las mujeres de la nación⁵⁴.

A principios de diciembre, mientras el número de las misas ofrecidas por ella alcanzaban a centenares, Eva logró recuperar su fuerza hasta el punto en que pudo acompañar a Perón en breves paseos alrededor de Buenos Aires. Más tarde pronunció su discurso de Navidad, y ese día se reunió con los periodistas de la nación. Los medios informativos aún ocultaban la verdad de su estado a su público. La propia resistencia obstinada de Eva frente a la enfermedad tornaba más fácil esa tarea. En el contexto de sus continuadas audiencias con los delegados sindicales, la afirmación en la prensa a mediados de marzo de que ella pronto reanudaría su actividad en Trabajo y Previsión no pareció el absurdo que en realidad era⁵⁵. Sólo unos pocos días más tarde fue lanzado el Plan Agrario Eva Perón por la Fundación, haciendo accesible a los agricultores el equipamiento mecánico, para poder

aumentar la cantidad de hectáreas cultivables de la nación⁵⁶.

Sus últimas apariciones públicas alentaron esperanzas aun más exageradas de su recuperación. Pero sólo una dedicación y una determinación casi sobrehumanas pudo hacerlas posibles. Ella no sólo apareció en la asamblea en celebración del Día del Trabajo, sino que logró pronunciar un breve discurso, el último y uno de los más violentos de su carrera. Una semana más tarde, el día de su cumpleaños, apareció brevemente en una terraza de la residencia presidencial para saludar a las multitudes que se habían reunido. No podía mantenerse de pie por sus propios medios. Ese día, por sugerencia de Héctor J. Cámpora, entonces presidente de la Cámara de Diputados, el Congreso designó a Evita "Jefa Espiritual de la Nación". El 23 de mayo, ella se dirigió a los gobernadores y legisladores provinciales en la residencia, nuevamente con un definido elemento de violencia en su retórica.

Hizo su aparición pública final en la inauguración del segundo término de Perón en la presidencia, el 5 de junio de 1952. Para poder mantenerse de pie debió recurrir al uso de un soporte de alambre y yeso construido especialmente. Con esa ayuda se mantuvo de pie al lado del esposo en el coche abierto en el que se trasladaron triunfalmente de la residencia presidencial al Palacio del Congreso y luego a la Casa Rosada. Ella soportó de pie el resto de la ceremonia⁵⁷.

Aun confinada a su lecho, Eva trataba de estar activa, escribiendo un libro, *Mi mensaje*, nunca completado. Afuera, la vida de la nación parecía desplazar lentamente su centro para girar alrededor de la Primera Dama moribunda. Pasaban grupos continuamente por la residencia presidencial para inquirir acerca de su estado, o se estacionaban por un tiempo en actitud de vigilia. El Congreso

se dedicó durante días, a comienzos de julio, al proyecto para convertir el monumento al descamisado, que Evita había propuesto en 1951, en una estructura recordativa en la que Eva misma sería sepultada⁵⁸. Debía ser el monumento más grande del mundo. Al mismo tiempo se tuvo la noticia en Buenos Aires de que editores norteamericanos se había rehusado a publicar una edición de *La razón de mi vida*. En repudio de esa actitud en particular y del imperialismo en general, se decidió una huelga para el 4 de julio, que suscitó elogios para la autora y expresiones de solidaridad con el proyecto de su monumento. El 17 de julio el libro fue declarado texto obligatorio para las escuelas nacionales. El día siguiente Eva recibió el Collar de la Orden del Libertador San Martín, de platino y oro, con resplandecientes piedras preciosas⁵⁹.

Durante este período, las plegarias y misas por la recuperación de Eva continuaron en toda la Argentina, y culminaron en una misa por su recuperación organizada por la CGT en el centro de la avenida más ancha de Buenos Aires. El confesor de Eva, Hernán Benítez, se dirigió al pueblo reunido para el servicio así como al resto de la nación al que sus palabras fueron transmitidas por radio. Su discurso declaraba a Eva la mártir de los descamisados, un ejemplo de autosacrificio y de fe que Dios le había dado al pueblo argentino⁶⁰. Entretanto, en los países vecinos las clases populares ofrecían plegarias por la salvación de la Primera Dama argentina⁶¹.

Eva Perón ya estaba muerta desde hacía dos minutos cuando el anuncio radial de la Subsecretaría de Información de la Presidencia fijó el instante de su muerte en una hora más fácilmente recordable, las 20.25 del 26 de julio de 1952. Dentro de las dos horas, el doctor Pedro Ara, famoso embalsamador español, comenzó los preparativos necesarios del cadáver antes de su exhibición al día si-

guiente⁶². Perón había hecho los arreglos necesarios para que se sepultara a la Primera Dama muerta en el convento de San Francisco. Pero más tarde esa misma noche, tras cierta vacilación, aceptó el pedido de la CGT de conservar el cuerpo de Eva en su central hasta que estuviera pronto el mausoleo en su monumento.

Con la procesión que acompañó al cuerpo a su capilla ardiente en el Ministerio de Trabajo y Previsión, comenzó la odisea póstuma de Eva. Esta tal vez terminó sólo en 1975, después de veintitrés años, primero de exhibición pública, luego de transporte secreto, complot y sepulturas y finalmente la exhumación y el retorno a la Argentina.

Una monumental procesión la trasladó al primero de muchos lugares de descanso temporario. También marcó la primera fase de un grandioso funeral y de un posterior duelo masivo, que iba a ser el foco de algunas de las críticas más duras formuladas por la oposición. Sin embargo, la pompa y las formas extremas de duelo público impuestas oficialmente por el régimen, y a las que buena parte del peronismo popular asumió espontáneamente, no fueron únicas en la historia argentina. El sepelio de otra Primera Dama, Encarnación Ezcurra de Rosas, poco más de un siglo antes, se asemeja al homenaje rendido a Eva Perón en un sorprendente número de puntos. Desde el golpe de Estado original del que Perón había formado parte, los funerales oficiales como el del vicepresidente Quijano en abril de 1952 habían tenido un tono emocional. Aunque se torna obvia de inmediato una gran diferencia en el tratamiento que dio la publicidad oficial a la muerte de Eva y de Quijano: la muerte y el funeral de Quijano ocuparon la prensa oficial sólo por dos días, después de lo cual no se los vuelve a mencionar⁶³.

Una masa en continua circulación mantuvo la vigilia junto al cuerpo de Evita, entrando en doble fila y saliendo

por otra puerta sin detenerse junto al ataúd. Fuera del edificio de Trabajo y Previsión, las famosas filas de argentinos que habían ido a observar a la líder muerta por última vez, se extendían por 35 manzanas. Paredes de flores formaban un canal por el que llegaba el pueblo hasta el edificio donde descansaba el cuerpo.

Con los días, el número de personas se tornó tan grande y la espera tan prolongada que los servicios de Salud Pública, la Fundación Eva Perón y el ejército asumieron la responsabilidad de brindar comodidades de higiene, mantas y camillas, y alimentos y bebidas calientes. Ante la vista de las filas silenciosas, Juan Perón se dirigió a Raúl Apold y observó: "Nunca supe que la querían tanto. Nunca supe que la querían tanto"⁶⁴.

Perón anunció al principio que "el velatorio continuará un mes, o de ser necesario dos meses, hasta que el último ciudadano de la república haya podido ver a la compañera Evita". Sin embargo, las exigencias del tratamiento de conservación realizado por el doctor Ara redujeron el plazo. El 1º de agosto el público se enteró de que la capilla ardiente seguiría abierta sólo diez días más, debido al proceso de conservación "que le dará absoluta permanencia corpórea, cumpliendo así —también en esto— con el deseo expresado por la ilustre enferma"⁶⁵.

El 9 de agosto, otra procesión llevó el ataúd al Congreso Nacional, y se renovaron las filas de personas que iban a ver el cadáver. Dos días más tarde, el cuerpo fue trasladado sobre una cureña del Congreso a la Central Obrera. Nueve coches patrulleros de la policía precedían al ataúd, mientras que treinta y cinco hombres y diez mujeres vestidos con camisa blanca —símbolo de los descamisados— y faldas o pantalones negros impulsaban la cureña. A cada lado marchaban cadetes de las academias militares en formación con estudiantes de la Ciudad Es-

tudiantil, creación de Eva Perón, así como enfermeras de la Fundación Eva Perón. A lo largo de la ruta seguida por la procesión, 17.000 soldados contuvieron a una multitud de 2.000.000 de personas que aguardaban el paso de la Dama de la Esperanza⁶⁶.

Comenzó el trabajo de Ara y terminó la vigilia del pueblo de Eva junto a su cuerpo. Pero la vigilia continuó junto a los pequeños altares que se había comenzado a construir a lo largo de las filas que aguardaban así como en todo el país. Se habían realizado ceremonias fúnebres en cementerios de toda la Argentina. Se dice que en Chivilcoy su retrato había sido depositado en el mausoleo de los Duarte, la familia que la había rechazado cuando era una niña⁶⁷.

El martirio de Eva se había completado. El tema fue reiterado en relatos oficiales, ceremonias y homenajes públicos. Su imagen como mártir sólo carecía de reconocimiento oficial. Ya el 31 de julio, sólo cinco días después de su muerte, el Sindicato de Obreros y Empleados de la Industria de la Alimentación telegrafió al Papa requiriéndole que confiriera a Eva la bendición de la santidad. En noviembre, la Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalizados repitió el pedido, proponiendo que Eva fuera la santa de todos los trabajadores americanos⁶⁸.

Una vez más, como en el tiempo de su enfermedad, la publicidad oficial trató de llenar el vacío que había quedado en los muchos lugares que ella había ocupado durante sus años de salud y poder. Incluso su presencia corpórea en la forma de un cuerpo embalsamado parece haber cumplido una parte en esta campaña. Los prolongados ritos funerarios, posibilitados por el proceso de embalsamamiento, establecieron un contacto palpable con la Evita muerta. Los informes oficiales acentuaban el hecho de que seguían existiendo cajas postales en las que aún podían

ponerse cartas a Eva, continuando la ilusión de un vínculo con la mujer muerta. Si bien la correspondencia iba a la fundación, los pobres de la Argentina aún podían realizar un acto que había sido importante para ellos durante años: aún podían "escribirle a Evita"⁶⁹. Los escolares leían diariamente *La razón de mi vida*, así como textos con páginas dedicadas a la obra de Eva en vida, a su continuada existencia, a menudo como estrella, y a su incesante vigilancia sobre sus descamisados después de la muerte.

La celebración anual de ocasiones tales como su nacimiento, su renunciamento a la vicepresidencia, y su muerte también mantenían a Evita ante el público. El peronismo dedicó el primer 17 de octubre después de su muerte, como el último durante su vida, a Eva como Jefa Espiritual de la Nación. Incluso el momento mismo de su muerte era recordado constantemente, ya que los informativos de la noche comenzaban así: "Son las 20.25, hora en que Eva Perón entró en la inmortalidad".

Estas invocaciones de la presencia de Eva significaban que su imagen aún funcionaba como intermediaria entre Perón y su pueblo, entre la maquinaria gubernamental y las masas gobernadas. Meses después de su muerte, cuando su testamento final fue leído a sus partidarios, sus palabras seguían afirmando que "Me sentiré por siempre cerca del pueblo, y continuaré siendo el puente de amor tendido entre los descamisados y Perón"⁷⁰.

Simultáneamente, Perón inició sus intentos para servir como puente entre su esposa muerta y el peronismo popular⁷¹. Pero esto sólo tuvo éxito como publicidad: Perón dejó a otros las tareas personales de Eva inmediatamente después de asumirlas con gran despliegue de notas periodísticas.

Durante los tres años restantes antes del fin del régimen peronista, el homenaje rendido a Eva alcanzó extremos flamígeros en los círculos oficiales. Para su monumento se hicieron colectas, se donó tierra de distintas provincias y naciones y se desviaron importantes cañerías eléctricas y cloacales, así como el tránsito. A pesar de estos preparativos prácticos y financieros, la estructura aun sólo consistía en la base en la época de la caída de Perón ⁷².

Con el fin del gobierno peronista, los regocijados antiperonistas acusaron a Eva y a todos los relacionados con ella. Las multitudes destruyeron las estatuas y bustos de Eva y quemaron todo lo que llevaba su nombre, de libros a mantas. A comienzos de su breve período en el poder, el gobierno del general Lonardi organizó una exhibición en la que se invitó al público a ver las ropas y joyas de Eva Perón, presentadas en cajas de cristal, cada una cuidadosamente rotulada con su precio ⁷³.

Comisiones especiales ⁷⁴ se ocuparon de la venta de las posesiones de Eva Perón, en especial sus alhajas, para incorporarlas al "patrimonio del Estado". El gobierno depositaba los fondos resultantes del remate en una cuenta especialmente creada con ese fin. Las riquezas representadas por esa cuenta siempre fueron exageradas en la mente de los enemigos de Eva, donde eran aumentadas por especulación con la suma de los fondos en las cuentas de bancos suizos de la esposa del presidente depuesto. Las cifras correctas relativas a esos fondos fueron, aparentemente, un secreto del ex presidente Pedro Aramburu, confiadas a al menos un amigo que a su vez divulgó la suma sólo después del asesinato de Aramburu en 1970. Las fuentes con acceso a esas cifras ubicaron la suma depositada en Suiza a nombre de María Eva Duarte de Perón

en 700 millones de dólares, calculado el equivalente de los fondos de la Rockefeller Foundation ⁷⁵.

El fin al que fue dedicada la fortuna obtenida con la venta de las joyas, aún se ignora. La riqueza rencorosamente disputada de Eva, aparentemente continúa en Suiza. Los fondos, se dice, sólo pueden retirarse con documentación especial, que debe ser otorgada por el gobierno argentino. El dinero se había convertido así supuestamente en un objeto de negociación entre los gobiernos no peronistas y Juan Domingo Perón. Dado que el nombre de Eva nunca fue legalmente María Eva Duarte, ni por lo tanto María Eva Duarte de Perón, sólo las autoridades argentinas pueden presentar documentos que acrediten que el propietario de la cuenta de Eva era realmente la mujer que había sido la esposa de Juan Perón ⁷⁶.

Si el objetivo de Lonardi al exhibir los tesoros de Eva y denunciar su fortuna privada era desacreditarla ante los ojos de sus partidarios, fracasó, como todos los que emplearon ese argumento contra los Perón desde la época en que estaban en el poder. En la opinión de los argentinos que tenían fe en la palabra de su líder, la riqueza de ella se justificaba con los fines por los cuales la había acumulado, como se reveló en su testamento final ⁷⁷ leído a sus partidarios en la Plaza de Mayo, después de su muerte:

"Mientras Perón viva, él puede hacer lo que desee con todas mis posesiones... Pero después de Perón, el único heredero de mis posesiones debe ser el pueblo, que debe exigir por cualquier medio la inexorable satisfacción de este deseo...

"Me gustaría que se cree un fondo permanente de ayuda social con estas posesiones para casos de infortunios colectivos que afectan a los pobres, y es-

pero que ellos acepten esto como una prueba más de mi afecto. Me gustaría, por ejemplo, que en esos casos se otorgue un subsidio a cada familia de al menos los salarios y jornales de un año.

"También deseo que con ese fondo permanente de Evita, se instituyan becas para que puedan estudiar los hijos de los trabajadores y sean, así, defensores de la doctrina de Perón...

"Mis joyas no me pertenecen. En su mayor parte fueron regalos de mi pueblo. No deseo que caigan jamás en manos de la oligarquía, y por lo tanto deseo que constituyan, en el museo del peronismo, un valor permanente que sólo pueda ser usado en beneficio directo del pueblo.

"Puedan así mis joyas, como el oro respalda el dinero de algunos países, respaldar un crédito permanente que abra los bancos del país en beneficio del pueblo, con el fin de que se puedan construir viviendas para los trabajadores de mi patria."

Cuando Lonardi llegó al poder, su gobierno formó una comisión para autenticar el cadáver como perteneciente a Evita y para determinar si se debía retirar o no de su lugar de descanso en la central obrera. Cuando la comisión no pudo presentar ninguna razón técnica para su remoción, la oficialidad dejó el cuerpo embalsamado tal como estaba. Al mismo tiempo, los peronistas formaron una "Comisión para la recuperación de los restos de Eva Perón", encabezada por Elsa Chamorro, que fue nombrada representante personal de Perón. Entre tanto, la familia Duarte pidió al gobierno la posesión del cadáver⁷⁸.

Cuando, dos meses después de la "Revolución Libertadora", Lonardi fue depuesto, los rumores de intentos

de robo del cuerpo por parte de peronistas o antiperonistas se tornaron más insistentes. Finalmente, a fines de diciembre, el teniente coronel Carlos Eugenio Moore Koenig, jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército, que estaba a cargo de la salvaguarda del cadáver, decidió remover los restos para darles cristiana sepultura, según él mismo definió su propósito. Moore Koenig, declarando que su iniciativa estaba autorizada por Aramburu, llegó con otros tres militares a la CGT durante la noche, cuando la guardia consistía solamente en diez guardiamarinas bajo el mando de cuatro oficiales navales. El embalsamador de Eva también estaba presente, observando el estado de su obra. Con sus protestas logró un recibo por el rosario y el enojado escudo de armas que fueron retirados con el cuerpo. El cadáver fue puesto en un ataúd que habían llevado con ese fin, y con la ayuda de cuatro trabajadores que estaban casualmente en el edificio, fue trasladado hasta un camión que aguardaba⁷⁹.

Después de dos semanas de traslados de un lugar a otro, el cuerpo embalsamado fue ubicado en el edificio del Servicio de Información del Estado, donde fue ocultado en una caja rotulada "equipo de radio". En ese punto, al parecer Moore Koenig viajó a Chile por orden del presidente Aramburu, para ofrecerle a Juana Ibarguren, la madre de Eva, los restos de su hija. De esta manera, Aramburu y Moore Koenig esperaban impedir que el representante legal de Perón obtuviera el cadáver. Aunque la madre de Eva continuó sus negociaciones con el gobierno argentino, y diferentes gobiernos con los años continuaron formulándole promesas, nunca logró nada en cuanto a sus esperanzas de sepultar a su hija con su familia⁸⁰.

Cualquiera que sea la razón, el cadáver quedó entre otros cajones que contenían materiales de radiotransmi-

sión hasta el 8 de junio de 1956. El sucesor de Moore Koenig como director del Servicio de Información, el coronel Mario Cabanillas, accidentalmente descubrió el cuerpo mientras revisaba el contenido de las cajas del edificio. Cuando el presidente de la Nación fue informado del incidente, se volvió a emitir la orden para una sepultura cristiana y el jefe de la casa militar, el capitán Francisco Manrique, fue encargado de la operación⁸¹.

Versiones posteriores, basadas en documentos del Servicio de Informaciones del Ejército permiten una mayor reconstrucción de los acontecimientos. Al parecer, el Servicio de Informaciones emitió una orden para que los restos fueran entregados a un monje jesuita, ahora muerto, identificado con las iniciales C. D. T. El 4 de enero de 1957, ese monje entregó al presidente Aramburu los documentos que atestiguaban que él se había ocupado del cadáver, asegurándose del secreto de su lugar de descanso mediante el recurso de enviar cinco ataúdes distintos a destinos diferentes. En presencia de Manrique, Aramburu agregó una nota que decía:

"El comandante en jefe de las fuerzas armadas, un año después de mi muerte, procederá a devolver los restos al pariente más próximo, si con ello se promueven el entendimiento y la paz nacionales."

Los papeles fueron puestos en un sobre sellado y entregados a un notario. Un año después del rapto y el asesinato de Aramburu, en 1970, el notario presentó el sobre al presidente Lanusse, que también era comandante en jefe de las fuerzas armadas⁸².

Enviados del gobierno argentino desenterraron el cuerpo en Milán, Italia. Lanusse le envió el cadáver a Juan Perón, a su residencia del exilio en Madrid, afir-

mando que lo hacía como gesto de buena voluntad en el proceso de construir la unidad nacional. La acción formó parte de su intento de abrir el diálogo con los peronistas en la Argentina y las negociaciones con Perón en España. Por dos años el cadáver quedó en Madrid, en la mansión que ocupaban Perón y su tercera esposa, Isabel Martínez. Los peronistas de la Argentina exigían su retorno a la patria de Eva. Otros afirmaban que el cuerpo había sido exhumado para causar la muerte de Perón con un ataque cardíaco: la difunta estaba decapitada, decían, con las piernas quebradas y el pecho destrozado. La reaparición del cadáver puede haber generado tanta o más insatisfacción y amargura que regocijo.

A fines de 1972, Juan e Isabel Perón fueron llamados a Buenos Aires para encabezar un nuevo régimen peronista. Sólo un año y medio más tarde murió Perón e Isabel, emulando cuidadosamente la vestimenta, el peinado y los gestos de Eva, se había convertido en presidenta de la Nación. Durante ese período, si bien Eva aparecía constantemente en la publicidad oficial, su cadáver permaneció en Madrid.

Finalmente, en noviembre de 1974, en medio de rumores de una separación entre el gobierno y los trabajadores, Isabel decidió traer el cuerpo de su predecesora de regreso a Buenos Aires, en un intento por lograr el apoyo popular para el gobierno. Montando una fuerte guardia en el sitio de la llegada, el régimen televisó el regreso de Eva Perón a su pueblo. El jet con su preciosa carga carreteó hasta detenerse, y mientras los observadores fijaban su atención, las puertas dobles se abrieron, revelando el ataúd del cuerpo embalsamado. Contrariamente a las expectativas de una oleada de reacción popular al acontecimiento, el posterior traslado de Eva al lado de Perón, también embalsamado y conservado en la residencia

presidencial, causó poca conmoción. Casi un año más tarde, el cuerpo fue trasladado una vez más, para ser sepultado una segunda vez. La odisea puede haber terminado. Pero, se preguntan los argentinos, ¿dónde está ella realmente? ¿Ha regresado Evita a un cementerio de Junín? ¿Está en una bóveda especialmente blindada en el cementerio más aristocrático de Buenos Aires, la Recoleta? Cualquier tumba que lleve su nombre puede estar vacía. Y el cadáver que reapareció súbitamente y desde una distancia pareció ser el de Eva Perón, ese cadáver, susurran algunos argentinos, pudo no haber sido más que una muñeca de cera.

4

LOS MITOS

*LA DAMA DE LA ESPERANZA
Y LA MUJER DEL MITO NEGRO*

LA DAMA DE LA ESPERANZA

En las pampas, una niña rubia delicadamente bella luchaba por sortear los obstáculos del nacimiento humilde, la pobreza y el aislamiento. Eva Duarte había nacido en 1919, el año de las masacres de la Semana Trágica, que había demostrado la forma más brutal que podían asumir las reacciones a la inquietud de los trabajadores. A los siete años había visto cómo los poderosos parientes del padre le negaban a su madre, hermanos y a sí misma el ingreso a su velatorio y su funeral: la familia de Eva fue despreciada como la concubina y los vástagos ilegítimos del difunto. Si ese padre y amante no había hecho nada por cubrirlos de la dificultad económica y de la notoriedad, la sociedad no haría nada para mitigarlos. Sin embargo, a pesar de esos obstáculos que tenía constantemente ante sí, la más joven de la familia, Evita,

confiadamente se aplicó al desarrollo de un talento para el drama. Eso, soñaba, la llevaría a una vida muy diferente como actriz en la gran ciudad de Buenos Aires.

Como joven adolescente, logró convencer a otros de su talento. Un famoso cantante de tangos y su compañía pasaron por la ciudad de Eva en una jira, y el astro mismo aceptó permitirle que viajara con ellos a Buenos Aires. En la capital, la joven de quince años descendió en la estructura de acero y cristal de la estación Retiro sólo para descubrir que las condiciones humanas en la ciudad eran poco mejores que las injusticias de la vida en el campo. Sus pocos contactos demostraron ser de poca utilidad. Evita Duarte comenzó desde muy abajo, con su propia tenacidad e industria que sólo gradualmente fueron superando los tremendos obstáculos que se le interponían, como una pequeña provinciana sola en un mundo desconocido.

Finalmente con éxito y por primera vez próspera, Eva se estableció como una estrella en ascenso de la radio argentina. Para coronar su éxito, una versión de la historia dice que compró un departamento en la vecindad más elegante y aristocrática de Buenos Aires, el Barrio Norte¹.

Por entonces había alcanzado la madurez de su belleza, pero seguía siendo tan frágil que su encanto siempre sería infantil. Y Evita estaba aprendiendo a acentuar las bellas líneas de su rostro y su cuerpo con las ropas clásicamente sencillas y el peinado que luego tornaría eterna a su imagen.

Mientras avanzaba en su carrera, las condiciones en que trabajaba y observaba que trabajaban los otros con ella, sólo pudieron agudizar la innata conciencia social que traía desde su niñez en el interior argentino. En el

curso de sus actividades en el trabajo y en sus ocupaciones de caridad, Eva asistió a un beneficio dado por las víctimas del catastrófico terremoto de la provincia de San Juan. Allí conoció al coronel Juan Domingo Perón.

El amor a primera vista de ambos le reveló a Eva a Perón como la fuente de su futura identidad. De inmediato comenzó a trabajar para él y con él, convirtiéndose en una extensión de las ideas y la personalidad de Perón. Éste halló sitio para la joven actriz en su Secretaría de Trabajo y Previsión, donde ella probó por primera vez lo que resultaría el trabajo de su vida.

Cuando la oposición derrocó al coronel Perón del pináculo de su poder en rápida consolidación, Eva Duarte quedó repentinamente sola en la ciudad que la asociaba con el hombre exiliado. Arriesgando su vida, salió a las calles para intentar lo imposible: dirigir el retorno de Perón a su pueblo y a ella. Sus esfuerzos entre los poderosos pronto resultaron infructuosos. Sin desalentarse, se dirigió a la clase trabajadora, persuadiendo a sus líderes, apelando a los trabajadores mismos, organizando reuniones y promulgando la causa de su hombre y su pueblo. Finalmente, el 17 de octubre, ella observó la marcha desde las fábricas a la Casa de Gobierno y oyó que las multitudes exigían el retorno de Perón.

Pronto Evita Duarte fue la señora María Eva Duarte de Perón, una figura que atraía creciente atención en su situación de esposa de Perón. Sus partidarios inicialmente vieron su popularidad como derivada de la fascinación que Perón mismo ejercía sobre los descamisados; más tarde, continuaron insistiendo en que la magia de ella era de él. Ella, la esposa ideal, fundía su ser con el del esposo. Se sumergió en los intereses de él, se ocupó de sus preocupaciones y apoyó su causa. Sus energías e ideas se sometieron a la dirección de él. Aunque parecía ejercer la ini-

ciativa, como mujer enamorada de un hombre, en realidad no lo hacía: los proyectos o ideas que parecían haberse originado como su responsabilidad en realidad debían su existencia al hombre que amaba, o a las circunstancias².

En esta relación, Eva creó un matrimonio perfecto. No sólo permaneció constante e irreprochablemente fiel a Perón, sino que cuidadosamente acalló el elemento sexual en su matrimonio. Ella afirmó, por medio de los libros atribuidos a su autoría, que con su esposo expresaban su amor mutuo con su preocupación y su amor por los descamisados de la Argentina. Las cartas que Perón prisionero le escribió desde el exilio no le declaraban su amor por ella sino que le pedían, en cambio, que se hiciera cargo de "sus «trabajadores»". Esto, Eva comprendía, era la palabra de amor más profundamente sentida por él, y aprendió a responder en los mismos términos: "Desde aquella época, cuando yo por mi parte deseo expresarle mi amor como mujer... tampoco hallo manera más *pura* ni más grande que ofrecerle un poco de mi vida, quemándola por el amor de sus «descamisados»"³. "Ustedes saben cuánto quiero a Perón", dijo en un discurso, "pero por un largo tiempo no me he considerado la esposa de Perón. Me considero una argentina y una idealista, que... al enfrentar la responsabilidad de la patria, lo olvida todo"⁴. Cuando Perón deseaba recompensarla, escribió ella en *La razón de mi vida*, le daba un beso a su esposa, que le aplicaba, se preocupaba Eva de aclarar, "en la frente"⁵.

Los infatigables esfuerzos de Eva por su pueblo contribuyeron a la forma especial de relación que asumieron con su esposo. La dedicación de ambos los llevó a trabajar muchísimas horas. Pero Eva, una bohemia incorregible, no pudo cambiar su costumbre de trabajar hasta tarde por la noche, ni pudo Perón, igualmente inmutable como hombre militar, cambiar su compulsión de iniciar sus intermina-

bles jornadas tan temprano como fuera posible. Eva solía volver de su oficina cuando Perón se preparaba para ir a la suya. Más tarde, el trabajo de amor de la Dama de la Esperanza la marcó aun más definitivamente, exacerbando su enfermedad y tornando finalmente imposible sus relaciones sexuales por años antes de su muerte.

Eva seguía sus emociones sin cuestionarlas cuando buscaba roles para cumplir como Primera Dama de su país. "En nosotras [las mujeres]", continúa diciéndole a sus lectores la Eva Perón de *La razón de mi vida*, "el intelecto se desarrolla a la sombra del corazón, y por lo tanto el intelecto sólo ve a través de las lentes del amor"⁶. Eva trabajaba sobre la base de la intuición que fluía, no del intelecto sino del corazón. Sin tomar nunca la iniciativa, nunca dogmática, sin usar nunca la fuerza, en el pico de la actividad esta Evita irradiaba amor y paz.

Sosteniendo que no sabía nada de política, hallaba en el trabajo social una esfera para la cual la calificaban perfectamente su intuición femenina y su vida emocional. Dedicaba buena parte de su trabajo a los niños, como podía esperarse de una mujer tan idealmente femenina, y por lo tanto profundamente maternal. Una mujer puede dedicarse a cualquier área de actividad hacia la cual la dirige su esposo, pero su lugar y la función para la que nació están en el hogar. Ni el hecho de que Eva no tuviera hijos ni su muerte afectan de ninguna manera a este tema. Eva Perón no tenía hijos propios; era la madre de los niños de la Argentina. Más que eso, era la madre de la nación en su conjunto, en particular de la gente común y de los pobres y necesitados de la Argentina. Era devoción maternal lo que motivaba su ayuda a los pobres, la tarea de reunir dinero para su causa, las conferencias con gobernadores de las provincias y los encuentros con delegaciones de trabajadores. En agradecida respuesta, el pero-

nismo popular la bautizó su Dama de la Esperanza y Hada Buena.

Ni siquiera la invitación del gobierno español para que visitara a la madre patria de la nación pudo hacer olvidar a Eva de los trabajadores y su causa. Siguió acen- tuando su interés en la obra social y en la distribución de contribuciones en todo el viaje. Pero las obras del Hada Buena de los pobres ahora debían compartir el foco de luz con los logrados contactos sociales de la Primera Dama viajera. Los españoles la recibieron con el protocolo habitualmente reservado para la realeza. Pronto ella se había convertido en la favorita tanto de los aristócratas hispanos como de los cientos de miles de españoles anóni- mos que se alineaban en las calles para poder verla. También en Italia fascinó tanto a las multitudes como a la alta sociedad. Sólo su decisión de cambiar el itinerario impidió que su llegada a Londres fuera, como lo prome- tían los suntuosos preparativos para la ocasión, uno de los acontecimientos más importantes de la alta sociedad del año. Las innumerables habitaciones de una mansión en el corazón de Londres, frecuentada por la aristocracia inglesa, la habían aguardado en vano.

Europa, incluso Francia, la autoridad suprema en cuestiones de gusto femenino, se maravillaron ante la be- lleza de la emisaria de buena voluntad de la Argentina. Ella encontró admiración en todas partes, confirmando su posición como un modelo de elegancia. Sus partidarios memorizaban los detalles de cada cambio de traje —los accesorios, los diseñadores, el lamé dorado, los sombreros, las mantillas, incluso una tiara— y nunca se cansaban del arco iris de imágenes que colmaban los medios de la época y continuaron brillando en las grandes fotografías a todo color de revistas aun dedicadas, veinticinco años más tarde, exclusivamente a ella.

Pero Eva no pasó todo su tiempo haciendo caridad, visitas y organizando su guardarropa. Se hizo un deber visitar los museos y asistir a los acontecimientos cultu- rales, apreciando profundamente esas obras y representa- ciones, en muchos casos apartándose de su camino para verlas. Como siempre adecuadamente vacilante en expre- sar opiniones inexpertas en política, Eva Perón se expla- yaba acerca de sus preferencias en música y literatura.

De su gira triunfal por Europa, la Primera Dama regresó para lanzarse de inmediato a su campaña por el sufragio femenino en la Argentina. Una semana después de su llegada a Buenos Aires, les dirigió una carta abierta a las mujeres argentinas desde la primera plana de los periódicos, anunciando sus planes y la necesidad de su cumplimiento. Eva diferenciaba explícitamente su movi- miento de los movimientos feministas en otros países, en especial los anglosajones, donde los peronistas pensaban que el feminismo se había convertido en una forma de competencia con los hombres. Eva y el peronismo recha- zaban anteriores campañas argentinas en favor de los derechos civiles de la mujer como copias de ideas forá- neas, considerándolas no sólo erradas en su contenido sino el resultado del inculcado esnobismo social y el imperia- lismo cultural.

La virtud de la mujer peronista consistía en no aspi- rar nunca a suplantarse al sexo opuesto. Antes bien, el feminismo peronista representaba un esfuerzo por apro- vechar la identidad especial y los talentos de las mujeres para ocupar mejor su lugar particular en el mundo. Las mujeres peronistas acentuaban cuidadosamente el punto de que no tenían ninguna intención de negar su natura- leza doméstica ahora que habían obtenido la ciudadanía completa.

La posición de Eva Perón en la nación ejemplificaba la posición de la mujer ideal en el hogar. Ella, a su nivel, como el ama de casa en el suyo, asumía un rol como principal agente responsable de la transmisión de valores que sostienen a la sociedad en su conjunto. Ambas desempeñaban funciones más amplias que las espiritual y físicamente nutritivas. La vigilancia de la mujer peronista sobre la economía y la moralidad domésticas se extendía más allá del hogar para convertirse en una de sus funciones políticas especiales: era ella la que, calificada por su naturaleza femenina, podía emprender mejor una singular vigilancia contra la traición dentro del movimiento peronista y contra las amenazas que venían de afuera. Evita, principal protectora del movimiento, vigilaba también a su líder y esposo, Juan Perón mismo. Él, comprendiendo la importancia de ella como escudo contra la traición y el mal, reconocía que "Eva... con su maravilloso juicio ha sido la guardiana de mi vida, confiada a su inteligencia y lealtad" ¹.

Con sus éxitos en Europa y en la campaña por los derechos de la mujer para respaldarla, las actividades de Eva crecieron en número e importancia. Su influencia dependía de su aura más que de acciones específicas que afectaran a particulares situaciones políticas, a pesar del hecho de que la prensa peronista de la época ofrecía informes de sus actividades con personajes, organizaciones, programas, obsequios y honores. Eva definía el tono del peronismo como movimiento aun más que como partido.

Mientras se desgastaba día a día en su oficina, los síntomas de su enfermedad final comenzaron a aparecer, dando testimonio del agotador sacrificio que Evita insistía en ofrecerle a su pueblo. "Pobrecita", dijo un peronista refiriéndose al hecho ampliamente conocido de que a Eva le resultaban imposibles las relaciones sexuales desde dos

años antes de su muerte, "ella renunció incluso a su felicidad como mujer por nosotros" ². En sus intentos por seguir trabajando durante su prolongada enfermedad, la Dama de la Esperanza estaba haciendo un sacrificio consciente y voluntario.

Su renunciamiento a la vicepresidencia formó parte de este proceso. En la demostración masiva del cabildo abierto, el pueblo de Eva y su partido le ofrecieron el honor más alto que podían otorgar. Cuando ella rehusó ese honor, sus decepcionados partidarios le dedicaron el próximo aniversario del 17 de octubre en reconocimiento de su altruista renunciamiento. Las palabras "Santa Evita" aparecieron por primera vez en la prensa en relación con ese festejo ³.

La muerte, que comenzó a aparecerse inmediatamente después del renunciamiento, tornó incontrovertible su martirio. Sus partidarios, con el corazón destrozado, respondieron a Eva muerta de la única manera apropiada a su acto santo: la veneraron como a una santa. Le erigieron altares; ofrecieron plegarias; la llamaron su Jefa Espiritual, Santa Eva y Protectora Espiritual de la Universidad Argentina; creyeron en sus poderes milagrosos y aguardaron su retorno.

LA MUJER DEL MITO NEGRO

Eva la mala

"Esa mujer", nació en el mal encubierto prostíbulo de la madre. Durante una infancia y adolescencia pasadas ayudando a manejar y mantener la pensión de su familia,

Eva comenzó tempranamente a atraer la atención de los clientes ocasionales así como de los hombres del pueblo en general. Ya agresiva y ambiciosa, a los quince años se vinculó con el grupo de un cantor de tangos al que probablemente había seducido, y viajó a Buenos Aires para establecerse como prostituta. Su supuesta ocupación en el escenario no era más que un disfraz para sus actividades reales.

La capital le ofreció a Eva un torbellino de asuntos con actores, productores, industriales y figuras políticas. Ella poseía una atracción oscura y tosca, una belleza típicamente provinciana. Pero más allá de esto, demostraba apetitos y hábitos sexuales que contribuyeron espectacularmente a su notoriedad. Explotando sus conexiones tanto como los talentos especiales con que las atraía, Eva estaba trepando frenéticamente la escala social cuando conoció a Juan Domingo Perón y de inmediato se fue a vivir con él. Al reconocer su estrella en ascenso, se aferró a él, con un éxito que la asombró incluso a sí misma: los antiperonistas dicen que cuando Perón le propuso matrimonio, Evita Duarte quedó tan perpleja que casi cae de la cama.

A veces el relato difiere. Eva pudo magnetizar a Perón porque ella, como él, carecía de sexualidad. O ella era frígida y él impotente o ambos valoraban el poder por sobre todo. Incluso la atracción sexual se tornaba poco importante junto a esa pasión tan absorbente. Sus valores distorsionados los llevaron a centrar sus vidas enteramente en torno de los intereses de su régimen, hasta el punto de que no dormían juntos: Perón, el militar, se levantaba temprano, y Eva, la bohemia, se retiraba cuando él se levantaba.

Pero ella lo atrajo, Eva Duarte se casó con Juan Perón e inmediatamente comenzó a llevar los pantalones en esa relación. A diferencia de mujeres como Eleanore

Roosevelt en los Estados Unidos o madame Auriol de Francia, que saben cómo desempeñar "el papel de segundo violín que asume toda mujer de verdadero tacto"¹⁰, Eva asumió el primer violín o aun la batuta de la orquesta. Contrastaba espectacularmente con la esposa ideal que "no tiene ni juventud, ni abrigo de piel, ni [sabe] cómo arengar por la radio, pero sabe tejer, cocina bien, remienda las medias, hornea pasteles que hace que uno se chupe los dedos"¹¹. Esta esposa perfecta satisface a cualquier hombre sencillamente siendo "una mujer tranquila, intuitiva y que no pronuncia discursos"¹².

La actitud dominante de esa advenediza pronto se extendió más allá de su matrimonio. Se introdujo en todos los aspectos del gobierno. Perón humildemente autorizaba su creciente interferencia afirmando que toda vez que aparecía Eva, ella representaba su propia presencia y corporizaba su autoridad. El sol de una Eva radiante comenzó a eclipsar la luna menguante de Juan. Eva estaba convirtiendo a la nación en un matriarcado.

Inexorablemente, ella extendió sus redes de control sobre los otros hombres del régimen de su esposo. A algunos los dominó por la fascinación de su propio erotismo o mediante prácticas sexuales secretas. Eva Perón castró a otros, a veces figuradamente y otras veces literalmente: se ocupaba de sus subordinados convirtiéndolos en eunucos políticos, y torturaba a sus opositores con shocks eléctricos que los dejaban impotentes. Eva fue la responsable directa de la castración de líderes rebeldes y otros, haciendo una gran exhibición de su satisfacción con sus hechos. Tenía un receptáculo de cristal donde guardaba los testículos de sus víctimas en la oficina donde se apoyaba, joven y exquisitamente vestida con trajes parisieneses, en un escritorio para atender las necesidades que le

comunicaban los ministros, delegaciones sindicales y también los pobres.

Entre tanto, la nueva Primera Dama intentó en vano abrirse paso en los círculos sociales que estaban cerrados para ella. Cuando fracasaron sus esfuerzos, decidió eclipsar a las mujeres aristocráticas que no la aceptaban. Su envidia de esos círculos sociales inaccesibles había decidido su matrimonio con Perón, una figura joven militar en ascenso. Ahora que era Primera Dama, su amargo resentimiento se intensificó. Hizo que viajara a Europa; la impulsó a establecer la vasta Fundación Eva Perón; la incitó a adquirir casas, joyas y ropas; y, finalmente, suscitó su frustrado llamado a las masas para el reconocimiento que le había negado la alta sociedad.

A comienzos del régimen de su esposo, ella había asistido a un exclusivo desfile de modas en Harrod's, sólo para ser ignorada o, según algunos relatos, para quedar sola con su pequeño grupo de amigas, mientras las damas distinguidas se marchaban. Las mismas mujeres le negaron el tradicional honor conferido a la esposa del presidente, el cargo de presidenta de su organización de caridad, la Sociedad de Beneficencia. Esas acciones sólo exacerbaban el antiguo resentimiento de Eva hacia aquellas cuya posición social nunca podía lograr. Ese rencor se tornó insoportable y la impulsó a expresarlo en cada aspecto de su vida, explicando la mayoría de sus proyectos; incluyó hasta las obras benéficas de su caridad en sus elaborados planes de venganza.

Su mezquino deseo de venganza superaba con mucho toda convicción o motivación política que haya podido tener. Un antiperonista de apellido común no corría ningún riesgo por actividades por las que Eva podía mandar a la cárcel a cualquiera con uno de los apellidos aristocráticos de Buenos Aires. Fue Eva Perón quien hizo encar-

celar a mujeres y adolescentes de las clases superiores, acusados de demostraciones contra el régimen. Sabiendo que ello significaría una mayor crueldad para los protegidos miembros de las clases superiores que entre los antiperonistas de clase media, Eva hacía encarcelar a las mujeres con prostitutas y drogadictos. En algunos casos, la Primera Dama amenazó intervenir en los funerales de ancianas de la aristocracia, impidiendo a sus parientes que las sepultaran con sus ilustres antepasados. Sin embargo, si las damas en cuestión la invitaban a tomar el té en su hogar, ella prometía que los funerales previstos no tendrían problemas.

El impulso de Eva por obtener las señales de la posición social de sus enemigos halló su expresión más completa y extravagante en su viaje por Europa. Sin embargo, como se hubiese podido esperar, la lamentable carencia cultural inherente a sus orígenes despreciables frustró sus prodigiosos esfuerzos.

En su guardarropa solamente, en sus intentos por superar a sus enemigos, derrochó millones de dólares. Antes del viaje de Eva a Europa, un antiperonista se tomó la molestia de contar sus diferentes trajes e informó a la prensa que durante los 270 días entre el 4 de junio de 1946 y el 30 de abril de 1947, la Primera Dama se había puesto 306 trajes¹³.

De París comenzaron a llegar modelos originales por avión oficial. Algunos de éstos, tenues trajes de gala, ocupaban un avión entero, que el gobierno argentino enviaba a Francia y hacía regresar a expensas públicas, conteniendo el traje colocado sobre un solitario maniquí erguido.

Todo esto no podía cambiar a la Eva que había atisbado desde uno de sus primeros carteles publicitarios, sonriendo bajo "un divertido sombrero de las pelícu-

las" ¹⁴. Esta Evita, desvergonzada y ostentosamente voluptuosa, acechó por siempre detrás de la posterior imagen más estilizada que habían creado la dieta y las ropas caras. En la época de su viaje a Europa aun revelaba su verdadera debilidad por un guardarropa que era claramente hollywoodense, con su gusto que se manifestaba en elaboradas caídas y bucles de pelo rubio y en una adicción a las capas de piel incluso en el más caluroso clima español e italiano. Aun cuando sus ropas perdieron las huellas de su temprana carrera, ella no podía ocultar los reveladores signos de sus orígenes vulgares: las caderas anchas y los tobillos gruesos.

Sus esfuerzos por convencer al mundo de su gusto por la literatura y las artes lograron poco éxito. Le costaba disimular su interés en el arte como otra cosa de cuanto en realidad era: una emoción inspirada por el valor de una pieza en términos de dinero o prestigio. Su fascinación con el Prado en Madrid terminó después de sus preguntas acerca del valor de diversos cuadros. Cuando Eva declaraba que su compositor favorito era Chopin y su autor predilecto era Plutarco, los antiperonistas respondían con incredulidad, seguros de que esos no eran más que ornamentos en su fachada. "¿Chopin?", preguntaban, "¿Chopin?... ¿Será el seudónimo de algún compositor de tangos?" ¹⁵ En cuanto a Plutarco, estaban seguros de que alguien incapaz de hablar un castellano correcto difícilmente elegiría volúmenes de pesada prosa clásica como lectura predilecta.

El lenguaje pobre de Eva la caracterizaba indeleblemente como lo que era, a pesar de todos los intentos por borrar su pasado. No sólo utilizaba modismos argentinos considerados impropios de la Primera Dama de la Nación, sino que no sabía gramática. Más allá de esto, asombraba a muchos con su uso de expresiones rudas u obscenas.

Cuando empleaba palabras y oraciones largas y elaboradas, era obvio para sus enemigos que estaba ocultando su falta de educación detrás de un idioma complejo que ella misma no podía entender.

Estos fracasos sólo frustraron sus esfuerzos por ascender a las reverenciadas alturas de la escala social argentina aceptada. Eva se dispuso a demostrar que la sociedad europea le daría la bienvenida. Su deseo de obtener honores para sí la llevó a una audiencia con el Papa, de la que había esperado surgir como marquesa pontificia. Como eso no sucedió, prosiguió para establecer contacto con la realeza a cualquier costo. Su visita al ex rey Umberto de Italia sólo satisfizo a Eva: sus enemigos se burlaron de su elección de un mero ex rey, lo que demostraba que su búsqueda de un rey, cualquier rey, con quien pudiera ser vista, había abortado. La marcada falta de cordialidad de parte del Palacio de Buckingham confirmó el hecho de que la verdadera realeza no pensaba recibirla.

El deseo de Eva de vengar esas amargas decepciones la condujo a paroxismos de furia de violencia creciente. Caía en estados de patológica perturbación emocional cuando se enojaba, o cuando alcanzaba las iras típicas de sus discursos públicos. Ella misma asumía la responsabilidad personal de la policía secreta del régimen y le daba placer hacerse cargo de la tortura aplicada a los oponentes de Perón.

En la cresta de esa sanguinaria carrera, Eva Perón enfermó. Su enfermedad progresó con los meses hasta que finalmente cayó moribunda, con su cuerpo que despedía misteriosos olores de putrefacción. Se estaba pudriendo mientras estaba aún con vida.

Sus partidarios estaban ya en paroxismos de pesar cuando su Evita murió repentinamente. La entera nación

de peronistas se lanzó en un delirio de duelo masivo, realizado con sacrificios a la difunta Jefa Espiritual de la Nación. Surgieron altares por todas partes, que presentaban pinturas y fotografías de la mártir sonriente. El populacho acongojado ofrecía plegarias y ritos paganos a su heroína, no sólo en sus hogares, donde las flores y las velas colmaban los altares, sino en público: en las plazas y centros partidarios, y en la fila que se extendía manzana tras manzana a través de la ciudad y en la que los entristecidos partidarios esperaban la oportunidad de darle a Evita el último adiós junto a su ataúd. Ellos transformaron su espera en "la cola" en una orgía de distorsionadas formas de veneración de la líder muerta, manifestaciones incontroladas e incontrolables de sus impulsos fisiológicos.

El mito de Eva comenzó a crecer, dominando a las masas ignorantes con un inflexible poder. Su pueblo le otorgó exagerados elogios, comparándola en el Congreso con Juana de Arco, Catalina de Medici, Isabel I de Inglaterra, Isabel la Católica de España y la Virgen María misma. Eva Perón se convirtió en la Jefa Espiritual de la Nación, la Madre de los Pobres y Santa Evita. Los peronistas la veneraron como la Virgen de los Desamparados y Madre María, nombre de una popular curandera argentina. Motivado por el amor místico, el peronismo decidió construir el monumento más grande del mundo para colocar en él el cuerpo embalsamado.

Las plegarias y ritos de los partidarios afligidos no desaparecieron con el paso del tiempo sino que comenzaron a cristalizarse en torno del mito como un culto. Las clases trabajadoras siguieron entonando "Santa Evita que estás en el cielo", mientras algunos creían ver a Eva en el cielo, con su perfil claramente impreso en la luna. Durante los problemas de Perón con la Iglesia, las mujeres pero-

nistas formaron una Congregación de Nuestra Señora Eva Duarte de Perón y se ponían túnicas de monja en honor de su patrona para servir al partido. Un busto de Eva en alguna parte del interior de la Argentina comenzó a causar curas milagrosas.

Entre tanto el cuerpo de la Eva embalsamada, la reliquia central, regía sobre el culto y sus miembros. Los peronistas, creyendo en una profecía de que aquellos que poseyeran los restos también tendrían el poder en el gobierno, se prepararon para luchar para proteger el bello cadáver. Cuando éste desapareció tras la caída de Perón, su poder no disminuyó. Creció el peligro de que su reaparición llevara a las masas a un frenesí que causara un momento crucial de la historia argentina. Y los partidarios de Eva, a través de los años, exigieron y aguardaron esta reaparición: peronistas y antiperonistas por igual sabían por igual que la mujer embalsamada sólo podía ser destruida mediante el fuego.

Eva la Diosa

El bajo pasado de Eva, si bien la estigmatizaba para siempre, también la moderaba. Ella surgió del albañal, armada de fuerza, carácter y convicción. Una Eva tal pudo haber sido perversa, trabada en conflicto con otro agente del mal, su esposo. Pero ella también pudo haber permitido ingenuamente a un perverso Perón que explotara su bondad y fuerza; o esta fuerza pudo haber sido tal que dominaba a Perón mismo.

Una buena Eva pudo haberse sometido a la inescrupulosa manipulación del esposo, auténticamente incons-

ciente de que existían diferencias entre ellos y de que él la estaba utilizando para sus propios fines. Las confabulaciones de los hombres que la rodeaban la reducían a la condición de inocente herramienta del mal. Perón apoyaba sus esfuerzos por proteger a los pobres por mero oportunismo e hipocresía. Al ver que la joven Evita hipnotizaba a las masas populares, él explotó su encanto y su entusiasmo para explotar más a las multitudes bajo el hechizo de ella.

Pero Eva, en una lucha con Perón nunca visible al público, pudo haber demostrado que era una fuerza a la que se debía tener en cuenta, y a la que él debió someterse hasta que la muerte de ella lo liberó de esa amenaza. En sus primeros tiempos juntos, mientras Perón sólo deseaba paz, Eva insistió en su deseo de poder. Cuando los amigos traicionaron a Perón y sus enemigos lo amenazaron con el exilio, éste de inmediato abandonó toda esperanza y se desplomó en un terror que lo hizo gimotear. Eva insultó a su tembloroso amante, y finalmente debió empujarlo hacia la noche con su escolta policial. En el exilio, el temor paralizó tanto a Perón que no podía soportar tener que dormir solo en la oscuridad. Eva, en contraste, ni se debilitó ni vaciló cuando comenzó su cruzada por las calles de Buenos Aires para salvar a su hombre.

Cuando llegó el gran día del 17 de octubre, una intrépida Eva nuevamente debió obligar a Juan Domingo a la acción, arrastrándolo al balcón de la Casa de Gobierno para que los trabajadores pudieran aclamarlo como a su salvador.

La falta de confianza de Eva en Perón creció después del matrimonio de ambos. Ella maquinó el nombramiento de su hermano como secretario privado de su esposo: por medio de Juancito ella controlaba las audiencias y las actividades del presidente. Más tarde, cuando el conflicto

de Perón con la Iglesia se agudizó, Eva, como buena y sincera católica romana, lealmente socavó las maquinaciones del régimen contra la Iglesia.

El conflicto político y personal entre la pareja gobernante asomó durante la breve candidatura de Eva para la vicepresidencia y su posterior renunciamento. En este punto, Perón frustró las esperanzas de ella de suplantarlo. Siguió la declinación de su salud, tornándose tan marcada que puso fin a sus ambiciones así como la oposición de la Primera Dama a su esposo. Sin embargo, ella asumió el control por última vez durante la abortada revolución de setiembre de 1951. Al primer signo de peligro, Perón se refugió en la embajada brasileña, pero Eva lo buscó y lo arrastró nuevamente a la defensa de su pueblo.

Finalmente, ella no pudo moverse de la cama. Perón se regocijó, no sólo porque observaba que había desaparecido una importante amenaza para su poder sino también porque comprendía que la Dama de la Esperanza le servía más enferma que sana. La obligó a acompañarlo de acuerdo con las necesidades de la campaña electoral sin ninguna consideración por el sufrimiento que eso podía causarle. Los pedidos de sus médicos en el sentido de que se la dejara descansar, sólo enfurecían a Perón. Para el desfile inaugural de su segundo término, el presidente sujetó a su esposa moribunda a un aparato especial en su coche abierto.

Luego, cuando su estado empeoró, Perón siguió usando el sufrimiento de Evita como el foco para las demostraciones de solidaridad de las masas con el régimen. Pero asqueado por los olores y los gemidos que salían de su habitación, él ya no pudo soportar consolarla. Al fin, en su irritación, dispuso una operación en el cerebro de Eva, para silenciar los gritos de dolor que tanto lo fastidiaban. Habiéndola reducido a la insensibilidad, comenzó

a remover clandestinamente sus perfumes y joyas, destinados luego a las manos de sus amantes adolescentes, llevándolos a otra residencia.

Con Eva muerta y el cadáver embalsamado en sus manos, Perón procedió a manipular su imagen únicamente para su propio engrandecimiento. Había anunciado que reemplazaría a Eva en su trabajo en el Ministerio de Trabajo y Previsión, pero sin demostrar convicción ni energía, sólo fue al escritorio de ella tres veces, quejándose de que la tarea lo cansaba. En connivencia con los sindicatos, el viudo comenzó a tramar el futuro del cuerpo de Eva, que él había conservado con fines de propaganda. Tras su exhibición en la capital, Perón pensaba hacer circular el ataúd con su precioso contenido por las provincias, para obtener apoyo para su régimen.

La Revolución Libertadora de los antiperonistas destruyó esos macabros proyectos, arrebatando de manos indignas los restos de la valiente mujer con la que todo lo bueno había desaparecido del peronismo. Salvándola de la degradación de un eterno espectáculo circense, los militares le dieron a Eva Perón el honor que le correspondía. Los que robaron el cuerpo en 1955, lo hicieron para sepultarla en posición erguida, tributo tradicional rendido a los guerreros en su muerte, honrándola como eternamente invicta. "¡Ella está de pie!", exclamó el coronel¹⁶. "¡La sepulté erguida, como Facundo, porque ella era un macho!"

5

ANÁLISIS PRELIMINAR

Una pauta asoma en las imágenes de la Dama de la Esperanza y de la mujer del Mito Negro. Los elogios de una y las acusaciones de la otra conciernen a la sexualidad, la femineidad, el gusto y la educación, y la asociación o la relación mística con las masas: elementos de la población que se consideran menos asimilados y controlados por el orden establecido de cultura y civilización tal como lo conocen los argentinos de clase media. El peronismo ortodoxo alababa a Eva Perón como la encarnación de un ideal femenino; el antiperonismo la acusaba como la negación de ese mismo ideal. Para el peronismo ortodoxo, la apariencia y la gracia, los contactos, la cultura y las posesiones necesarias para cierto status social agregan los detalles finales a su imagen de incuestionable femineidad. Para los ojos antiperonistas, ella había consumido toda su vida motivada por una fútil lucha para obtener precisamente los mismos símbolos de status. La Dama de la Esperanza recibió lo que le correspondía en tributo a su liderazgo espiritual, pagado por el populacho de la Argentina que, infantil y no corrompido

por el saber y las ideologías formales, intuitivamente se había volcado a su Evita. La mujer del Mito Negro explotaba esa respuesta ciega a su demagogia entre las crédulas y primitivas masas peronistas. Del panegírico de un mito y la injuria del otro surgen los mismos valores subyacentes.

LA MUJER

La naturaleza femenina que surge de las imágenes de la Dama de la Esperanza y de la mujer del Mito Negro¹ está definida en términos de impulsos e instintos físicos, emociones y roles apropiados. Como tal, la femineidad ideal es irracional, ya que su esencia física y emocional la torna una fuente de poder que trasciende los límites del protocolo, las reglas o la razón misma. Cuando las bases físicas y emocionales de este poder están controladas, los mitos le acuerdan a éste un valor positivo; lo evalúan negativamente cuando la emoción, la intuición y los impulsos físicos ejercen su influencia libremente.

El mito peronista establecía vínculos entre la Dama de la Esperanza y su naturaleza emocional y física específicamente femeninas. Ella es por encima de todo esposa y madre. Pero su amor conyugal es casto, y su amor maternal, sin hijos. Los roles de esta mujer se definen en términos de su naturaleza física, pero ella nunca se rinde desenfrenadamente a sus impulsos físicos. El tema de su pureza lo reitera: la sexualidad femenina de la Dama de la Esperanza está presente, pero controlada. La cualidad de la castidad es importante para una Eva que atrae a los partidarios mediante un magnetismo santo. Análogamente, ejerce un rol maternal como guardiana

moral y espiritual. Su emocionalidad femenina, bajo la égida y el control de Juan Domingo Perón inspira lealtades intuitivas y místicas que definen su tipo especial de liderazgo como complementario del liderazgo institucionalizado y "científico" de su esposo. En estos sentidos, su sexualidad femenina, en su forma controlada, la adecua al poder espiritual.

La mujer del Mito Negro se da por completo a sus impulsos emocionales e intuitivos por sobre todo cumpliendo y en connivencia con los dictados de su impulso sexual. El sexo domina a esta Eva, y ella domina a otros por medio del sexo. Esto explica no sólo su poder sobre Perón mismo y sobre sus adherentes en los círculos del gobierno; sus enemigos a veces insinuaban que había un elemento erótico íntimamente relacionado con el peso de Eva entre la masa de sus partidarios. Las masas o asociaban su entusiasmo por ella con sus propios impulsos físicos, o la atracción que ella ejercía sobre ellos era en parte sexual. Entre tanto, sus emociones e intuiciones, lejos de ser controladas, recibían libertad absoluta de parte de Perón, alcanzando paroxismos de pasión sentimental y violencia. En todo esto, mientras rechazaba los roles de esposa dependiente y madre devota, Evita invertía el orden ideal en que la naturaleza emocional y física de una mujer permanece bajo control.

Belleza, pureza y femineidad

La mujer, tal como existe en el mundo descrito por los medios peronistas, es bella por definición. "Las mujeres peronistas", confiaba una líder de la Rama Femenina

del peronismo, "siempre conservan su femineidad. Cuidan mucho su aspecto"². La femineidad es belleza, pero belleza de cierta clase. Eva cautivó al peronismo ortodoxo con un encanto rubio que era delicado y frágil, ligero y juvenil. Las líneas bellamente trazadas de su rostro y su cuerpo indicaban debilidad, encubriendo su fortaleza, tanto física como espiritual. "Ésa era la importancia del aspecto de Eva", explicó la misma mujer. "Todos estaban azorados al ver a una mujer de tal belleza con un espíritu tan fuerte". Pero Eva no poseía esa fragilidad única entre las mujeres; ésta caracteriza al sexo femenino, tipificando a toda la belleza femenina³. Eva misma, en *La razón de mi vida*, afirmaba: "Sé que, como toda mujer del pueblo, tengo más fuerza de cuanto parezco tener"⁴.

La propaganda peronista fácilmente asoció ese tipo particular de aspecto físico y sus connotaciones de la delgada doncella que Eva Perón empezó a cultivar inmediatamente después de convertirse en Primera Dama de la Argentina, con la idea de la pureza física y espiritual. Eva mantenía su pequeña figura con dificultad⁵ y posiblemente, aun probablemente, lo hacía como lo hacen muchas mujeres por razones de moda. Pero los medios controlados por el partido le restaban importancia a la significación de los motivos personales de Eva y no permitían que esos motivos entraran en su imagen pública.

El peronismo oficial insistía en la asociación de Eva Perón con la idea o los signos de santidad o, a menudo más específicamente, de la Virgen María. "¡Ella es como la Virgen!", exclamaba una niñita provinciana descrita en la literatura pro peronista mucho antes de la muerte de Eva⁶. Después de su muerte, los peronistas hacían esa afirmación con creciente frecuencia. Una placa en memoria de la difunta Primera Dama mostraba un halo que rodeaba su cabeza, y la descripción de la prensa del acto

en que se descubrió la placa, proclamaba a Evita "Madona de América"⁷. Las ilustraciones en los libros de las escuelas estatales también circundaban los conocidos rasgos en su austero marco de cabello rubio con una aureola, el nimbo que a veces tomaba la forma de una cruz⁸. Un sindicato acentuó temas análogos en una página impresa en la forma de folleto devocional: el halo, la pose tradicional, los mantos azul y blanco son los de María. Pero el clásico velo enmarca el rostro inconfundible de Eva Perón⁹.

Sin embargo, en la imagen de Eva del peronismo ortodoxo, esta femineidad, con su acento en la pureza, asume su más profunda importancia y su más alta dignidad en sus aspectos de esposa y madre. Los peronistas a veces unen los temas de la pureza sexual y la relación conyugal acentuando la irreprochable fidelidad de Eva Perón hacia su esposo. Ellos le restan toda importancia a su vida antes del matrimonio. La Eva Perón de *La razón de mi vida* y la *Historia del peronismo* llega a sugerir, si no un matrimonio asexual, un cuidadoso enmudecimiento del sexo, un sacrificio que les permitió a Eva y Juan dedicarse mejor a su pueblo. Los partidarios de Eva a veces reiteran este tema afirmando que Juan y Eva Perón no dormían juntos. Basan esta idea o en los horarios distintos de esposo y esposa o en el difundido conocimiento de que durante los últimos años de su vida, la enfermedad de Eva le impidió a ésta tener relaciones sexuales con su esposo. Lejos del desprecio expresado por los antiperonistas cuando relatan las mismas circunstancias, la admiración domina en la versión peronista, en la que Eva sacrificó su vida sexual junto con su salud en el curso de su creciente dedicación a su pueblo.

Pero para la mente antiperonista, el aspecto de Eva Perón, lejos de la pureza física o espiritual, sugiere su sexualidad. Sus enemigos recuerdan a la Eva de los

años anteriores a la asunción del poder por parte de su esposo y sus tres primeros años como Primera Dama. No sólo exhibía los arreglos más llamativos durante ese período, sino que al mismo tiempo Eva bordeaba en la gordura que los antiperonistas consideran como evidencia de su voluptuosidad.

Narran en detalle la naturaleza de los hábitos y apetitos sexuales de "la Duarte"¹⁰, rara vez dudando que Eva se dedicara a la prostitución como profesión y que sus esfuerzos como actriz apenas disimulaban ese hecho. Algunos la describen como la propietaria de un prostíbulo. Incluso una figura tan internacionalmente respetada como Jorge Luis Borges cita a éste como un factor principal en la motivación de ambos Perón:¹¹

"Y su esposa era una prostituta común. Ella tenía un prostíbulo cerca de Junín. Y eso debió amargarle a él, ¿no? Quiero decir, si una muchacha es prostituta en una gran ciudad, eso no significa demasiado, pero en un pequeño pueblo de las pampas, todos conocen a todos. Y ser una de las prostitutas es como ser el peluquero o el cirujano. Y eso debió amargarla mucho. Ser conocida y despreciada por todos y ser usada."

Condenando la ocasión en que Evita conoció a su futuro esposo, una versión antiperonista exhibe desprecio: "Fue un baile, una fiesta, una bacanal"¹².

Tan evidente es la posición destacada que se le da a la inmoralidad sexual de Eva Perón en el Mito Negro de los antiperonistas, que aun ellos mismos no podían dejar de advertirlo. Mientras Perón estaba aun en el poder, un opositor de su régimen observó que sus compañeros miembros de la oposición afirmaban objetar a Eva

por su rol político, pero que las críticas específicas siempre parecían adoptar la forma de chismografía acerca de su pasado escandaloso. "Sus murmuraciones le atribuían un libertinaje difícil de imaginar e imposible de resistir por parte de cualquier constitución femenina"¹³. La preocupación antiperonista por condenar la vida sexual disoluta de Eva Perón manifiesta una preocupación con la pureza sexual igual a la apreciada en el énfasis puesto por el peronismo en su castidad. Los valores positivos generalmente implicados en la crítica antiperonista exagerada de los vicios físicos de Eva se ponen de manifiesto en la típica afirmación de que

"la tiranía, la persecución, la confiscación de bienes e incluso los peores males que provocan las dictaduras pueden soportarse; pero es imposible tolerar la podredumbre moral... Perón no podía quitar... el antiguo derecho que tiene un país a la modestia, la virginidad y la pureza de sus mujeres"¹⁴.

Aunque para muchos antiperonistas la temprana promiscuidad o prostitución de Evita Duarte bastaba para deshonrarla para siempre, algunos de los comentarios que hacían circular sus enemigos la acusan de continuar sus prácticas cuestionables después del matrimonio, aunque "a un nivel muy alto, correspondiente a su posición"¹⁵. Otras versiones antiperonistas de la historia de Eva, paradójicamente, niegan no sólo su moralidad sino su sexualidad en las formas necesarias al rol de una esposa respetable. Estas versiones la describían como frígida, o tendiente a la frigidez. Eva y Juan, en esos relatos, se encontraban mutuamente atractivos precisamente porque eran iguales en su carencia de sexualidad. Una base tan

146 EVITA PERÓN: LOS MITOS DE UNA MUJER

censurable para una relación sólo podía tener consecuencias igualmente lamentables: marido y mujer no dormían juntos.

La esposa

Los respetados roles de esposa y madre exigen que la identidad de la mujer se funda con la del esposo.

La total dependencia que de los hombres tienen las mujeres resulta en parte de la esencial fragilidad de ellas, y en parte de la obediencia de la femineidad virtuosa en todas las cosas a los dictados, no de la razón ni de la mente, sino de la emoción y del corazón. Eva y Juan se prepararon para el matrimonio y el poder,

“él, sabiendo bien qué quería hacer; yo, sólo sintiéndolo; él, con la inteligencia; yo, con el corazón; él, preparado para la lucha; yo, dispuesta a todo sin saber nada; él culto y yo simple; él, enorme, y yo, pequeña; él, el maestro, y yo, la alumna. Él, la figura y yo la sombra... Él, seguro de sí mismo, yo sólo segura de él.”¹⁶

Toda aparente iniciativa o ejercicio de facultades racionales de parte de una mujer verdaderamente femenina en realidad se debe a la emoción: esto expresa su amor por un hombre.

Cuando Eva, como nueva esposa y Primera Dama comenzó a visitar las fábricas, los obreros la recibieron con entusiasmo. Los medios definieron cuidadosamente su respuesta: “La presencia de la señora de Perón siempre

causa alegría entre los descamisados de la nación, precisamente porque esta presencia se considera la de su esposo”. “En su corazón, los trabajadores ahora unen la figura de María Eva Duarte de Perón con la del líder revolucionario”¹⁷.

Si bien posteriormente la prensa peronista dio indicaciones de un rol para Eva independiente de Juan Perón, en toda su vida Eva misma, en sus discursos y en *La razón de mi vida*, continuó afirmando que su liderazgo y su personalidad estaban esencial y completamente identificados con el de su esposo. La prensa también volvió a este tema después de la muerte de la Primera Dama, publicitando los intentos de reemplazar con Juan Perón a Eva Perón en todas las áreas donde su pérdida pudiera considerarse irreparable. “¿Qué milagro es éste... que Eva Perón es también Juan Perón, y Juan Perón es también Eva Perón?” “Él nos está dando la definición más completa de Evita, la única definición posible: Evita era la manifestación perfecta de Perón”¹⁸.

En el proceso de reidentificarse con su difunta esposa, Perón volvió a “la gloriosa Secretaria” de Trabajo y Previsión, y a su condición anterior: coronel Perón. Evita había invocado la obra del “viejo coronel Perón” en la secretaria como el precedente de su rol en el nuevo ministerio; ahora, siete años más tarde, Perón a su vez invocaba el esfuerzo de su esposa como la base para su reasunción de sus propias tareas anteriores, así como de los roles propios de Eva.¹⁹

Eva se rehusó, en la opinión antiperonista, a asumir el rol secundario que toda mujer debía aceptar, en particular en su paso a la situación de esposa. Salvo en las versiones basadas en transformaciones que ocurrieron después de su muerte, el Mito Negro lanza invectivas contra Eva como el miembro dominante del matrimonio

presidencial. Los antiperonistas deploran su presentación de sí misma como una importante fuente de iniciativa dentro del gobierno mismo, pero consideran aun peor el hecho de que esa iniciativa surgiera de ambiciones personales. El esposo figuraba, en todo caso, como no más que otro medio para sus fines. Pero, notablemente, sus enemigos no critican de manera específica estos fines ni el contenido de las iniciativas políticas o personales de Eva, aunque a veces los condenan de modo vago como expresiones de una excesiva ansia de poder.

Los antiperonistas dirigían su desprecio, entonces, menos a los objetivos de la acción de Eva que a la acción misma. Su actitud emprendedora negaba la pasividad y la dependencia consideradas virtuosas en la femineidad. En su negativa a desempeñar un tradicional rol femenino, Eva Perón rechazaba la identidad modesta, doméstica, sumisa y dependiente que es necesaria en una mujer dedicada a proporcionar el marco adecuado para el hombre que domina a ella y a su vida. Las versiones del Mito Negro a menudo y explícitamente contrastan la vida de Eva con las expectativas de este rol tradicional, condenándola en términos del mismo ideal que la mitología peronista utilizaba para ensalzarla.

La madre

Siguiente en importancia a su amor por su marido, según el peronismo ortodoxo, el amor de Eva por la gente común de su país la impulsó a ingresar en la escena política. Ella sentía y expresaba esta devoción como intercambiable, si no idéntica, con una devoción maternal. La

interpretación del peronismo ortodoxo del entusiasmo popular de las masas por Evita sostenía que éstos sentían por su "Portaestandarte" un amor efusivo e irracional que habría podido atribuirse a los niños: "El amor que siente el pueblo es un sentimiento fuerte... corre ciegamente hacia su objeto y luego se calma, como el mar, que se calma después de su tremenda batalla con los elementos"²⁰.

Las descripciones peronistas de Eva como la perfecta madre le dan gran importancia dentro del rol de la maternidad a los deberes de una mujer como maestra y protectora de sus hijos. Es el rol de la mujer como principal agente responsable de la transmisión de los valores que sostienen a la sociedad en su conjunto, lo que le da a su posición en el hogar su valor principal.

"Su misión debe ser realizada por igual en todas las áreas: en el negocio, en la oficina, en el laboratorio, en la unidad básica de su vecindad, y por sobre todo, en el lugar donde su presencia es el vínculo de amor y el custodio de la fe: en la mesa familiar, la caja de resonancia de la nación."²¹

Eva Perón, "madre tutelar" o "alma tutelar", proporcionaba la fuente de valor moral y contenido espiritual dentro del movimiento peronista. Como tal, brindaba un modelo para las otras madres en su posición esencial como transmisoras de valores sociales y morales de una generación a otra²². Definido predominantemente en estos términos, su rol de maternidad continuaba, sin necesitar ni modificación ni reformulación, cuando la muerte quitó su presencia física.

Una formulación de la naturaleza femenina como fuente no sólo de nutrimento físico sino también de guía moral, le da mayor significado a la obra social de Eva

Perón y a la interpretación de buena parte de su acción en otros campos tales como trabajo. Los primeros trabajadores a los que Evita recibió en la Secretaría de Trabajo y Previsión, según la propaganda del régimen, llegaron a su escritorio para donar fondos y ropas para los pobres. Los esfuerzos de Eva en bienestar social demostraron sus vínculos especiales con las clases trabajadoras: su "programa la distinguía como una sincera amiga del pueblo, y en especial de los trabajadores, por los que siente verdadero afecto"²³. En esta área Eva pudo realizar actividades que eran tabú en el campo de la política. Más de un año antes de que los informes oficiales definieran su participación en la Primera Conferencia de Gobernadores como limitada al rol de auditora, la Primera Dama misma convocó y presidió una reunión de los gobernadores e interventores federales de todas las provincias, los ministros de Obras Públicas y de Finanzas, el intendente de Buenos Aires y el presidente del Banco Central de la República Argentina como parte de una conferencia sobre los proyectos habitacionales para su Fundación²⁴.

Los motivos políticos pudieron explicar en parte la omisión de la publicidad de la acción más directamente política de Eva. Pero descuidando esta faceta de su actividad, la propaganda peronista puede haber hecho coincidir mejor su imagen con un ideal de femineidad en que el rol maternal es principal. Eva misma anunció: "Más que acción política, el movimiento de las mujeres debe realizar acción social. Precisamente porque la acción social es algo que las mujeres llevamos en la sangre"²⁵.

Los aspectos físicos y espirituales de la maternidad y de la obra social implican otro rol típicamente femenino: la mujer como centinela, que hace guardia no sólo ante los recursos materiales necesarios para el cuidado de su familia sino también ante la moralidad doméstica.

Cuando comenzaron las dificultades económicas para el régimen, al ama de casa se le asignó un rol especial en la defensa del presupuesto nacional. Eva Perón proclamó que "cada mujer peronista será, en el seno de su hogar, el centinela de la austeridad, evitando el derroche, disminuyendo el consumo e incrementando la producción". El ama de casa se había convertido en el "ama del destino nacional"²⁶.

Fuera del ámbito doméstico, la característica vigilancia de la mujer peronista asumía un rol político. En esta función, su naturaleza femenina la capacitaba para un puesto singular en "la lucha contra la traición". Su vigilancia de la economía y la moralidad domésticas militaban en una esfera mayor "contra todo lo que pudiera ser la semilla de la destrucción; contra los halagos y las tentaciones que la oligarquía capitalista y los imperialismos foráneos tratan de emplear para alcanzar sus objetivos". Y Eva Perón, el modelo de la naturaleza protectora de la femineidad peronista, asumió el rol de defensora especial de su esposo y sus obras²⁷.

El Mito Negro niega las proclividades maternas de Eva, pero con menos fuerza de cuanto las acentúa la imagen de la Dama de la Esperanza. El énfasis otorgado por los antiperonistas a la inmoralidad sexual de Eva Perón, su falta de domesticidad, y su naturaleza dominante y agresiva, torna innecesario otros ataques al retrato maternal pintado por los peronistas. Los fracasos de "esa mujer" en áreas de femineidad esencial eliminan la cuestión de su éxito o fracaso como madre: el antiperonista que acaba de concluir la habitual lista de sabrosas anécdotas acerca de la carrera de Eva como prostituta, no cree necesario pasar a explicar por qué se la consideraba una figura nada maternal. El oyente mismo no aguardaría una aclaración de las razones para las dudas acerca del

instinto maternal de una persona que luce abrigos de piel y pronuncia discursos por la radio en lugar de quedarse en su hogar a tejer, cocinar y hornear tortas.

Sin embargo, el Mito Negro niega de ciertas maneras las afirmaciones peronistas de la naturaleza maternal de Evita. Entre éstas están las sugerencias de su frigidez y aun de su esterilidad. Durante los prolongados períodos de enfermedad de Eva, surgió un relato extremo ahora extinguido, que negaba de manera dramática y diferente su posesión de todo sincero amor maternal. Las mujeres del aristocrático y por lo mismo antiperonista Barrio Norte susurraban que Eva necesitaba sangre fresca para recuperarse, y que la enferma había ordenado que se extrajera la sangre a los niños. Las atemorizadas madres de la zona se advertían unas a otras en el sentido de no llevar a sus hijos a los hospitales y farmacias, donde suponían que se cumplían las macabras órdenes²⁸.

En el proceso de desacreditar los esfuerzos de Eva en la ayuda social, sus enemigos la describen como carente de todo instinto o sentimiento maternal. Los antiperonistas critican como hipocresía el amor por los niños que tan a menudo manifestaba Eva. Ellos desechan todas las instituciones que ella creara como nada más que fachadas elusivas, establecidas sólo con el fin de satisfacer la ambición de Eva. El pretendido fracaso de Eva en esta área asume significación particular cuando se lo considera dentro del contexto del lugar de la ayuda social en la vida de las mujeres argentinas. La altamente prestigiosa Sociedad de Beneficencia había realizado obra social en la Argentina por más de una centuria. Para esta tarea, tomaba sus miembros entre los modelos de femineidad argentina de las clases superiores de la nación. Círculos y clases ajenos a los propios compartían una alta opinión de esas mujeres y sus obras. Su trabajo se convirtió en un

distintivo de honor femenino: podían ofrecer la presidencia de la sociedad como un privilegio a la esposa de cada presidente argentino. Esto fue así hasta que Eva Duarte de Perón quedó aguardando la tradicional prerrogativa. Y sus críticas consideraron a Eva Duarte de Perón, aun antes de que ella demostrara su propio estilo personal de ayuda social, que luego las escandalizó, como incapaz de esa tarea, que pertenecía sólo a las más finas de la femineidad argentina.

La mártir

La pasividad de la mujer es virtualmente completa en sus roles como esposa y madre. En el mundo del mito peronista, ella voluntaria y aun felizmente emprende la abnegación y el sacrificio, reconociendo esto como el único camino para su verdadera realización personal. La capacidad para dar y para renunciar son básicas de la naturaleza de la mujer. Eva había aceptado, manifestaba su autobiografía, el rol de víctima y de esclava, pero nunca se había sentido tan libre como cuando estuvo sometida a la voluntad y la personalidad de Juan Domingo Perón²⁹. En el renunciamento, su rechazo de la vicepresidencia, y su muerte prematura, el amor de Eva por los humildes y los pobres de su nación pronto trascendió incluso una exaltada y altruista pasión por llegar a la cima del martirio, dando nuevos fundamentos para la reverencia y la lealtad del pueblo, que veía en ella a su ejemplo y guía espiritual.

Todo el tema del renunciamento y el acento puesto en la muerte prematura de Eva, si bien no se debe sólo

a este factor, figura de manera importante en la idea de Eva Perón como ejemplar de la esencia de la femineidad³⁰. Las ideas de su sacrificio formaban parte de su imagen mucho antes de que sus partidarios hubieran podido prever la posibilidad de su muerte. El tema comenzó a insinuarse en los informes de la prensa cuando el conocimiento de la gravedad de su enfermedad aún no se había hecho pública. Después de su primera operación, que esos informes describen como una apendectomía, *Democracia* sugirió que "no se debe descartar la posibilidad de que todo hubiese sido más fácil y más soportable si la señora de Perón hubiese dedicado más atención... a sus propios problemas de salud... antes que a las tareas de ayuda social que se había impuesto"³¹. Después del renunciamento y de su muerte, el tema del martirio aparece explícitamente vinculado con ambos episodios, permitiendo que en tanto sacrificios se fundan como actos de análoga calidad³².

El elemento de la renunciación tiene particular fuerza en el contexto argentino en virtud de su precedente en la vida de San Martín. Los argentinos recuerdan como sacrificios amargamente difíciles tanto la decisión de San Martín de dejar el liderazgo internacional a Simón Bolívar como su rechazo a implicarse en la lucha política interna de su país, prefiriendo el exilio. Perón mismo menciona la importancia del renunciamento sanmartiniano ya en 1948, mientras que la propaganda del régimen elogió la misma cualidad en la actitud del líder. La prensa también se refería a esta tradición al describir el famoso Día del Renunciamento de Eva Perón³³.

Durante la enfermedad final de Eva y después de su muerte, los voceros del peronismo ortodoxo siguieron interpretando el curso de acontecimientos como un sacrificio consciente de la vida de ella por su pueblo: "¿Quién

sabe si su sabiduría intuitiva no le había anunciado su prematuro fin?" "El esfuerzo prolongado, su prodigalidad sin límites, su entusiasmo por la resolución de todos los problemas, pequeños y grandes, de una infinidad de seres, habían minado su organismo". Los discursos sindicales y las declaraciones de solidaridad con el duelo oficial se hicieron eco de los temas principales de la prensa en los días que siguieron a la muerte³⁴.

Las ideas de renunciamento, sacrificio y martirio implicaban por asociación el concepto de santidad. Este al menos fue el razonamiento de *Democracia*. Las palabras "Santa Evita" aparecieron por primera vez en relación con el día dedicado a Eva Perón en reconocimiento de su abnegado renunciamento a la vicepresidencia. El periódico hizo poco uso de ese título, que tuvo el cuidado de atribuir a otras fuentes, aunque éstas fueron anónimas al menos en un caso³⁵.

Si no se empleaban las palabras exactas, otras expresiones y hechos utilizados en la prensa sugerían conceptos análogos. Algunos de los títulos conferidos a Evita Perón durante este período incluso pueden haber hallado un precedente en el temprano título propio de *Democracia*, la Dama de la Esperanza. Tras el anuncio del "Día de Santa Evita" y poco antes de su muerte, *Democracia* informó del otorgamiento a la enferma Primera Dama de dos títulos que fácilmente pudieron tener matices santos: "Jefa Espiritual de la Nación" y "Protectora Espiritual de la Universidad Argentina"³⁶.

Para los antiperonistas, Eva, que había sido incapaz de aceptar una femineidad correctamente pasiva en su relación con Juan Perón, difícilmente podía desempeñarse en forma creíble en el rol de mártir en la escala mayor de la vida pública. Si ella se había agotado por el pueblo argentino, decían, lo había hecho con sus propios inte-

reses en un lugar prominente de su mente. Ya en 1946, sus enemigos la acusaban por su ambición de convertirse en la primera senadora de la Argentina. Más tarde expresaron sospechas análogas de la naturaleza real del interés vital de la señora de Perón en el campo del sufragio femenino: "¿Es ésta una forma de movilizar a las mujeres con un fin definido que podría ser muy bien el de aumentar y reforzar el electorado de una mujer con aspiraciones a candidata? La historia lo dirá"³⁷. El antiperonismo tenía pocas dudas de que los partidarios de Eva le acordaban una posición de santa y de madona en virtud de su creencia en los sacrificios que había hecho por ellos. Pero en realidad, creían sus oponentes, Eva no buscaba la posición de una Reina del Cielo tanto como aquella que sería "un poco más de cuanto una reina podría ser en una monarquía absoluta"³⁸.

SÍMBOLOS DE STATUS

Tanto el mito del peronismo ortodoxo como el mito antiperonista de Eva Perón revelan ciertos elementos como importantes símbolos de status y aceptación en el mundo y la sociedad que describen. Ambas versiones valoran positivamente y acentúan mucho los contactos con las clases superiores, un aspecto característico de ellos, las posesiones materiales consideradas su prerrogativa, y un nivel de educación reconocido en el lenguaje y en el conocimiento general de la cultura y el arte europeo: los signos de la civilización. Su ausencia sentenciaba a individuos o grupos enteros a la barbarie.

La diferencia aquí entre las dos versiones de la imagen de Eva se asemeja a las diferencias que se han indicado en los casos de todos los elementos examinados a ese efecto. La versión peronista afirma que Eva gozaba de derechos a los contactos y las posesiones, y que estaba dotada de la educación adecuada. Los antiperonistas sostienen que buena parte de la vida de Eva estuvo dedicada a los intentos por obtener los símbolos de status y el reconocimiento concomitante dentro de la sociedad establecida, pero que fracasó por completo en esos intentos. Ambas asignan un valor análogo a los símbolos, pero los peronistas elogian a Eva por su capacidad para obtenerlos y manipularlos mientras que los antiperonistas se burlan de ella por su incapacidad en ese sentido. Pero cuando cualquiera de las partes reconoce estos símbolos de posición social en posesión de los miembros de la oposición, ello generalmente desacredita al poseedor según bases ideológicas o en términos de mera ostentación. Si bien los símbolos son valorados por sí mismos, se considera erróneo que una persona cuya verdadera naturaleza no lo merezca goce de la distinción social que ellos denotan.

En ambos mitos, entonces, Eva pretende gustos, posesiones y contactos que simbolizan el status social al que ella aspira, y ambos se ocupan centralmente de estas pretensiones, uno tratando de establecerlos y el otro de destruirlos. Pero las diferentes imágenes hacen más que asociar a Eva con determinados sectores sociales. En términos generales, el refinamiento de los modales y el gusto, las posesiones que atestiguan tal discriminación y los contactos sociales mismos, están íntimamente relacionados con el concepto de cultura o civilización. Se cree, además, que son el resultado no del aprendizaje sino de la sensibilidad innata a los aspectos espirituales como opuestos a los materiales y físicos de la existencia. Arrogándose los

158 EVITA PERÓN: LOS MITOS DE UNA MUJER

símbolos de status social, Eva Perón pudo identificarse como parte de la civilización tal como la cultura argentina la había definido. Además ella, como representante de los miembros del Partido Peronista Popular con la posición social más despreciada, podía reclamar para éstos la misma identidad. Si ella podía lograrlo, entonces también ellos podían.

Si Eva no podía confirmar sus pretensiones, como insistía el Mito Negro en que no pudo, los vínculos con la civilización que ella se esforzó vanamente por forjar para sí y para sus adherentes, nunca pudieron existir. Ellos no tenían derecho a los símbolos de la cultura y ningún lugar en el ámbito que éstos representaban. Prisioneros de sus impulsos físicos y sus burdos intereses materiales, sin ningún signo de sensibilidad superior innata, Eva y el peronismo se hallaban fuera del deseado mundo de la civilización y eran definidos como bárbaros.

Aquí debe hacerse una importante calificación. El control racional de los ámbitos de lo físico y lo emocional, como los símbolos de status recién mencionados, está también inextricablemente relacionado con la idea de cultura o civilización. Sin embargo, tal racionalidad se atribuye explícitamente a los hombres. Las mujeres, en contraste, se deleitan con su enfoque intuitivo y emocional de la vida, aunque aceptan el hecho de que debe ser controlado, habitualmente directa o indirectamente, por hombres.

Además, los argentinos establecen implícitamente una relación especial entre la femineidad ideal y estos símbolos de status. La belleza femenina se define como delicada y elegante. Su delicadeza implica no sólo un refinamiento del cuerpo sino de los modales: una actitud que se cree característica de la posición social alta. La elegancia de una mujer hermosa exhibe no sólo atractivo físico sino un acicalamiento y posesiones que aumentan y adornan el

atractivo según una pauta de moda. Las fluctuaciones de esta pauta, además, demandan una inversión continua. Finalmente, los argentinos identifican como dominio femenino la cultura, la educación y la sensibilidad a la armonía del lenguaje y especialmente a las artes. El gusto, como propio de valores centrales para la sociedad, se convierte en una forma de virtud. Surge una congruencia entre el rol de la mujer como guardiana y transmisora de la moralidad de una cultura y su rol como protectora de las pautas estéticas y de las artes.

Las versiones del mito oficial de Eva Perón, que contradicen otras áreas de la propaganda peronista —que acusan tanto a las distinciones sociales como a las clases sociales argentinas— utilizan las distinciones sociales como categorías convenientes y correctas para la descripción, y a menudo comentan positivamente la asociación de Eva con elementos de las clases superiores europeas. Esto se verifica especialmente en descripciones dadas por la prensa del viaje de Eva por Europa en 1947. El comentario y el énfasis que recibió mediante la repetición y las fotografías que lo acompañan sugiere que la jerarquía social representada por la aristocracia, con que la prensa demostraba que Eva se trataba, constituye un valor positivo en el mundo descrito por la propaganda peronista ortodoxa.

Los partidarios de Eva expresaban su convicción de que los círculos de la sociedad cultivada no prejuiciada, en este caso necesariamente fuera de la Argentina, pronta y naturalmente aceptaban a su líder describiendo a Eva Perón como “fina”, refiriéndose no sólo a su delicadeza física o a la fineza de las líneas y la construcción de su rostro y cuerpo. En el castellano de la Argentina, la palabra “fina” implica también la impresión de buena calidad, como su equivalente en inglés cuando se lo aplica a mercaderías.

Cuando se la emplea para describir a una mujer, la palabra generalmente posee connotaciones sociales. Un argentino entiende que una mujer fina es de cuerpo delicado y, lo que aun es más importante, en sus gestos. Pero por encima de todo, una mujer fina es capaz de moverse entre la sociedad cultivada y de ser apreciada por ésta. Se torna explícita una asociación entre belleza y clase en este sentido. Un peronista rico tornó inconfundible esta asociación cuando, en una entrevista, describió una experiencia de un asado partidario: él había estado sentado junto a la piscina cuando observó a una joven que salía del agua. Su linda cara y su lindo cuerpo tanto lo impresionaron que él preguntó quién era. "¡Imagínese mi sorpresa", recordaba, "cuando me dijeron que era la esposa de un líder sindical! Eso le demuestra cuánto ha cambiado la Argentina desde los primeros días del peronismo"⁹⁹.

En este contexto, el epíteto "señoras gordas", utilizado por los peronistas para designar a las mujeres ricas de la oposición, puede tener otras implicaciones que la asociación de la corpulencia con la riqueza. La obesidad misma funciona como una contradicción del ideal femenino e invalida las pretensiones de superioridad de clase y de su concomitante nivel alto de cultura. Este es sólo un elemento en el significado de esta expresión, pero que puede explicar en parte su naturaleza insultante.

Los contactos sociales y la jerarquía, como se mencionó anteriormente, son igualmente importantes en el mito antiperonista de Eva Perón. En uno de sus temas principales, el Mito Negro se burla de los esfuerzos de Eva Perón por ascender a las reverenciadas alturas de la escala social aceptada. Muestra su envidia de aquellos que están en niveles superiores que el de ella no sólo como la motivación de sus intentos por elevarse dentro de la jerarquía social, sino también como la fuerza impulsora

de toda su vida política y personal. El mito enfoca sus primeros esfuerzos por ingresar en las clases superiores argentinas, se burla de los supuestos movimientos de la "presidenta" entre las figuras de la sociedad europea y desprecia tanto el fracaso de Eva en la obtención de la posición social que buscaba como el fuerte deseo de venganza que causó ese fracaso, manifestado en la persecución de mujeres que tenían precisamente la posición social que ambicionaba la Primera Dama.

Acentuando la temprana imagen de Eva, que era más regordeta y sexualmente sugestiva, los antiperonistas niegan la definición peronista de Evita como mujer fina. Pueden admitir a menudo su belleza, pero luego califican esa condición como común o vulgar. En toda su vida, afirman algunos, aun cuando finalmente logró el aspecto esbelto y clásico de sus últimos años, sus enemigos podían detectar sus orígenes en el albañal. Ella nunca pudo ocultar el hecho de que era básicamente una mujer vulgar de huesos abultados que ninguna dieta podía reducir ni refinar. Ese estigma arroja dudas sobre sus dotes naturales y convierte a la espectacular Eva de los últimos años al resultado artificial del dinero y el tiempo que demandaba su vanidad y que su nueva posición le permitía cultivar.

Ambas imágenes de Eva Perón describen entre sus posesiones materiales aquellas que simbolizaban cierta posición dentro de la "sociedad" que ellos valoran. Y en ambas, hay relatos elaboradamente detallados del guardarropa de la Primera Dama, que eclipsaba a todas sus otras posesiones, arrojándolas a la sombra del esplendor de su traje. La firme posición central de las ropas de Eva en los mitos refleja su importancia en cuanto a establecer sus pretensiones de femineidad ideal no sólo mediante su belleza sino también con su elegancia. En

otras palabras, ella afirmaba su pretensión en términos de la congruencia de sus rasgos con los ornamentos con que los adornaba. Pero "aunque la mona se vista de seda", dicen los argentinos, "mona se queda".

La prensa peronista vilipendiaba a las "altivas señoras del Barrio Norte" como sinónimo de las "señoras de la oligarquía". Pero una historieta popular afirmaba con satisfacción que cuando la joven actriz Eva Duarte por primera vez saboreó la prosperidad, se instaló en un departamento del elegante barrio de esas mismas señoras. Mientras Eva misma hacía referencias desdeñosas en sus discursos a las damas de la oligarquía con sus perros falderos de raza, el peronismo oficial aceptaba los perros de lanas de ella y tanto los asociaba con su imagen que aparecían en los textos escolares del régimen así como en la forma de enjoyadas miniaturas en un brazalete de oro que el Congreso le obsequió a su Primera dama ⁴⁰.

Una vez más el viaje a Europa, en sí mismo un lujo reservado a la oligarquía, sirvió como excusa para los inventarios de los baúles de regalos que Eva trajo a la patria consigo y para aún más elaboradas descripciones del guardarropa con el que deslumbró a los europeos. Si bien los regalos en su mayor parte han sido olvidados en los años que siguieron, la espectacular elegancia de Eva y los detalles de hechura de su ropa aun figuran de manera prominente en su mito.

A través de los años, el peronismo ortodoxo ha seguido acentuando la ropa de Eva Perón, definiéndola como congruente con un ideal de la elegancia femenina general. En la época de su viaje a Europa, los detalles de su ropa ocupaban un lugar central en los informes del periódico properonista de las actividades de cada día. Después de su muerte, un texto para los niños de segun-

do grado decía de ella: "Había una vez una mujer rubia, delicada y elegante como las princesas de los libros de cuentos" ⁴¹. Estas descripciones específicas y el acento puesto en el detalle también señalan la significación especial de esta elegancia. La belleza y las ropas de Eva ayudan a plantear la pretensión a veces militante y a veces inconsciente de algunos peronistas a una de las características definitorias de las clases superiores argentinas. La propaganda reciente efectuada por elementos del peronismo considerados representantes de sectores ortodoxos y burocráticos del partido presentaban esta afirmación en el epígrafe de una fotografía de Eva con un elaborado traje de noche: "Ella podía deslumbrar como una reina —cosa que la oligarquía nunca le perdonó—, pero siguió siendo una del pueblo. Y esto fue aun menos perdonable" ⁴².

El Mito Negro, como la propaganda del peronismo ortodoxo, acentúa la acumulación de lujos por parte de Eva. Pero interpreta esos lujos como parte de su infructuoso intento de competir socialmente con sus enemigos exhibiendo los símbolos materiales del rango de éstos. También como su contraparte peronista, el mito antiperonista se concentra, entre referencias a otras posesiones, en el guardarropa de Eva Perón.

Los antiperonistas a veces racionalizan su énfasis en las ropas de la ex Primera Dama señalando el contraste entre la supuesta posición de Eva como benefactora de los "descamisados" y su propia persona bien adornada. El rótulo para las masas peronistas torna a la contradicción más obvia, pero eso no parece suficiente para explicar el énfasis que le da a la paradoja la derecha antiperonista. De hecho, la misma paradoja parece haber pasado inadvertida por ese sector en otras ocasiones de la historia argentina. Nadie, por ejemplo, presentó una

crítica tan difundida contra los extravagantes bailes de gala o fiestas de disfraz realizados por diferentes organizaciones de caridad de la Argentina para beneficiar a los pobres. Para la derecha, ese modo de vestirse representaba una distinción de clase valorada positivamente a la que Eva no tenía ningún derecho.

Para algunos de la izquierda antiperonista en la época del primer régimen peronista, la contradicción existía entre las críticas de Perón a las clases superiores como decadentes y la adopción por parte de Eva de una de las características identificatorias de esas clases: sus trajes elegantes. Para la izquierda, esta elegancia simbolizaba la disipación contra la cual Eva afirmaba estar protestando, y prueba su insinceridad. Sin embargo, este elemento en la censura de Eva Perón por parte de la izquierda ha existido en el contexto de otros elementos, en particular de los relacionados con las descripciones de los partidarios populares del peronismo, que manifiestan un menor ingrediente de ética izquierdista y un mayor énfasis en los valores que coinciden con los de la derecha antiperonista.

El mito antiperonista, entonces, en especial en versiones de la derecha, ataca a más que una inconsistencia ideológica. Trata de invalidar el derecho de Eva a la ropa que posee sobre la base de sus orígenes sociales. También desacredita toda pretensión de buen gusto natural que ella pudo haber tenido. La falta de gusto de Eva, en opinión de los antiperonistas, confirmaba la inferioridad de su origen social antes de que ella hubiera tenido los medios y la experiencia para ocultarlos y para copiar a la aristocracia argentina. El Mito Negro condenó el famoso guardarropa no sólo por su extravagancia sino en términos de su original y permanente falta de refinamiento, condenando repetidamente su gusto como holly-

woodense. Esta idea se convirtió en un tema principal de la obra teatral de Copi, "Eva Perón", en la que Evita planificaba la exhibición de su propio cadáver, poniendo mucho énfasis en que se lo rodeara con todas sus ropas lujosas exhibidas en cajas de cristal. Cuando le pedía a la madre su traje para la ópera, la madre le replicaba que todos sus trajes eran para la ópera. Copi mismo afirmó que presentaba a Eva Perón como una heroína de Hollywood porque "eso fue tal vez lo único que deseó ser y lo único que se le negó"⁴³.

Las descripciones peronistas y antiperonistas de su talento y su gusto en las artes acentúan otro elemento de las imágenes de Eva Perón, distinguiéndolo como un valor especial en el universo que representan. El cultivo en este ámbito asume un lugar en la lista de valores dominantes hallados en esos relatos. Significativamente, el esposo de Eva no daba ninguna indicación importante de tales intereses.

Este tema, aun más que el de su guardarropa, continuaban un motivo de la temprana imagen profesional de Eva. La publicidad relativa a la estrellita Eva Duarte se centraba en su elección de obras de arte, su capacidad musical y su gusto en general. Tras su ascenso al poder con su esposo, estas ideas nuevamente se tornaron importantes durante sus viajes por Europa. Los informes de prensa de sus actividades hacían hincapié en su aprecio de las obras, para ver a las cuales realizaba viajes especiales⁴⁴.

Más tarde en su carrera, Eva Perón estableció una especie de salón literario, o peña, conocida como la Peña Eva Perón, que recibió amplia publicidad durante años. Ese grupo se reunía a menudo por la noche, cuando su protectora había concluido su día de labor, y aun asume importancia en relatos de la vida de Eva. "Eva Perón",

recuerdan algunos peronistas, "encontraba tiempo dentro de su agotador día de trabajo para dar su generoso afecto a poetas, escritores y artistas en general. Ella trataba de comunicarse con ellos y los mantenía cerca de sí" ⁴⁵.

Cuando una de las partidarias de Perón entre las mujeres universitarias argentinas se volvió contra Eva, decidió atacarla en el área de la cultura, tal como se manifiesta en la educación general y el lenguaje: "Dado que tenemos diplomas de doctores, podemos hablar de Plutarco mucho mejor que ella, y eso le molesta. Lo que a Evita le gusta es visitar a gente de poca cultura, a los que asombra con sus palabras rebuscadas" ⁴⁶.

El Mito Negro se burla de la falta de verdaderos conocimientos y de aprecio de las artes por parte de Eva, convirtiendo a éste en un tema central de su imagen. Los antiperonistas acentúan éste y una serie de motivos paralelos, destruyendo toda pretensión que pudiera tener Eva Perón no sólo de cultura artística y de gusto, sino también de la más básica educación y de modales sociales. Criticaron severamente su lenguaje escrito y hablado como incorrecto, vulgar, profano e inapropiado para el protocolo de las situaciones en que su posición la ponía. Estos defectos ejercen una influencia sobre la opinión antiperonista que a menudo iguala la de importantes ofensas morales y políticas. Un crítico acusó a Eva Perón de carecer de "inteligencia", de conocimientos de "las relaciones civiles y morales de los hombres", de "autocrítica", y de "escrúpulos de conciencia". Intercalaba en esta lista otras acusaciones no diferenciadas de éstas en calidad o importancia: también carecía de "cultura" y de "sensibilidad femenina", y, finalmente, carecía totalmente de "gusto" ⁴⁷.

LA MÍSTICA Y LAS MASAS

Los mitos peronista ortodoxo y antiperonista de Eva Perón contienen definiciones similares de su poder. Ambos contienen análogas descripciones de su mística y de la reacción de sus partidarios a ésta como puramente emocional, similar en su naturaleza irracional a la sexualidad femenina de ella. Las dos versiones difieren sólo en los valores que asocian con esta relación entre Evita y las masas populares del peronismo. La atracción de ella y la respuesta de las masas eran emocionales, intuitivas, místicas y, según sus enemigos, incluso físicas: en suma, irracionales. Después de su muerte, según ambos mitos, los partidarios la veneraron en un culto, que según los peronistas le acordaba a Eva reverencia como a una santa o madona junto al conductor político Perón, y que según los antiperonistas eran ritos paganos celebrados en honor de una diosa usurpadora.

Además, la asociación de Eva y el peronismo popular relacionaba a ella con un conjunto de gente a la que, correcta o incorrectamente según diferentes puntos de vista, tradicionalmente se le había atribuido una condición social marginal. Tal vínculo especificaba su liderazgo como periférico a las formas establecidas de poder institucionalizado así como a las normas y reglamentaciones de la sociedad que habían generado estas instituciones. La afinidad especial de Evita con los descamisados en este contexto reiteraba los temas relativos al poder de Eva Perón como no controlado en sí mismo y por sí mismo, además de irracional. El peronismo ortodoxo atribuía toda la vida de Eva Perón a un tipo de motiva-

ción y a un modo de acción puramente emotivos. Sus tres amores, Perón, su país y las masas anónimas de la Argentina y el mundo, impulsaron su ascenso al poder y la ampliación de su esfera de acción. Unos pocos días antes de que las mujeres argentinas recibieran el voto, lo que se consideraba un logro de Eva, el vocero del régimen honró a la patrocinante de la nueva legislación: "La Dama de la Esperanza / se llama Eva Duarte de Perón. / La Dama de la Esperanza / es toda emoción y corazón" ⁴⁸.

A medida que continuaba su carrera, la prensa seguía explicando su éxito con términos análogos. En su capacidad para inspirar a las masas residía la función política más importante de Eva Perón: exaltadas por ella, trascendieron la mera política y convirtieron al peronismo en la cruzada redentora de un vasto ejército ⁴⁹. Ella infundía a las obras crecientemente monumentales de la Fundación de Ayuda Social "alma... corazón y... espíritu", dando cuenta de sus logros afirmando: "No somos una burocracia; por el contrario, somos un puñado de personas de trabajo" ⁵⁰.

El poder de Eva difiere espectacularmente en las versiones peronistas del poder de su esposo. El estilo de Eva era impulsivo, desordenado y emotivo; el de su esposo, "riguroso y científico" ⁵¹. Los elogios del modo de trabajo desorganizado de Eva asociaban su desorden y enfoque no intelectual con su amor por Perón y su pueblo. Eva podía expresar un fanatismo emocional por la causa peronista. Pero Perón, que era militar y por lo tanto pertenecía a una profesión que excluía totalmente a las mujeres, es "por esa razón un amigo del orden y trabajaba siempre con método y disciplina", manteniendo un respetable equilibrio masculino ⁵².

El contenido emocional del apoyo que la nación parecía darle incondicionalmente a su heroína contrastaba con las estructuras y normas políticas y burocráticas que restringen a otras figuras públicas. Cuando su partido y su pueblo proclamó a Eva vicepresidente, la prensa anunció: "Ésta es la segunda vez en nuestra historia política —siendo el único precedente el 17 de octubre de 1945— en que la candidatura ha sido formulada al margen de todo procedimiento político" ⁵³.

El antiperonismo veía a Eva en términos análogos pero los traducía en la violencia de una energía peligrosamente descontrolada y una retórica incendiaria, dos terribles fuentes de su poder. Las versiones tempranas específicamente acusaban a la Primera Dama de responsabilidad personal por torturas realizadas por el régimen de Perón. Sus enemigos continuaban acentuando las iras de Eva, a menudo describiéndolas como irracionales ataques de pasión e incluso de insania ⁵⁴.

Además, la oposición recuerda claramente y con horror a la incapacidad de Eva Perón para entender las reglas que rodean la vida formal de la esposa de un presidente, o si las entendía, su incapacidad para usarlas. Ella magnetizaba a las masas con una conducta que violaba todos los códigos. Los antiperonistas aún recuerdan la repugnancia que sentían cuando una atrevida Eva llegó a una función de gala del Teatro Colón con el cabello suelto, en una época en que, en especial en las ocasiones formales, las mujeres lucían el pelo recogido sobre la cabeza. La Primera Dama fascinó a sus partidarios pero sólo inspiró disgusto en sus enemigos cuando, contra todo protocolo, ocupó un lugar en el coche presidencial. Un oficial militar relató una reacción análoga a Eva cuando observó el brazo de ella sobre el respaldo

del sillón de Perón mientras un ministro prestaba juramento. Esta ofensa, para él, la tornaba insoportable⁵⁵.

La propaganda del peronismo oficial, dado que en general se dirigía al populacho peronista, refleja la definición de sus autores de las clases obreras. El título de Dama de la Esperanza, con que la prensa oficial introdujo la campaña de publicidad que le dedicó a Eva Perón durante toda su carrera, anticipó los rasgos básicos de la propaganda relativa a Eva Perón, no sólo en los periódicos peronistas sino también en los textos escolares infantiles y en las obras atribuidas a la Primera Dama. El peronismo oficial describía a Eva en términos vagamente religiosos o aun específicamente santos, suponiendo que vastos sectores del público peronista serían susceptibles a tales términos y a las ideas que representaban y sugerían. Los creadores de esta propaganda ortodoxa presuponían que las masas responderían a esta clase de sugerencia, y formaron un culto místico en torno de la heroína del partido.

Si bien los títulos tales como la Dama de la Esperanza, sólo el primero de una serie que implicaban paralelos con la hagiografía cristiana, evidentemente tienen connotaciones levemente sacrílegas, se los empleaba de inmediato en cuanto se presentaba la oportunidad. Raúl Apold enfáticamente negó el uso del término "santa" en los órganos oficiales, pero *Democracia* y otras publicaciones en realidad echaron mano del término para designar a Eva Perón⁵⁶, a menudo atribuyendo el uso a otras fuentes, en algunos casos anónimas. Aunque no dispuesto a arriesgar la autoría de la idea, *Democracia* citaba la descripción hecha por *Le Monde* de Eva Perón como una madona de los pobres argentinos. La figura de dicción fue inmediatamente tomada como título de un libro ese mismo año: *Eva de América - Madona de los*

humildes. Luego, después de la muerte de Evita, un lector de primer grado repetía: "Ella era una santa. Y por esa razón voló hacia Dios". En una ilustración que acompañaba al texto, los niños observan una estrella en forma de cruz en el cielo de la noche. En otros libros, Eva después de la muerte ocupaba un lugar al lado del Hijo de Dios, o a la derecha de Dios⁵⁷.

El peronismo ortodoxo no sólo manifestaba la santidad de Eva utilizando directamente la palabra "santa", sino que también la sugería, atribuyéndole las características y las funciones de los santos. Entre éstos, su pureza y su martirio, ya elaborados aquí, figuraban de manera destacada. Evita también podía atender peticiones, un poder que demostró en su tarea en Trabajo y Previsión durante su vida y que continuó ejerciendo después de la muerte, "recibiendo" cartas de los pobres a través de cajas postales erigidas por el régimen. Algunas versiones introducen paralelos con ideas de milagros tales como los de Lourdes, narrando que Eva, tras besar la boca llena de llagas de una mujer que apareció ante su escritorio para solicitar su ayuda, de un golpe hizo caer al suelo una botella de desinfectante que le tendía un ayudante⁵⁸.

En muchos de sus usos frecuentes, el título de Hada Buena se refería a la naturaleza y las funciones santas de Evita o la vinculaban de otras maneras con la religión formal. Los textos escolares y otra literatura peronista conectaba a Eva como hada buena con ángeles y con su identidad como mártir santa. Después de su muerte, el periódico *La Razón* anunció que "Todo el mundo está de duelo por ella, y Dios está a su lado proclamándola hada, mártir y santa"⁵⁹. Los argentinos comúnmente no vinculan las hadas con el ámbito religioso. El vínculo hallado en la propaganda peronista implica que los autores de

tales afirmaciones atribuían un elemento supersticioso a la religión del público masivo al que esperaban llegar.

La idea de que las masas argentinas sentían una reverencia religiosa o mística por Eva Perón halló una expresión explícita cuando *Democracia* atribuyó la identificación de su líder como la Dama de la Esperanza a la "rara intuición" de los adherentes populares del peronismo, que habían transformado esta imagen de Evita en una "mística popular". El mismo concepto también estuvo implícito en la primera descripción de Eva como Madona, que iguala a las multitudes que acudían a la Plaza de Mayo para ver a su Evita a los peregrinos que llegaban al templo de Lourdes. Los propagandistas podían basar su paralelo en su calificación del amor del pueblo como incontrolable, irracional y ciego. En tal interpretación, los sectores populares del peronismo reaccionaban a los fenómenos y las ideas no racionalmente sino con respuestas intuitivas, emocionales y aun místicas tales como las asociadas con el fervor religioso. "Para el pueblo es más fácil amar a un hombre que amar una doctrina", explicó Eva Perón, "porque los pueblos son todo corazón"⁶⁰.

Esta suposición sirvió para construir una base, en el peronismo ortodoxo, para la confianza, o en las descripciones de plegarias y promesas de buena conducta hechas a Evita por las masas peronistas, o en la pronta recepción de tales descripciones por parte del público. Los alumnos del primer grado leían "Ave, Eva" en la primera página de sus textos de lectura bajo una ilustración de Eva rodeada por ángeles. Los textos de segundo grado comenzaban con las palabras de un niño que, desde una ilustración de la primera página, se dirigía a la difunta Primera Dama: "Madrecita nuestra, que estás en los cielos... Hada buena que ríes entre los án-

geles... Evita: te prometo que seré bueno". A la muerte de Eva, una revista infantil condujo a sus jóvenes lectores en una plegaria similar:

"Evita, nuestro amor que estás en el Cielo, que tu Bondad siempre nos acompañe. Que continúes protegiendo nuestros sueños y nuestros juegos desde la estrella más cercana. Que continúes procurándonos aquello que no tengamos. Que continúes intercediendo ante Dios el Padre Todopoderoso para que nuestros mayores nunca carezcan del fructífero trabajo. Que continúes enseñando y guiando a nuestra Patria, Libre, Justa y Soberana."⁶¹

Las ideas de las connotaciones religiosas de la adoración masiva de la imagen de Eva Perón también ayudan a explicar el acento que la prensa peronista puso en los altares erigidos en las calles a la memoria de Eva Perón. El día que siguió al final de la lucha de Eva con el cáncer, la primera página de *Democracia* anunció que "la imagen de Eva Perón es y será siempre un objeto de íntima devoción" en los hogares de la nación argentina. En semanas subsiguientes, el periódico dedicó una página entera de cada edición a las fotografías y textos sobre el tema de los altares levantados y las plegarias ofrecidas en honor de Eva Perón.

Mediante ese portavoz, el régimen afirmó que "aquellos que no han podido llegar al salón donde yace el cuerpo, resignadamente han dirigido sus pasos hacia las *unidades básicas* de la Rama Femenina del Partido Peronista, y ante el retrato de Eva Perón se arrodillan a rezar, depositando ofrendas florales". Mientras "una interminable fila pasa ante el altar en Plaza de Mayo... que está coronado con el retrato de Eva Perón", "en muchas casas y en las sedes de asociaciones laborales,

políticas y privadas, se han erigido altares donde arden velas por la glorificación de la mujer que lo dio todo por su pueblo". Los informes presentaban fotografías y descripciones de altares en las unidades básicas, en sindicatos, en lugares privados y en las calles. Los artículos también transcribían las plegarias, describiendo a mujeres en la calle, ante el altar de Plaza de Mayo, que se dirigían a Eva Perón como a la "Regina Martirium... mater amabilis..." o como a Santa Evita⁶².

Cuando hacia fines de agosto la cobertura del duelo por Eva Perón comenzó a disminuir en *Democracia*, se produjo un cambio importante: sin ningún comentario, los artículos comenzaron a designar los altares erigidos en memoria de la muerta Evita, que hasta ese punto habían sido identificados con la simple palabra "altares", como "altares cívicos"⁶³. El cambio parecía ser una respuesta a cierta presión ejercida sobre el periodismo para que modificaran la imagen incalificablemente religiosa que previamente habían promovido. La idea de un culto de Eva y el rol de los altares en el aún prevalece en algunos sectores del peronismo en la actualidad, demostrando el continuado poder de tal imagen.

Sin embargo, el caso de los altares sugiere con fuerza que esta idea, apoyada por el peronismo ortodoxo, se basa más en el prejuicio que en la observación. O consciente o inconscientemente, esta imagen omitía (y aun cuando fue modificada siguió omitiendo) la indicación de toda relación entre los altares construidos en honor de Eva Perón y aquellos que forman un recuerdo aparentemente usual de los muertos en muchos hogares argentinos, en especial los de los niveles socioeconómicos inferiores de la sociedad. La opinión y la práctica populares entre los grupos donde existen estos altares los relacionan, y en particular al homenaje rendido a los

muertos, sólo mínimamente con la religión. Las familias pueden colocar fotografías de los parientes muertos en un altar semejante y ofrecerles oraciones, pero generalmente oran en memoria de los muertos y no a ellos. Aparentemente, si la gente no dice oraciones ante el altar, pueden considerar a éste como un recordatorio secular virtualmente completo para el muerto que se honra allí. Los miembros de las clases trabajadoras mencionan la costumbre de dirigir plegarias a una persona muerta, pero describen tales oraciones en términos de pedidos de favores y no de culto rendido a la persona aludida. Además, los que oran no parecen asociar esta clase de petición con los altares hogareños. En otras palabras, por ignorancia o por prejuicio, la propaganda peronista ha distorsionado conscientemente o malinterpretado inconscientemente el fenómeno de los altares erigidos por el populacho peronista en memoria de Evita.

La convicción de los antiperonistas de que la imagen de Eva Perón atraía un "culto de imágenes que los mandamientos condenan"⁶⁴, demuestra que su distorsión de la evidencia se asemejaba a la de los creadores del mito peronista. Nuevamente, los preconceptos acerca de la naturaleza de las masas peronistas y su relación con su protectora condicionaron la idea antiperonista de tal culto. Como los autores de la propaganda peronista, parecen predispuestos a creer que los altares de las calles constituían prueba de que las masas populares literalmente veneraban a su heroína muerta, y necesariamente o inconscientemente ignoran o conscientemente malinterpretan o desechan la evidencia relativa a las actitudes hacia los muertos entre las clases trabajadoras argentinas.

El Mito Negro cita instancias de sentimiento sobre el cual, afirma, el peronismo popular basaba sus versiones

del mito de Eva Perón. La evidencia procede de registros de las sesiones del Congreso o del gabinete, la prensa del régimen o los textos escolares oficiales publicados por el gobierno peronista. Los antiperonistas pueden haber cometido el error común de confundir un régimen político con sus partidarios. Pero queda el hecho de que ellos han creído voluntariamente la evidencia que consistía en casos exagerados. Extraían y aún extraen sus conclusiones acerca de un entero sector social de fuentes que no pertenecen a él. Para confirmar la idea de un culto místico de Eva Perón en las clases trabajadoras peronistas, los antiperonistas han utilizado datos relativos a las "masas" pero que generaron las clases medias dentro del peronismo⁶⁵.

El mito de la clase media peronista del mito, muchos de cuyos elementos aparecían en la propaganda peronista, puede haber dado origen a la versión antiperonista de la misma creencia. Pero el orden cronológico no es de importancia acá: una versión pudo inspirar la otra sólo porque los grupos que sostenían ambas, aunque políticamente opuestos, estaban unidos en los valores que los tornaban susceptibles a la idea de un culto popular de Eva Perón. ¿Por qué ambos grupos estaban predispuestos a creer tan firmemente en un culto popular de Eva Perón que en lugar de desarrollar la idea sobre la base de la evidencia, organizaron e interpretaron los hechos según esta idea? Martínez Estrada, apólogo del antiperonismo, parecía hablar por el peronismo ortodoxo también cuando basaba su convicción de la existencia de tal culto en el hecho de que "todos los sentimientos embrionarios y difusos de una superstición que necesitaba un ídolo basaron su carga eléctrica mediante la muerte de la Jefa Espiritual"⁶⁶. El concepto de una masa peronista naturalmente supersticiosa o mística es una de las formas

que toma otra idea de las clases trabajadoras muy difundida en el resto de la sociedad argentina. Según esta noción común, las masas populares están compuestas por seres irracionales que dependen de sus emociones o instintos, o de alguien que apela a esas emociones e instintos para dirigirlos.

Los antiperonistas, cuando no atribuyen esta irracionalidad a la intrínseca inferioridad mental, física o moral de los individuos, los grupos o las razas, culpan de ella a la corrupción de las masas por parte de la demagogia o a los efectos degradantes de la pertenencia a una masa, según las teorías de Freud⁶⁷.

El valor negativo que le dan a cada término de su formulación a veces disfraza a éste como una contradicción de toda posible opinión peronista. Sin embargo, cuando el signo de valor para cada elemento cambia de negativo a positivo, la definición de las masas según el antiperonismo se revela como básicamente la misma. En la visión peronista ortodoxa el pueblo, debido a características mentales y morales intrínsecamente superiores, confía en su emoción e intuición, que lo lleva correctamente a dedicarse a una persona, antes que a comprometerse con fría racionalidad con un conjunto de causas⁶⁸.

El antiperonismo, como la ideología de grupos que se habían opuesto a partidos populares o a elementos populares de gobiernos o partidos, produjo una riqueza de imaginaria que lleva el concepto de masas irracionales a lo que parece ser sus últimas implicaciones en el contexto de la cultura argentina. Para poder sugerir más claramente las relaciones que parecen exhibir estas ideas con Eva Perón, el próximo capítulo investigará las definiciones de los argentinos de los sectores populares de su sociedad.

LAS MASAS

Haciéndose eco de una imagería asociada con un estereotipo de femineidad, los argentinos han condenado a Eva Perón. Tal condena exhibe cierta lógica, como lo ha sugerido el análisis previo de los mitos peronista y antiperonista. Una imagería análoga aparece en las descripciones y definiciones de los partidarios de esa mujer: la imagen antiperonista de las masas peronistas coincide con muchos de los elementos negativos utilizados para desacreditar a Eva Perón. Esto no significa que los argentinos consideren a las mujeres como líderes naturales para las masas, ni existe ninguna indicación de que vean a las masas como femeninas. Antes bien, una imagería análoga define a las mujeres y a las masas como marginales a las estructuras y valores de la sociedad. Son claves para la configuración de elementos negativos empleados para describir a la Primera Dama peronista y a las masas, de las que se creen que son sus partidarias especiales, los conceptos de sus naturalezas irracionales del predominio en sus vidas de impulsos e instintos físicos, y de su falta de cultura y la consiguiente aproximación a un estado primitivo.

La imagen negativa de las masas en la Argentina tiene una larga historia. Críticas análogas han surgido en diferentes períodos en distintos sectores para vilipendiar a grupos igualmente diferentes identificados como movimientos masivos. Pero a pesar de las disparidades en sus contextos, fuentes y objetos, las descripciones muestran analogías básicas. Este capítulo rastrea las imágenes resultantes en los tres períodos de la historia argentina que se analizaron anteriormente: el gobierno de Juan Manuel de Rosas a mediados del siglo XIX; el ascenso del radicalismo al poder a comienzos de siglo; y a los primeros regímenes peronistas a mediados del siglo XX.

Como este estudio lo ha demostrado previamente, el elemento de irracionalidad emocional surge no sólo en las imágenes antiperonistas sino también en el pensamiento peronista, donde recibe un énfasis significativo y un valor positivo. Valores similares subyacen tanto en la propaganda peronista como en la opinión antiperonista, y el acento análogo de ambas en la idea de las masas irracionales, supersticiosas e infantiles puede implicar otras analogías no manifiestas entre ambas. Las entrevistas para obtener comentarios acerca de la adherencia masiva del partido en un contexto no político incrementan la impresión de que de hecho hay más elementos negativos compartidos con el antiperonismo por parte de ciertos sectores del peronismo. Sin embargo, la propaganda peronista no elabora su imagen de las masas según todas las líneas del modelo de crítica antiperonista. Es probable que los sectores del peronismo responsables de esta literatura sólo se hayan atrevido a concentrarse en los elementos a los que podían darles un valor positivo, tales como, por ejemplo, las nociones sobre las masas intuitivas. Otros valores asociados con impulsos físicos, en especial la sexualidad y el primi-

tivismo, son demasiado fuertemente negativos para ser transformados.

Los argentinos mismos en la actualidad no perciben un paralelo entre las masas de adherentes del radicalismo y del peronismo porque el Partido Radical originalmente se opuso a los peronistas, formando parte de la coalición antiperonista. En el proceso de incorporar al Partido Radical en una corriente de pensamiento antiperonista y antipopular, algunos anteriores enemigos del partido llegaron a ver al radicalismo y a veces a su líder, Yrigoyen, como los reservorios de esos valores que anteriormente los habían acusado de negar¹.

Este capítulo describirá las imágenes antiperonista, antirrosista y antirradical de las masas argentinas en tres secciones organizadas en torno de los conceptos centrales que también son característicos de la crítica de Eva: irracionalidad, sujeción a la naturaleza física y primitivismo. Cada grupo les ha atribuido estos rasgos a los partidarios populares de sus oponentes, así como al líder de esos partidarios: los rasgos son relacionados con las imágenes de Rosas e Yrigoyen así como con las imágenes de Eva. Cada sección concluirá con una indicación de la percepción y el uso por parte de los argentinos mismos de los paralelos entre los adherentes populares de los tres regímenes diferentes.

NATURALEZA IRRACIONAL

Los antiperonistas que generaron y creyeron en el Mito Negro y los peronistas que crearon y aceptaron a la Dama de la Esperanza, han tenido todos el concepto de las masas

supersticiosas que veneraban la imagen de Evita. Las acusaciones y temores de los antiperonistas relativos a la idolatría popular por la nueva "Madre María" de las masas formaron la contrapartida de los términos laudatorios y favorables utilizados por la prensa peronista en su versión del entusiasmo de las masas por su "Jefa Espiritual". Ambas imágenes surgieron de la convicción de que los sectores populares de la sociedad realmente veneran a sus líderes. Esta creencia se basa en ambas versiones en la idea de que la gente común es motivada irracionalmente, y se guía sólo por el instinto y la emoción. De estas ideas, ni la naturaleza mística de los sentimientos populares hacia los líderes ni la naturaleza de las clases inferiores mismas son singulares de la era peronista y de los años siguientes. También fueron armas importantes del arsenal de ideas usadas contra Rosas e Yrigoyen.

"El alma del populacho" aparecía en la mente de los enemigos de Rosas como presa del "misticismo epidémico". La superstición característica y el fanatismo religioso llevaban a las masas partidarias del régimen a la veneración idolátrica de sus líderes. Cuando Rosas apareció en la escena, esta tendencia pagana impulsó a las masas, en un frenesí extremo de entusiasmo, a deificar al dictador. En estos términos, los oponentes de Rosas se referían a una costumbre de su régimen que los escandalizaba: la colocación de retratos del dictador en las iglesias de Buenos Aires². Algunos afirmaban que el excitado populacho había colocado el retrato de Rosas sobre el altar mismo; otros describían a las multitudes leales que participaban en las procesiones religiosas que llevaban el retrato por las calles, en veneración³.

Los enemigos del Partido Radical en los años de su primera importancia también temían lo que consideraban un populacho enfocando sus tendencias místicas innatas en

la figura adorada de su líder. La oposición mezclaba las críticas a las masas yrigoyenistas con las acusaciones a la élite responsable de la propaganda radical dirigida al pueblo. Entre conservadores y socialistas, muchos aparentemente no dudaban que los partidarios populares de Yrigoyen adherían a las ideas que esos mismos críticos atribuían al liderazgo radical. Como en el caso de Rosas, los enemigos del liderazgo de Yrigoyen insistían en que las masas en realidad rendían culto a su caudillo o a su imagen.

Los oponentes del radicalismo se quejaban de que los radicales no fueran "regeneradores", como a veces se caracterizaban a sí mismos, sino "mistificadores". Yrigoyen había obtenido este apoyo popular porque demostraba "una predilección por las sombras y... por lo tanto, cierto populacho, que es tan inclinado al oscurantismo, ha creído ver en este individuo a un nuevo «héroe de la santa causa de la regeneración»"⁴. El partido triunfó entre las masas haciendo

"que sus vagas aspiraciones se concretén en palabras, hasta el punto de construir una completa mitología oral y escrita. Y, en efecto, todas esas palabras sin sentido... emitían una intención a la vez sentimental, épica y también religiosa. Caracterizaban a cierto tipo de oscurantismo político; algo de masonería con algo de sociedad secreta [carbonarismo]."⁵

La población respondía a estas insinuaciones oficiales, según la oposición, con una emoción mística expresada en el vocabulario de la religión formal. Los antirradicales temblaban al pensar que el fervor de los partidarios de Yrigoyen los había llevado a emitir estampillas en su honor, algunas de las cuales adoptaban una forma especí-

ficamente religiosa en las provincias norteafricanas argentinas, áreas en las que tanto la pobreza como la influencia indígena se creían difundidas. En regiones similares, afirmaban los relatos hostiles, los pobres encendían velas ante el retrato de Yrigoyen. La idea de esta clase de conducta le granjeó al yrigoyenismo el epíteto de "radicalismo mágico"⁶.

Los paralelos entre estas versiones no escaparon a sus creadores. Por el contrario, los paralelos mismos contribuyeron mucho a la imagen negativa de las diferentes figuras políticas.

Las historias relativas a los casos al parecer puramente seculares de estampillas conmemorativas o incluso postales que honraban a los radicales, adoptaban connotaciones de religión pagana cuando se relacionaban con otros casos de la época de Rosas, que eran vinculados específicamente con prácticas religiosas. En algunas obras los ejemplos del régimen de Rosas presentan poca relación con los de los años radicales, salvo en su proximidad en la misma o en páginas adyacentes, pero tal yuxtaposición tiende a igualar las estampillas conmemorativas radicales a la colocación del retrato de Rosas en el altar de las iglesias de Buenos Aires. Análogamente, la emisión de sellos postales radicales se iguala en motivación a las procesiones que llevaban el retrato de Rosas por las calles de la capital, mientras que se establece un paralelo entre la vaga memoria de estampas y velas religiosas dedicadas a Yrigoyen entre los pobres en provincias distantes y la alegada veneración de Rosas en las iglesias de la ciudad capital⁷.

Los mismos recursos retóricos se empleaban para demostrar que los colores y objetos partidarios del período de Yrigoyen se asemejaban a los símbolos y prácticas del régimen de Rosas, "una era durante la cual el simbolismo,

que tiene muchos elementos de religiosidad ceremoniosa y de ritualismo, era adoptado y respetado por todas las clases". Se señalaba como prueba de la existencia de tal simbolismo religioso y ritualista que "Rosas hizo obligatorio el uso del rojo brillante"⁸.

Aun otras versiones confirmaban sus conclusiones acerca de la maldad de Rosas o Yrigoyen comparando a uno con otro y concluyendo que ambos formaban los centros de "mitos" o "misterios". Cuando surgió Perón, sus enemigos tacharon de mística su atracción para las masas e hicieron inconfundible la nota detractora en tal rótulo en comparaciones de los tres regímenes, el rosista, el radical y el peronista⁹.

IMPULSOS FISIOLÓGICOS: SEXO Y VIOLENCIA

La mente antiperonista relaciona el misticismo y la irracionalidad de los partidarios del peronismo con el dominio de la naturaleza física de éstos. La lujuria generalizada y la violencia innata rigen la vida de los hombres y mujeres del peronismo de masas. Su incontrolada sexualidad transformó al gobierno peronista en una "pornocracia" cuyos "actos oficiales, ceremonias y saturnales... revivían antiguos cultos fálicos procesionales disfrazados con los emblemas de la patria y la libertad"¹⁰.

La combinación de instintos fisiológicos con un misticismo irreflexivo surgieron en una de sus formas más extremas —y, para los antiperonistas, más repugnantes— en los escandalosos acontecimientos posteriores a la muerte de la Jefa Espiritual de la Nación. Los peronistas acongojados formaban su interminable fila por las calles del

centro de la ciudad aguardando la oportunidad de rendir sus respetos al cuerpo, que los enemigos predecían que se convertiría en la reliquia central de un culto pagano. En una breve historia que describe los días de duelo, un antiperonista se acerca a la fila, donde confía en que hallará una fácil conquista sexual. Sin ninguna dificultad halla a una mujer de duelo que está dispuesta. Se apartan de la fila en una frenética búsqueda de un cuarto de hotel, sólo para hallar que los hoteles están cerrados en honor de la difunta Eva. Sólo en este punto, cuando el antiperonista descuidadamente insulta al ídolo muerto de su compañera, ella airadamente lo rechaza, dejándolo frustrado y perplejo¹¹.

Estallidos característicos de la naturaleza animal, tal como los conciben los antiperonistas, también se producen fuera del contexto del misticismo. En sus discursos electorales, Enrique Mosca, el candidato a la vicepresidencia del partido opuesto al de Perón en 1945, habla de "grupos indecentes y ruidosos que nos causan piedad". Aunque no definía los términos en detalle, su repetido uso de expresiones tales como "las pasiones primarias" y los "apetitos inferiores" indican que asociaba —y esperaba que su audiencia asociara— los impulsos sexuales y físicos con los partidarios populares de Juan Perón¹².

La prensa antiperonista reveló una asociación similar cuando informó del canto que atribuyó a las mujeres peronistas: "Sin camisa y sin calzón / Todas somos de Perón"¹³. Las informantes argentinas reaccionan a esa rima sin sorpresa ni shock, y pueden seguir entonando rimas análogas que cantaban durante los juegos en la escuela. Sólo ven en ellas inofensivas implicaciones sexuales humorísticas, o ninguna implicación. Sin embargo, el informe de prensa declaraba que el estribillo causó problemas entre Eva Perón y otras peronistas porque las palabras incita-

ban los celos de la Primera Dama. Así la prensa suponía, o esperaba que sus lectores supusieran, que las líneas debían tomarse literalmente como una indicación del tipo de atracción que ejercía Perón sobre sus partidarias.

El antiperonismo, tanto en la entrevista contemporánea como en la literatura de la década peronista, le ha atribuido a las masas argentinas una violencia tan básica para su naturaleza como su difundida sexualidad. Los antiperonistas de hoy, que describen a los vastos grupos de argentinos que viven en viviendas precarias como naturalmente alcohólicos y violentos, repiten sin saberlo las ideas de Mosca de 1945, cuando él hablaba de "los salvajes estallidos de las hordas analfabetas estupefactas por el alcohol". La prensa describía a las provincias bajo los gobiernos populares peronistas degeneradas en algo parecido a una contienda general en que eran comunes las peleas con cuchillo al grito de "¡Viva Perón!", sea en los bares de campo o en las casas de gobierno¹⁴.

Los discursos de Mosca fueron más allá en la vinculación de la idea de la violencia de los estratos inferiores de la sociedad con su sexualidad¹⁵. Esta asociación está elaborada en otro cuento, donde un solo antiperonista se encuentra con un grupo de peronistas en la calle. La pandilla lo amenaza con violencia si se niega a gritar "¡Viva Perón!" Simultáneamente, uno de ellos le hace insinuaciones homosexuales. La banda entonces inicia una danza cruelmente sexual en torno de una mujer que les reprocha su ataque al peatón indefenso.

"La danza continuaba: era algo brutal y atractivo; todos mezclados, empujándose unos a otros rudamente, libremente, con las ropas colgando como si les molestara y estuvieran por quitársela o como si estu-

vieran deseando que se les deslizara de encima y cayera al suelo.”¹⁶

En todo el resto del cuento, la víctima evoca con terror el fantasma de las masas peronistas, simbolizado por la mujer que bailaba con un “escote desvergonzadamente bajo”.

Los antirrosistas se anticiparon en un siglo a las ideas antiperonistas de un régimen popular odiado y sus líderes. Una descripción de las ocasiones festivas en época de Rosas como “banquetes y bailes... una especie de bacanal, verdaderas orgías” prefiguró la definición antiperonista de la ocasión en que Perón y Evita Duarte se encontraron por primera vez: “Era un baile, una fiesta, una bacanal”¹⁷. Análogamente, los paralelos con las ideas antiperonistas acerca de la fascinación ejercida sobre las masas por un líder popular aparecieron en relatos de la relación de Rosas con sus partidarios:

“Las mujeres de la plebe amaban a Rosas de una manera casi animal... Más animal, en realidad, porque su adhesión y admiración tenía la misma exuberancia que el impulso a aparearse, y sus breves encuentros populares, las proporciones de la copulación... Retrasadas en todas las actividades intelectuales, las mujeres negras vivían sólo para el ardor de sus formas diversas de admiración física, de lealtad personal, de adhesión casi animal.”¹⁸

Estas afirmaciones extremas distorsionan otros informes antirrosistas¹⁹ a los que se refieren que no contienen ninguna sugerencia de la sexualidad animal acentuada aquí. Pero la prensa de aquel tiempo, en sus intentos por desacreditar a la esposa de Rosas y a otras matronas fede-

rales, imprimía groseros relatos de sus amores ilícitos. El uso de la imagería sexual con fines de propaganda ya existía en el ambiente de Rosas y posterior a éste.

La violencia de Rosas casi supera a todos los otros temas en las acusaciones comunes en sus años en el poder. Los oponentes, pasados y presentes, del federalismo, inmediatamente asocian el nombre de Rosas con El Terror así como con dos de las herramientas más importantes de su implementación, la Mazorca y la Sociedad Popular Restauradora. Tal vez la máxima expresión de la asociación de la violencia con las masas, “la chusma” de la época, continúa formando parte de la educación de muchos argentinos cuando leen el clásico de Esteban Echeverría, *El matadero*. En el cuento, carniceros incultos torturan y matan a un joven aristocrático en medio de la sangre y la violencia del matadero, descrito como el foco del régimen de Rosas²⁰.

Ambos elementos —el sexual y el de violencia— del “impulso casi totalmente fisiológico” de la “masa popular”²¹ reaparecieron en la propaganda dirigida contra el Partido Radical. La crítica contra los regímenes radicales repetían sugerencias de vínculos con la sexualidad y también se concentraban en la violencia.

Diferentes versiones establecían asociaciones similares entre el radicalismo y el sexo. El Partido Radical le debió su éxito a un “misticismo erótico” típico de la cultura de masas argentinas, demostrado en este caso en carteles que proclamaban “Yrigoyen en el corazón del pueblo”. Al mismo tiempo, la corrupción del régimen derivó esencialmente del estado moral de su líder, “que no fue nacido ni criado en el cálido resplandor del honor familiar y ha acostumbrado sus ojos a ver la inmoralidad bajo su techo”. Entre tanto, proliferaba la pornografía, debido no precisamente al movimiento radical mismo, sino a las

causas comunes del radicalismo y a "los excesos de libertad cometidos en la era":

"Todo período de demagogia (no se debe olvidar que la demagogia, gobierno de las multitudes que ha surgido como efecto de una crisis... es el signo de una distorsión de los sentidos morales)... se caracteriza por las exaltaciones, la glorificación de la delincuencia, etcétera... Toma forma la literatura pornográfica." ²²

Los argentinos aún recuerdan en la actualidad la amplia difusión de los relatos de violencia durante el gobierno de Yrigoyen. Recuerdan rumores de asesinos que rodeaban al ex presidente y cometían desafueros por instigación de éste. Las incriminaciones del notorio Clan Radical como sistema muy temido y de gran alcance para el crimen organizado lo describen a éste como un concomitante necesario del radicalismo, omitiendo usualmente el hecho de que operó sólo durante el último año de Yrigoyen en el poder. Una acusación contemporánea del régimen radical diagnosticaba: "Es la iniciación del terror sistematizado; es el asesinato colectivo que está siendo arrojado sobre el pueblo, para oprimirlo mediante el temor". Esta versión reflejaba la descripción de Echeverría del matadero, y preanunciaba el temor antiperonista del caos instigado por el peronismo, afirmando que "la lucha a puñetazos es el desideratum de la democracia de las vivien- das precarias", y que esa forma de disputa estaba reemplazando la deliberación racional en el gobierno mismo ²³.

Los enemigos del Partido Radical y de Yrigoyen mismo asociaban a éstos con la violencia del arrabal, la cultura distintiva de los suburbios de Buenos Aires, en mayor medida que a los grupos o políticos conservadores. Yri-

goyen dominaba a las masas argentinas como el "último caudillo", manipulando hábilmente las "políticas criollas" ²⁴.

Tanto en la conversación como en la literatura, la crítica política argentina explota paralelos entre las descripciones de diferentes grupos y sus líderes. Un relato puede ocuparse de establecer la existencia de una floreciente pornografía no sólo con Yrigoyen sino también con Rosas, mientras otro puede afirmar que todas las dictaduras de la Argentina dependen del "misticismo erótico" ²⁵. Tanto la literatura antirradical como la antiperonista a menudo vinculan la violencia de los regímenes que condenan con la de la era rosista ²⁶. A veces, una mera repetición de incidentes o ideas vinculados con el terror de Rosas es suficiente. De esta manera, tratan de transferir la difamación implicada de una figura a otra; por ejemplo, citando extensamente las acusaciones de Sarmiento contra la era de Rosas en *Facundo*, para denotar la absoluta aplicación de sus descripciones al caso peronista. Análogamente, "el clima de *El matadero*" se convierte en el equivalente del "momento social y político de los años de Perón", mientras que el peronismo pasa a ser "bandas violentas que aparecen en la escena de nuestra lucha para revivir los hechos fatales de la era de la mazorca" ²⁷.

LESA CIVILIZACIÓN

La opinión antiperonista popular sostiene que una de las mayores deficiencias de las masas peronistas es su falta de cultura. Los argentinos se refieren a la cultura como a una categoría que contiene no sólo educación sino, tal vez de manera aun más importante, refinamiento y gusto. Las

acusaciones de carencia de este vago atributo adoptan formas ampliamente variadas. Los antiperonistas narran con tonos conmovidos la historia del bochornoso 17 de octubre original, cuando las multitudes peronistas se quitaban los zapatos y se metían en las fuentes ornamentales de la Plaza de Mayo. O pueden ir más allá, aplicando rótulos tales como el "aluvión zoológico" a los peronistas. Las diferentes versiones tomadas en su conjunto reprochan a las masas de manera más enfática su falta de "buen gusto" y su incapacidad para seguir ciertas reglas de etiqueta y comportamiento que su escasa educación académica o su pobre desarrollo artístico e intelectual²⁸. El antiperonismo contrapone la civilización en general contra el caos, el primitivismo y aun la animalidad, encarnados en el peronismo masivo.

Los antiperonistas revelan el acento que ponen en el gusto en abundantes comentarios en los que denigran la vestimenta de la élite peronista. Ciertos grupos dirigieron cierta cantidad de censura contra una contradicción ideológica implicada por esta elegancia²⁹. Pero los antiperonistas acentúan la falta de gusto y de porte necesario para elegir y lucir los atuendos supuestamente desusados. Los peronistas fracasaban en sus intentos de vestirse de una manera adecuada a la posición en la sociedad que ahora creían suya. El ministro de Trabajo, Freire, un ex trabajador, aparecía en una caricatura antiperonista vestido con un smoking que, afirmaba el texto, procedía de uno de los sastres más aristocráticos de Buenos Aires. Sin embargo, la figura de Freire parecía derrumbarse, se lo veía desaliñado, sin afeitarse, y tenía un gran cigarro que sobresalía en la boca. Se decía que los zapatos de charol que la nueva clase gobernante se había puesto comenzaban a molestar sus pies exageradamente anchos. Cuando un grupo de representantes gremiales almorzó con Eva Perón

en mangas de camisa, la habitual manifestación simbólica de su identidad como "descamisados", un informe antiperonista del episodio los proclamaba "no descamisados; guarangos"³⁰.

El antiperonismo, al realizar su primera campaña contra Perón y sus partidarios, a menudo se sirvieron del simbolismo de la violación, por parte del peronismo, de "la majestad de la cultura" en todas sus formas. Mosca constantemente condenaba a sus enemigos identificándolos con la negación de la cultura y la civilización, términos que él torna sinónimos, aplicándoles epítetos que varían de "hordas analfabetas" a "bajeza moral" y "primitivismo", "salvajismo" y reiteradas acusaciones de barbarie³¹.

Los enemigos de Rosas esgrimían la idea de la falta de cultura de sus partidarios contra éstos de maneras análogas. Menospreciaban a los partidarios populares de Rosas por su bajo nivel intelectual; por su mal gusto y, lo que era peor, por sus intentos de imitar el gusto y el aire de sus superiores sociales; por sus rasgos primitivos que delataban un reciente desarrollo del estado salvaje, o una íntima asociación con éste, que supuestamente aún reinaban en el interior argentino. Estos opositores a menudo presentaban quejas directas acerca del apoyo al gobierno y la participación en él de vastos sectores de la población argentina que habían tenido poco o ningún contacto con la educación formal. En este sentido, "para ser gobernador, la condición más respetable era la de saber cómo cabalgar bien, siendo un domador de caballos"³². Bajo tal régimen, "incluso el lenguaje que se hablaba antes había sido pervertido; circulaban nuevas palabras: toscas, acres, desusadas"³³. Las implicaciones de esto eran amplias en la época:

"Seguir a un pueblo en sus transformaciones fonéticas es descifrar poco a poco el misterio de su alma, su ritmo psicológico.

"Los salvajes no tienen historia, y su lenguaje es tan pobre como sus medios de subsistencia y de bienestar. Generalmente ni siquiera tienen tradición ni memoria; su existencia, en este sentido, no es humana, sino un estado biológico; animalidad...

"En consecuencia, si un grado de civilización mayor o menor implica mayor o menor carencia de las cosas, también implica exceso o escasez de signos representativos; y el uso creciente o decreciente de éstos necesariamente constituye grados de cultura en ascenso o descenso." ³⁴

Los antirrosistas distinguían entre los rosistas que, pretenciosamente y sin éxito, imitaban la cultura y las pautas europeas, y aquellos que carecían por completo de ambas cosas. Las faltas representaban a sectores sociales muy diferentes: los *guarangos*, "el puente entre la plebe y los patricios, como el molusco está entre los invertebrados y los que ya tienen un esqueleto"; y los "gauchos grandes e ignorantes" ³⁵.

La "guarangocracia" vivía para imitar y odiar a los "patricios" y a su supuestamente irreprochable cultura europea. Según la opinión antirrosista, los "guarangos" apoyaban firmemente a Rosas, mientras que los verdaderos aristócratas respaldaban la causa de la oposición. Los moluscos sociales inevitablemente fracasaban en su imitación de los patricios porque sufrían de una innata e irremediable inferioridad cultural, que se revelaba en su "sentido estético, aun grotesco". Tal juicio campea en un clásico de la época, *Amalia*, de José Mármol, mientras que la distinción que implica resurgió casi un siglo más

tarde para diferenciar entre la cultura distinguida de los federales originales y la falta de tal cualidad por parte de los seguidores de Rosas en la posterior escisión del movimiento ³⁶.

Los enemigos de Rosas veían el elemento plebeyo del federalismo como una horda de gauchos, negros y mulatos, prontos a hundir la "civilización" de la cosmopolita ciudad de Buenos Aires. La oposición empleaba conceptos de la inferioridad inherente al mestizo y a la sangre negra como saetas dirigidas a un blanco tan improbable como el rubio Rosas mismo. Los unitarios lo llamaban "mulato" en referencia "no... a su color (¡era tan rubio!) sino antes bien a sus acciones": el prejuicio popular sostenía que el mulato era particularmente indigno de confianza. Esta idea halló tan pronta aceptación en el público antirrosista general que fue tomada literalmente: cuando pasaba a caballo el gobernador, buen mozo y rubio, los circunstancias que creían que Rosas tenía piel oscura a veces preguntaban ansiosamente quién había pasado en medio de tal clamor ³⁷. Se creía que los partidarios de Rosas tenían piel oscura y al parecer, concomitantemente, eran primitivos y animales: "peludos y simiescos, de piel grotesca y tostada, ojos feroces". "Bárbaros y oscuros... sanguinarios y semisalvajes", esos seres amenazaban dominar a sus opositores racionales y civilizados con la fuerza bruta. Cuando ellos gobernaban, la Argentina estaba sometida a los "hambrientos y descamisados" ³⁸.

Los adversarios de Yrigoyen y los radicales afirmaban que éstos trataban en vano de adquirir cultura o que carecían por completo de todo vestigio de cultura o de toda motivación a obtenerla. "Quien concorra a un teatro... podrá clasificar como radical a todo el que esté mal vestido y tenga pelo largo o se comporte de manera grosera o con excesiva humildad". Como la antítesis de

cultura, Hipólito Yrigoyen excluía "toda manifestación de ciencia o arte": "Instilan en él una incomodidad y una desconfianza que no puede superar. Son criaturas de Europa; la cultura europea lo fastidia. Es lo desconocido, el enemigo"³⁹.

El antirradicalismo no definía los conceptos de cultura y civilización, como tampoco lo hacían los opositores del régimen de Rosas o de Perón. Sin embargo, esto también proporciona abundantes ideas asociadas, con implicaciones similares a las descubiertas en los dos casos que se acaban de examinar. Los antirradicales discernían un tipo de formación intelectual y apreciación artística; un comportamiento que atestiguaba "distinción" y "buen gusto"; "detalles de lujo y estética... delicados y nobles epicureísmos que se funden con la belleza y el arte". Los enemigos del poder radical, entonces, incluían valores estéticos en sus juicios políticos sobre bases tales como la idea de "Belleza y Arte como fundamento de la moralidad, la religión y la fuerza de las naciones"⁴⁰.

La oposición calificaba a la atmósfera general bajo el radicalismo como "semianalfabeta", ridiculizando la común asunción del título de "doctor" por todo radical, y en especial por Yrigoyen mismo⁴¹. Los enemigos del yrigoyenismo se tornaron aun más obsesionados con la desintegración del lenguaje bajo su influencia que los enemigos del federalismo. Señalaban las deformaciones gramaticales y fonéticas, que veían como relacionadas con distorsiones ideológicas y estados inferiores de civilización. Todo esto lo asociaban, a su vez, con el criollo y el inmigrante. La nación se hallaba en un terrible brete, donde "todos los vicios... nos separan de la sintaxis correcta, y el régimen preposicional sufre tanto como el régimen institucional"⁴².

Los antiyrigoyenistas, como los antirrosistas y los antiperonistas, se burlaban de los fracasos de los radicales en sus esfuerzos por apropiarse del aspecto exterior de una condición social más elevada que la propia. Una análoga preocupación con la falta de gusto y de porte necesarios para asumir ciertas ropas y manierismos dio origen a insultos que revelaron que la lucha antiperonista y peronista era menos original de cuanto de otra manera hubiese podido ser. Los oponentes del radicalismo acen- tuaban desdeñosamente que cuando Yrigoyen hizo su entrada triunfal en el palacio de gobierno, "los zapatos angostos torturaban sus pies". Unas pocas horas después de que el nuevo presidente hubiese asumido el cargo, el descendiente de una de las familias prominentes de la aristocracia exclamó: "Ha sido terrible... ¡Hemos pasado del esca- pín a la alpargata!"⁴³

Este énfasis en el refinamiento del gusto y del porte transforma al compadrito, figura clave en la estructura de poder y en la violencia que subyacen en el sistema político del período de los comités, en un dandy distinguido por su exagerada imitación de las elegantes clases superiores de Buenos Aires. Como se lo describía en la época, el compadrito, una degeneración del gaucho, intentaba grotesca e inútilmente alcanzar el estado siempre indefinido pero altamente deseable del hombre culto. Una palabra resumía la forma última y peor asumida por el compadrito: era un guarango⁴⁴.

Exaltando la cultura como un fenómeno específicamente europeo, los argentinos definían la falta de cultura como un estado primitivo, que consistía en retroceso, delincuencia y amoralidad. Tanto los caudillos conservadores como los partidarios populares del radicalismo a menudo se acusaban mutuamente de primitivismo. La imagen más bien sobria de la clase media del Partido Ra-

dical actual, promovida por sí mismo y por diferentes regímenes desde la década peronista, desmiente la idea de que sus opositores hayan podido considerar a los sectores sociales que representa como atávicos en algún sentido, y aun menos que hayan podido describir a los radicales con términos tales como "sanguinarios", "bárbaros" y "casi aborígenes". Sin embargo, los radicales aparecían a sus oponentes como la encarnación del primitivismo, como las "hordas" de la barbarie, que supuestamente amenazaban el arte, la ciencia y la civilización misma ⁴⁵.

Sus enemigos veían a estas hordas como "impulsivas y caprichosas", una fuerza de la naturaleza como cualquier otra. Las operaciones mentales de los yrigoyenistas estaban limitadas al instinto, "la magia y el curanderismo", "el sentimentalismo y la nebulosa ideología de los primitivos". Las identificaciones del radicalismo con el alma criolla, con la sangre indígena o con el mestizo y el gaucho, a veces daban una manifestación explícita al racismo sólo implícito en otras partes: ⁴⁶ ¡*Helas!* ¡*Somos también South America* [sic]!... ¡La herencia fatal, convertida en una especie... nos pica desde atrás, traicioneramente...! Tal es... este vergonzoso delito de lesa república y lesa civilización ⁴⁷.

Durante los gobiernos radicales, la oposición aprovechaba las semejanzas que percibía entre el estado de incultura de las multitudes que seguían tanto a Yrigoyen como a Rosas. Mientras algunos objetaban a la similar degeneración del lenguaje, otros construían una especie de genealogía para relacionar el guarango radical o yrigoyenista con el gaucho o incluso el indio ⁴⁸. La similar comparación de los peronistas con las sociedades de negros de la época de Rosas y sus ceremonias religiosas africanas o sus danzas candombe atestiguaban el supuesto

nivel cultural análogo de los dos grupos. Una cita no documentada de Sarmiento diagnosticaba la situación bajo el gobierno de Perón, afirmando: "El bruto Juan Manuel no hubiese sido un ídolo de no haber habido tantos brutos en el país". (La palabra "bruto" en el castellano de la Argentina connota tal vez más que una naturaleza animal, una estupidez agravada por una falta de refinamiento y educación.) Otra comparación entre las eras, incluyendo también al radicalismo, presentaba como equivalentes del cierre de la universidad y la expulsión de los jesuitas en el gobierno de Rosas con el pretencioso uso del título de "doctor" por parte de Yrigoyen y el slogan "Alpargatas sí, libros no" del peronismo ⁴⁹.

En suma, antirrosistas, antirradicales y antiperonistas criticaron a las masas partidarias de sus oponentes con términos análogos. Pero esta descripción de las masas representa más que una semejanza formal basada en la comparación de documentos de las distintas eras. Los argentinos mismos han trazado los paralelos implicados y se han referido a ellos en la literatura examinada acá así como en las conversaciones corrientes; pueden aducirlos y manipular sus asociaciones históricas como símbolos valorados negativamente.

Pero las analogías establecidas de esta manera no surgen en su mayor parte de analogías reales entre grupos, regímenes y eras. Las diferencias sociológicas, políticas e históricas entre los casos implicados impiden la posibilidad de extraer paralelos válidos sobre las líneas sugeridas por las pautas de crítica. Las corrientes de opinión trazaron analogías de contextos altamente diferentes.

Eva Perón puede haber coincidido con esta pauta en su conjunto o proporcionado una conveniente pantalla sobre la cual pudo ser proyectada. Esto puede explicar

el hecho de que ella se convirtiera en un punto focal de odio y en una principal razón en sí misma para el rechazo, por parte de sus enemigos, de las políticas que representaba. La oposición ha rechazado en Eva Perón más que una posición política: ellos han repudiado la amenaza del predominio de un grupo del que se piensa que niega la cultura y la sociedad, sus formas, reglas, jerarquías y valores tales como los antiperonistas los conocían.

7

EVA LA REVOLUCIONARIA

"¡Si Evita viviera / sería montonera!"

Slogan y canto callejero, 1972

La mitología que rodea a Eva Perón contiene imagería explícitamente asociada con un ideal femenino, poder no controlado y liderazgo revolucionario. Los vínculos postulados han aparecido en dos imágenes de Eva Perón que forman esencialmente dos versiones del mismo mito, surgidas del mismo sector social pero de adherentes de diferentes creencias políticas. Pero en la Argentina existe un mito diferente de Eva Perón, que ofrece otras pruebas de estas conexiones simbólicas. Sólo se lo puede entender a la luz de estas conexiones, tal como aparecen en los mitos ya analizados.

Para los peronistas de la izquierda, Eva Perón ha personificado no la afirmación o la negación del ideal femenino, sino al peronismo revolucionario mismo. Los mitos de la Eva revolucionaria no expresan su rol radical

en términos de un ideal femenino. El de ellos es un relato más histórico y circunstancial de su tipo especial de liderazgo revolucionario. Pero utilizan términos similares a los que describen el poder de Eva en los mitos tanto peronista como antiperonista. Las tres versiones asocian un poder no institucionalizado con la emoción, la intuición y el desorden. Las tres versiones vinculan estas características con una mujer y con las masas. Y todas contrastan el dominio espiritual que ejerce la mujer en virtud de estas características con el oficio institucionalizado, la autoridad legítima y el liderazgo racional que le atribuyen a un hombre, Juan Perón.

EVITA PERÓN: REVOLUCIONARIA

Las fuerzas guerrilleras de la izquierda han reconocido a Eva —o a Juan— Perón como la inspiración de su espíritu y su compromiso para la batalla:

“Cuando estamos desalentados, tomamos nuestra fuerza de Eva Perón. Ella es el ejemplo de la revolución; ella es el espíritu revolucionario. Ella ejemplificó la fuerza personal al servicio de la revolución: la dedicación al proceso de cambio, al logro de un objetivo. En todo esto ella es como el Che Guevara. Para nosotros Evita es el espíritu de la guerrilla. Juan Perón es el contenido de la resistencia: luchamos para traer de regreso a Perón, y luchamos con muchas de sus tácticas. Pero estamos luchando por Evita, y para ella.”¹

Para muchos peronistas, Eva, la mujer misma, era el elemento revolucionario dentro de su movimiento: Eva Perón como persona actuaba de una manera como nadie más se animaba a hacerlo. Ella desatendía las reglas, desobedecía el protocolo, quebraba tradiciones con una impunidad como a nadie se le permitió. Ella iniciaba proyectos, alentaba emociones y defendió ideas con una originalidad de la que nadie más fue capaz. El rol que creó para sí se convirtió, al desarrollarse, en una opción dentro del peronismo: al principio un modo posible de acción y, más tarde, con la acción, un concepto revolucionario basado en ella.

Los partidarios de la Eva militante que describen su importancia para ellos y para su movimiento permiten que la relación de acontecimientos y su análisis se trasladen, como por lo tanto sucede en estas páginas. Los informantes mismos dieron las explicaciones, los análisis y los comentarios presentados aquí, con las excepciones de las conclusiones del capítulo y la mención de la compra de armas por parte de Eva. Para estos peronistas, era imposible una separación entre la historia de la vida de Eva y su significación ideológica.

Al explicar la imagen revolucionaria de Eva a los ajenos, muchos peronistas primero la califican para evitar los notorios errores de interpretación que se encuentran entre peronistas y antiperonistas.

Ellos se oponen a toda traducción de la posición de Evita en términos marxistas. El peronismo ha incluido pensamiento y elementos marxistas, y algunos dentro del movimiento han afirmado que la posición de Eva era la “más claramente clasista de la nación” en su época². Pero buena parte del resto del peronismo repudia esta opinión, aceptando las ideas marxistas sólo como aplica-

das a la experiencia peronista argentina y debidamente modificada por ésta.

Los peronistas que ven la relevancia del marxismo de esta manera califican a las ideas marxistas peronistas considerando a aquellos que las sostienen como ni de origen verdaderamente argentino ni de clase trabajadora, y sólo recientemente incorporados al partido. Los peronistas deducen esto de la asociación del marxismo en la historia y la sociedad argentinas con el antiperonismo, en particular, con trabajadores europeos inmigrantes y grupos de estudiantes e intelectuales de clase media y superior, todos los cuales fueron vocingleramente hostiles durante el régimen de Perón. En años previos al regreso de Perón a la Argentina, la izquierda marxista argentina se acercó al peronismo. Pero los peronistas a menudo piensan aún que los miembros marxistas de su partido y algunos de los elementos de teoría que han introducido, no tienen perfectamente en cuenta ni la tradición histórica y cultural que los peronistas consideran verdaderamente argentina y únicamente de ellos, ni los años de experiencia formativa del temprano peronismo y en la posterior resistencia a los siguientes gobiernos antiperonistas.

En respuesta a las afirmaciones de conciencia de clase para Eva Perón, grandes números de peronistas acentúan en la actualidad lo que ven como una de las ideas básicas de su presente ideología tal como se ha desarrollado y clarificado durante los últimos veintisiete años de crecimiento: el movimiento peronista, según muchos de sus miembros y teóricos del presente, es de manera particular un movimiento antiimperialista y por lo tanto no es representativo de una clase solamente, sino de muchas. Para aquellos que adhieren a esta formulación de la ideología peronista, Eva no promovió una revolución

“claramente clasista”. Según esta visión, sus acciones proclamaban en una de sus primeras y más verídicas manifestaciones, la oposición de opresores y oprimidos. Ella basaba su posición no en la teoría sino en la experiencia y en la intuición certera. Pero ahora, dicen los peronistas que comparten esta posición, aquella posición ha llegado a reconocerse como una característica de las naciones en desarrollo y de origen colonial, y por lo tanto como un importante elemento de la realidad en todo el Tercer Mundo. Sus partidarios muy a menudo detectan esta idea en las afirmaciones de Eva en la forma de su defensa de los “descamisados” contra la “oligarquía”.

Algunos peronistas interpretan las acusaciones de Eva contra los “oligarcas” dentro de su propio movimiento como el reconocimiento por parte de ella de que aquellos que no colaboraban activamente en el peronismo revolucionario, por virtud de ese solo hecho se aliaban con la fuerza opositora. Esta fuerza actuaba no sólo contra el peronismo sino, de manera más importante, en favor del capitalismo internacional y su economía imperialista en la que, de acuerdo con esta versión de las ideas de Eva, colaboran significativos sectores de la sociedad argentina.

Los que afirman que la de Eva no era ninguna posición “clasista” ni estrictamente marxista, a menudo basan esta idea en su interpretación de los libros atribuidos a Eva Perón en los que, acentúan, ella destacaba el “espíritu” sobre el origen como los elementos definitorios del conflicto social argentino:

“Para mí, entonces, un descamisado es el que se siente parte del pueblo. Eso es lo importante... aunque no se vista como la gente humilde, algo que es incidental³. Sé que la oligarquía, la oligarquía

del 12 de octubre de 1945 que se reunió en Plaza San Martín, no volverá al gobierno, pero esa no es la oligarquía cuyo retorno me preocupa. Lo que me preocupa es que el espíritu oligárquico pueda retornar en nosotros... y para que esto no ocurra debo luchar... para que nadie se deje tentar por la vanidad, por el privilegio, por la pompa y por la ambición.”⁴

EVITA Y JUAN

La revolucionaria Eva creó una parte esencial del peronismo. Sin embargo, Perón afirmaba haber creado a Eva. Los peronistas aceptaban esta afirmación, pero simultáneamente creen que Perón, en los primeros años del peronismo, fue incapaz de las percepciones y las innovaciones de Eva. En el mito de una Eva militante, los partidarios de los dos líderes resuelven esta paradoja mediante un relato de las historias y los caracteres de Juan y Eva y sus relaciones entre sí.

En esta versión el coronel Juan Perón ya poseía una creciente reputación como brillante estratega militar y político de capacidad en aumento cuando conoció a Evita Duarte. Su vida y su aprendizaje específico desde la época de su adolescencia en una academia militar lo habilitaban para participar en las tradicionales esferas de poder. Sabía cómo negociar y tratar con otros sectores de la sociedad y sus intereses en los términos convencionales. El había comenzado a emplear esta capacidad en la defensa de las clases trabajadoras. Perón demostraba un gran entendimiento intelectual de los problemas de

las masas argentinas, y dominaba los conocimientos teóricos y el talento estratégico necesarios para promover la causa del pueblo.

Pero los peronistas afirman que si bien Perón mismo procedía de una familia humilde, su vida no le había dado la identificación total con las clases más pobres de la Argentina y la empatía con sus problemas que demostró Eva Duarte. Sus partidarios con frecuencia afirman que en los primeros años de su relación con Eva, Perón aún se identificaba básicamente con los modos de acción militares, aunque ya difería con las metas básicas de las Fuerzas Armadas. En ese temprano período de su desarrollo político y personal, aún no podía compartir la total indiferencia de Eva por las tradiciones, formas y reglas establecidas.

En Eva Duarte, continúa esta versión, Juan Perón encontró una joven que aún exhibía las marcas de una infancia constantemente inestable, a veces profundamente trágica. Como Perón, ella era una hija ilegítima de una familia provinciana. Los infortunios personales de ella y los de los argentinos que formaban los estratos inferiores de la sociedad fueron percibidos como similares primero por Eva y más tarde por esas clases más pobres. En este sentido es Evita, la aspirante a actriz, antes que Juan, el cadete militar rescatado, quien en su niñez, en sus luchas de adolescencia y en las vicisitudes de su carrera, sufrió la frustración económica, la impotencia política y la humillación social de la clase trabajadora argentina, y de los más inferiores entre los inferiores dentro de esa clase, los despreciados cabecitas negras del interior. Las tempranas experiencias de Eva agudizaron su innata conciencia social y la convencieron de la difundida injusticia de la sociedad de su país.

Pero estos sentimientos y las conclusiones que la joven Evita extrajo de ellos permanecieron al principio acallados y subordinados a su ambición personal. Para Eva y para muchos en su posición, la ambición desvergonzada, en la forma de prostitución sexual o la descarada manipulación de otros, representaban la única llave para una fuga de limitaciones de la existencia en las que nacieron los argentinos menos afortunados. Muchas jóvenes pueden haber llegado a la capital desde el interior con una análoga confusión de pensamientos y emociones en la mente. Al menos, muchos peronistas creen que eso es probable. Pero también creen que Evita Duarte era diferente: era más inteligente que la mayoría; poseía una sensibilidad más profunda que la mayoría; y fue ella la que conoció y eligió y fue elegida por Juan Domingo Perón.

Perón, con el doble de sus años y experiencia, confirmó sus intenciones, estructuró sus percepciones y le ofreció un canal para su inteligencia, sensibilidad y energía. Sin el efecto catalizador de Perón en su vida, Eva Duarte no hubiese llegado a nada. Ni hubiese entendido ni participado en la acción política o en el poder. De esta manera, aquellos que la siguen como la vanguardia revolucionaria del peronismo de todos modos pueden afirmar que Juan Perón creó a Eva Perón. Ella nació del encuentro de ambos.

En semanas, Eva Duarte ya estaba trabajando para la causa de Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión. Los entusiastas del activismo revolucionario de Eva le reconocen plenamente a Perón el haber dado cabida en su vida y en su política, desde el comienzo, a los elementos representados por Eva Duarte. Él conocía el valor de estos y los reconocía como necesarios: los peronistas están seguros de que, de no haber existido Evita, Perón

habría hallado a otra persona, institución o estrategia mediante la cual incorporar estos elementos en el peronismo. Los peronistas suelen decir que Perón y el peronismo hubiesen sido iguales sin María Eva Duarte de Perón. Pero sin Juan Perón, Eva Perón nunca hubiese existido.

Pero Juan Perón y Eva Duarte existieron; se conocieron; se casaron; y juntos crearon el peronismo. Los peronistas afirman que el proceso no necesariamente debió darse de esta manera, pero fue así. Por lo tanto, no fue sólo un proceso político, sin también personal.

El hecho de que ella le debiera su posición a Perón, de ninguna manera disminuía a Eva a los ojos peronistas. Su actitud, su talento y por sobre todo su intuición formaban una base esencial del proceso político en el que ambos se embarcaron juntos y del rol para el que dentro de este proceso Perón le había preparado. Un militante peronista que denigraba a la tercera esposa de Perón, Isabel Martínez, antes de su regreso a la Argentina con Perón, se mofaba: "Hay, después de todo, una cuestión de materia prima. No importa cuánto se trate de preparar a Isabelita, no hay ningún resultado"⁵.

Y además, la fidelidad de Eva Perón a Perón y al peronismo no la limitaba a obedecer órdenes. Antes bien, los peronistas afirman que ella expresaba su lealtad llevando su concepto del peronismo hasta sus últimas implicaciones, implicaciones que a menudo, en su momento, sólo ella entendía. Esta interpretación sostiene que sólo en los últimos años se fueron tornando gradualmente comprensibles a los peronistas en general muchas de las acciones y declaraciones de Eva, que fueron incorporadas por Perón a su ideología oficial. Muchos peronistas afirman que los términos en que la vida de Eva se interpreta ahora como posición ideológica no hubieran sido entendidos por sus partidarios en vida de ella. Eva Perón,

la mujer, fué así en muchos sentidos ella misma un elemento ideológico que, aunque existía dentro del movimiento, no podía ser integrado en la política peronista de su época.

En opinión de los peronistas militantes, si Eva conscientemente aceptó el rol para el que Perón la modeló, así como la posición subordinada que este implicaba, ella lo hizo porque había llegado a entender su parte. Deseaba y podía desempeñar el rol dentro del movimiento peronista tal como lo concebía y lo conducía Juan Perón. De esta manera, ella formaba parte de Perón, una identidad que nunca traicionó. Nunca se promovió a sí misma ni a su imagen como independiente de Perón, incluso sobre la base de sus proyectos o su poder independientes. Y su primera preocupación y sus últimas palabras fueron para exhortar a sus partidarios a "Cuidar a Perón".

La imagen de la revolucionaria Eva, entonces, implica cierta relación entre las orientaciones aparentemente distintas de los dos líderes: la diferencia entre Eva y Juan Perón no reflejaba ninguna discordia básica, ideológica o de otra índole, sino antes bien una sencilla división del trabajo. Juan Perón asumía las actividades administrativas, gubernamentales, del estratega de partido, mientras que Eva ponía en práctica y protegía las interpretaciones más radicales de la ideología peronista. Sin contradecir la cooperación y los compromisos de Perón con los mismos sectores que ella rechazaba, Eva asumía el rol contrastante, característico de ella, de la representación de las masas así como la oposición a elementos burocráticos y conservadores del peronismo. Perón permitía que Eva, bajo su liderazgo, dominara en las áreas en que su acción era apropiada. De estas áreas, ella sentó precedentes que nunca pudieron ser ignorados

y cuyas implicaciones representaron una opción ideológica particular dentro del movimiento.

El rol de Perón era necesario para la supervivencia práctica del movimiento; el rol de Eva era esencial para su continuo progreso. Debido al genio político de Juan Perón, ambas posiciones podían coexistir en el partido y el peronismo pudo aprovechar ambas tácticas.

Pocos peronistas, como ellos mismos acentúan, afirman haber analizado completamente y entendido como fórmula coherente a la ideología peronista o la estrategia peronista. Eva, con su fuerte personalidad y su capacidad para la innovación, hizo un lugar en el movimiento para el cuestionamiento continuado y el cambio en una dirección particular, así como Perón hizo lugar para el liderazgo estratégico en marcha en un estilo particular y hacia un objetivo particular. En parte, la ideología de Eva y la estrategia de Juan pueden analizarse. Pero queda otra parte de cada uno para las cuales los seres humanos contradictorios y originales, Eva y Juan, sus personalidades y los acontecimientos que cada uno vivió, son totalmente responsables.

Los peronistas, entonces, a veces afirman que Eva Perón es ideología peronista de la misma manera en que Juan Perón es estrategia peronista. Mucho antes de que alguien elaborara análisis del rol de Eva y los rotulara como ideologías, el peronismo revolucionario intuitivamente había imitado e invocado a Eva Perón, la persona que ella fue y la militancia que vivió, hasta que se convirtió en la inspiración de la revolución peronista.

Mientras su relación con Perón aún se estaba formando, relatan los partidarios de la Eva militante, los sucesos del 17 de octubre de 1945 contribuyeron de manera significativa a la creación de Eva Perón como figura

revolucionaria. La primera demostración masiva en apoyo de Perón marcó ese día como fundamental para la historia peronista. Ese día, manifiesta esa versión, Eva se dedicó por completo a las masas trabajadoras del naciente peronismo; y ese día surgieron las condiciones para el desarrollo de las fuerzas dentro del peronismo mismo que se opondrían a ella en su representación de los pobres.

Toda la Argentina recuerda al 17 de octubre como la fecha en que las masas irrumpieron en las esferas del poder político de la nación. Había nacido una nueva clase de participación en la vida política en general. Pero algunos peronistas creen que una burocracia crecientemente oportunista también comenzó ese día a corromper el movimiento, usurpando gradualmente el lugar de las masas.

Sus partidarios expresan poco interés en el rol exacto de la joven novia del nuevo líder popular de la Argentina en el rescate de éste del exilio el 17 de octubre. Algunos afirman que fue ella la que organizó la vasta demostración de los trabajadores de Buenos Aires que se reunieron ante la Casa de Gobierno, dejando las fábricas y sus trabajos un día antes de la recientemente fijada huelga general, para exigir la libertad de su héroe, Perón. Algunos creen que ella sólo participó, como todos lo hicieron, anónimamente en las calles, una más entre los miles que se dirigieron a la Plaza de Mayo. Cualquiera que sea el nivel de su participación, la significación del día en su vida sigue siendo el mismo en el contexto de su imagen revolucionaria.

Esta experiencia formó la convicción básica, manifestada en la posterior carrera política de Eva, del poder y la pureza de la lealtad activa que un pueblo puede ofrecer a un líder. Ella y las jubilosas multitudes de ese día

descubrieron con las nuevas lealtades una nueva manera de defenderlas, y con los nuevos objetivos, una nueva manera de lograrlos. Habían descubierto un modo de acción anónimo pero agresivo, que iba a identificar a una Evita y a una masa partidaria del peronismo que desde ese momento ocuparon posiciones en el frente de su movimiento.

"Ella aprendió de esta manera", afirmó un vocero de los sacerdotes del Tercer Mundo, "cómo un pueblo, un líder y una fe nacen y se hacen... Ella y los que la acompañaron salvaron a Perón y al peronismo, pero sólo porque apostaron a la combatividad del pueblo, una combatividad que en aquel momento parecía ilusoria e imposible". En otras palabras, un obrero peronista hizo la misma declaración: "La significación del 17 de octubre para Evita está en su decisión y capacidad para confiar en su clase, para depositar la confianza en la clase trabajadora. Ese fue uno de sus roles más grandes".

Para los proponentes de la revolución peronista, el 17 de octubre simbolizó hoy las debilidades y las fuerzas inherentes al peronismo en su nacimiento. Para ellos, la revolución duró un sólo día. Consideraron su éxito demasiado fácil, lo que permitió la temprana burocratización del movimiento, una faceta negativa que consideran que marcó toda la historia posterior del peronismo. Cuando dedicó sus energías a la participación en el mismo sistema que trató de cambiar, el peronismo se debilitó e incluso se corrompió desde el comienzo. El peronismo revolucionario, a menudo clandestino, acusa a los peronistas ortodoxos de permitir su inclusión en el sistema electoral para obstaculizar su desarrollo ideológico, y en algunos sentidos para estancarlo por completo.

El relato de Eva como revolucionaria continúa diciendo que estas debilidades, una práctica y la otra ideo-

lógica, dieron especial significación a la identificación de Eva Perón con los trabajadores peronistas.

Prácticamente, ellos quieren significar que mientras su esposo debía asumir la tarea de gobernar conciliando y desplegando las diferentes fuerzas, intereses contradictorios e ideologías representadas entre sus partidarios, la representación de los trabajadores por parte de Evita se tornó exclusiva e inflexible dentro de un movimiento cuya estructura oficial ya no era exclusiva e inflexiblemente de ellos. Para los sectores militantes de las masas de trabajadores que formaban el apoyo popular del peronismo, Evita a menudo representaba más que una persona que actuaba en defensa de ellos: para estos corporizaba el principio peronista institucionalizado con este fin. Su misma presencia garantizaba los derechos de ellos, y el hecho de que fuera la esposa del líder del partido garantizaba su presencia. Así, los deberes característicos que ella asumió y su modo especialmente militante de desempeñarlos formaron una parte integrante del movimiento: un modo específico de representar agresivamente los intereses particulares de los estratos inferiores de la sociedad argentina. Estos intereses no coinciden con frecuencia, creen, con los de la clase de los líderes sindicales y los burócratas del partido que se hicieron cargo del centro sindical, la C.G.T., durante los años de la dominación peronista de la escena laboral. "En su representación de los trabajadores, Eva Perón era en sí misma una institución completa y separada", afirmó un activista intelectual del peronismo de las bases, un grupo clandestino que se identifica como una organización de base, "ella era todo lo que la C.G.T. debió haber sido pero nunca fue. La C.G.T. es una traición, una farsa".

Para los peronistas que suscriben a la imagen de una Eva revolucionaria, las debilidades de la burocratización

implicaron que la total identificación de Evita con las masas y la manera en que ella vivía esta posición constituyeron sus mayores contribuciones al peronismo. Los peronistas piensan hoy que Eva actuó como una fuerza radicalizadora en una época en que el movimiento no contenía ninguna manifestación formal de ideología radical. Esto estaba en aparente contradicción con el resto del movimiento que, en esa época, se embarcó en una política de coexistencia, así como de conciliación, con los elementos conservadores de dentro del movimiento mismo y de fuera de éste.

Los relatos de Eva como la más radical de los elementos revolucionarios peronistas describen su posición de identificación con la causa de los trabajadores y de inflexible e incesante defensa de éste como una posición solitaria ni siquiera compartida con Perón mismo. Perón defendía a este sector de su partido de otra manera: mediante canales oficiales, debía zanjar y negociar con otros grupos para llegar al objetivo final de defender y promover el progreso de las masas. Él nunca arriesgaba los intereses de la clase trabajadora, en cuyo beneficio había hecho todas las negociaciones. Pero Perón, a diferencia de Eva, solía negociar.

Hoy, pensando retrospectivamente, los peronistas que se consideran parte de la vanguardia ideológica de su movimiento sugieren que una gran parte de la importancia de Eva deriva de esta posición especial con relación a Perón. Creen que en los años formativos de la historia del peronismo virtualmente nadie del partido, ni siquiera Perón, pudieron introducir o desarrollar los elementos de la posición ideológica que Eva puso en práctica con creciente convicción y originalidad día a día. Tal versión señala que la izquierda argentina se había aliado tempranamente con el antiperonismo, debido a motivos

culturales así como políticos. Esto, continúa, dejó al nuevo movimiento trabajador con pocos teóricos y aun menos miembros preparados para ser receptivos a la teoría de una izquierda radical, aun cuando éste hubiera existido como hoy existe dentro del peronismo. Las masas peronistas no siempre pudieron entender las formulaciones de los movimientos socialista o comunista, que parecían basarse en ideas y experiencias ajenas a muchos argentinos. Pero ellos pudieron entender e identificarse con la experiencia de vida de Eva Perón y de esa manera pudieron seguirla en su militancia intuitiva que se desarrolló gradual y naturalmente a partir de su pasado y su personalidad.

PODER NO INSTITUCIONALIZADO

Inmediatamente después del 17 de octubre, Juan Perón y Eva Duarte se casaron. La actitud de Perón hacia su joven esposa consistió en una posición política, y los peronistas que defienden la alternativa militante de Eva dentro del peronismo la interpretan como tal. Recuerdan que él no hizo un secreto de su inaceptable relación con un tipo inaceptable de mujer. Él no sólo la convirtió en su amante frente a la abierta desaprobación de sus colegas militares; le dio un empleo y la alentó a que siguiera sus propias intuiciones nada convencionales. Cuando más tarde la convirtió en su esposa, confirmó y llevó adelante su actitud inicial. Al asumir la presidencia, Perón permitió que su esposa afirmara que dondequiera que ella apareciera con sus iniciativas e ideas no ortodoxas, debía ser recibida como incondicionalmente apoyada por Perón

y su poder ortodoxo e irrefutable. "Dondequiera que yo esté" podía afirmar la rubia teñida de veintiséis años en su sencillo castellano, "Perón está presente". Y como él nunca contradijo ese desafuero, Perón admitió que Eva, sus impulsos y sus acciones eran parte de sus propias políticas cuidadosamente calculadas.

El peronismo revolucionario de Eva Perón surgió, entonces, de la experiencia de una juventud y una temprana adultez como las de las masas trabajadoras, una percepción intuitiva especial de la naturaleza humana y la injusticia social, una personalidad violentamente extremista y una singular cadena de acontecimientos circunstanciales. En estos términos explican algunos peronistas su liderazgo especial de los sectores militantes de su movimiento. Sopesan todos estos elementos —planificados y fortuitos, personales y políticos, históricos e ideológicos— como factores de igual importancia y orden similar. Debido a esto, algunos peronistas critican el análisis de la ideología de Eva Perón como un esfuerzo erróneo de los sectores intelectuales del peronismo solamente. Creen que la "ideologización" de ella es una influencia deshumanizadora que no puede aprehender su riqueza personal y política.

Para los peronistas que sostienen su naturaleza revolucionaria como ejemplar, el distintivo enfoque de Eva Perón de la vida en su conjunto tuvo una parte más importante en la formación de su posición radical que la mayoría de sus acciones o formulaciones de ideas específicas. Sus partidarios, cuando se refieren a la militancia de Evita, con frecuencia no piensan en ciertos hechos o doctrinas conscientemente planificados, sino más bien en su carácter de vida en general. La importancia relativamente pequeña que le otorgan a su compra de armas y a sus planes de armar a los trabajadores ilustra esta

actitud. El pueblo argentino ha tenido acceso en los últimos años a los hechos de un aparente intento por parte de Eva, en su lecho de muerte, de armar una Milicia de Trabajadores. A un ajeno esto parece ofrecerle la evidencia definitiva de la posición radical de la Primera Dama peronista. Sin embargo, el incidente no ha funcionado como esencial para la imagen de una revolucionaria Eva Perón, aunque su creciente difusión en muchos libros y artículos en los últimos años puede finalmente incrementar su importancia. No obstante, es significativo que a principios de 1972, los peronistas militantes de entre los trabajadores de fábrica que estaban convencidos del carácter y el rol revolucionario de Evita no conocieran el incidente y además se negaran a creerlo.

Los peronistas a menudo expresan su conocimiento del hecho de que el rechazo antiperonista de la política y la ideología peronista pudo no haberse tornado total e incluso violento si Eva Perón no hubiese existido como un elemento intolerable en la fachada apenas tolerable de Perón. El antiperonismo, según esta idea, hubiese soportado a Juan Perón. Su educación era tradicional; su rango era aceptable; su camino al poder, en su mayor parte, fue convencional. Su estrategia política tendía a utilizar canales y categorías normales. Pero "esa mujer" era intolerable, y su pasado imperdonable: ella venía directamente de una profesión, una familia y toda una vida que representaban valores no redimidos por la preparación o la participación en las jerarquías tradicionales y en chocante contradicción con los valores de la sociedad establecida. La cuestión de si Eva deseó alguna vez o no ser aceptada por la sociedad argentina, los miembros de la izquierda radical del peronismo la consideran poco importante porque creen que tal aceptación hubiese sido

imposible. Eva Perón, creen, no podía negar su pasado; y la sociedad argentina no podía olvidarlo³.

Y, agregan, mientras Eva no podía cambiar su pasado, no deseaba cambiar sus presentes lealtades. Una cosa o la otra tal vez hubiera podido ser regañosamente aceptada; ambas eran anatema. Ella hizo obvio para sus enemigos que el peronismo toleraría las profesiones inferiores, la más conmovedora falta de educación, los antecedentes familiares menos aceptables. Los peronistas que suscriben a las versiones de la vida de Eva que la describen como una revolucionaria, afirman que el anti-peronismo había supuesto que Perón mantendría esos elementos bajo control. Él podía darles derechos a los trabajadores, pero a los trabajadores honorables, los que habían sido asimilados en la sociedad establecida mediante los canales de la educación, las pautas burocráticas, los procesos electorales, las posiciones institucionalizadas⁴. Eva Perón destruyó esta ilusión.

Para los antiperonistas ella representaba los elementos más despreciados de las masas trabajadoras, y sin embargo Perón, lejos de mantenerla bajo control y de obligarla a ajustarse a las normas establecidas, permitió que irrumpiera en las más altas esferas del poder. Allí Eva ejerció una autoridad vista como ilegítima porque aparentemente era incontrolada y conspicuamente no institucionalizada. Dondequiera que aparecía Eva Perón, aparecía con ella el peligro de que la clase de pueblo que representaba también se instruyera. Esta intrusión era completamente inaceptable para los sectores tradicionales de la sociedad argentina, en especial el militar y el aristocrático, y Evita estaba espectacularmente separada de las fuerzas convencionales del centro así como de las tendencias más conservadoras de la derecha. Debido a esto

Eva Perón, y todo el movimiento peronista —del que era imposible disociarla— quedó en una posición crecientemente radical.

GUARDIANA DE LA PUREZA

Los peronistas que ven a Eva como a una revolucionaria recuerdan que la Eva que ellos tienen en cuenta y el proceso de radicalización que suponen que ella inspiró no fueron bien recibidos en todo el movimiento peronista. Recuerdan la creciente violencia de los discursos y escritos de Eva, en los que se proclamaba la vigía de la revolución peronista. Pero según sus partidarios revolucionarios, ella era el bastión más seguro no sólo contra el antiperonismo sino también contra las traiciones a la causa peronista dentro del movimiento mismo.

Su rol como vigía, que hace guardia para mantener la pureza de la revolución, recibe cuidadosa atención y elaboración en las versiones peronistas militantes de su vida. Estas versiones a menudo describen su rol en términos de su personalidad. Por ejemplo, se creía ampliamente que Eva era mucho más escéptica acerca de los seres humanos en general de cuanto lo era su esposo. En esta interpretación, Juan Perón, que era el teórico y el estratega de su movimiento, juzgaba a la gente sobre bases lógicas y prácticas, y se interesaba de manera especial en la utilidad de la gente para el peronismo. En contraste, Eva exhibía una notable intuición acerca de la gente que la rodeaba y basaba sus conclusiones sobre el valor de cada persona en los sentimientos antes que en consideraciones racionales. En su entusiasmo casi re-

ligioso —que ella misma rotulaba orgulosamente de fanatismo— por los fines de un movimiento “puro”, juzgaba a los peronistas no tanto por su utilidad sino por su fidelidad al movimiento y a Perón. Confiando en su intuición, a menudo Eva acusaba a los mismos grupos a los que Perón simultáneamente conciliaba y utilizaba¹⁰.

Su mismo fanatismo e intransigencia provocaba resistencia entre los grupos del peronismo a los que se oponía. Para muchos, fue esta resistencia la que modeló los acontecimientos de la vida de Eva después del 17 de octubre de 1945. Ellos afirman que los peronistas “cómodos” —miembros del partido de clase media, muchos líderes sindicales y la vasta burocracia del partido— temían su extremismo. Se dice que aun cuando utilizaban a Eva con fines de propaganda, su resistencia se tornaba más enérgica y obstinada. El resentimiento crecía a medida que Eva participaba más y más directamente en la política peronista, influyendo en el liderazgo, en los objetivos de la acción y aun en la orientación ideológica básica de todo el movimiento. Muchos peronistas sugieren hoy que la gente de dentro del movimiento bloqueaba los proyectos e ideas de ella. Eva, dicen, no se intimidaba sino que se mostraba más osada en sus advertencias en contra del espíritu oligárquico dentro del peronismo mismo, advertencias que se han convertido en los pasajes más recordados y más a menudo citados de la obra de Eva Perón.

RENUNCIAMIENTO

El conflicto se puso de manifiesto brevemente durante el episodio del renunciamento, cuando Evita recibió la nominación como candidata para la vicepresidencia y luego la

declinó. Algunos peronistas, al explicar su rechazo, les dan igual importancia a los habituales relatos de la presión de los militares y a nuevas versiones de resistencia e incluso intriga entre la burocracia y la clase media peronistas. Otros ven a estos grupos opuestos como fuerzas latentes en una lucha continuada que se tornó obvia en el renunciamiento. En esa época, según estos relatos, se hizo una ruptura final y las partes iniciaron un enfrentamiento que duraría hasta más allá de la muerte de su protagonista principal.

Ninguna de estas interpretaciones sugiere que hubiera sido deseable que Eva ocupara la vicepresidencia. Antes bien, los peronistas que impulsaban a su movimiento a la revolución condenan la idea de que Eva institucionalizara su significación dentro del peronismo asumiendo un puesto convencional en una burocracia convencional. Tal nombramiento hubiese tornado obvio el hecho de que un Partido Peronista había dejado atrás la espontaneidad original del movimiento peronista. Muchos creen, por lo tanto, que con el renunciamiento, Eva declaró su identidad revolucionaria en su forma más madura y convincente. Su abierto alineamiento con los trabajadores y su causa manifestó definitivamente la naturaleza radical de su versión del peronismo. Aunque entre los peronistas radicales existen diferencias de opinión, respecto de si Eva pudo haber elegido libremente o no aceptar o rechazar la candidatura, sus interpretaciones de los resultados del rechazo final del honor y el cargo en general coinciden. En el renunciamiento, afirman estas versiones, el proceso iniciado el 17 de octubre de 1945 llegó a un clímax: una burocracia conservadora y obsecuente finalmente se impuso en el partido como institución, y la identidad de Eva Perón se mezcló con la de las masas anónimas que no estaban representadas en la sociedad argentina y sólo mal representadas

en el movimiento peronista. Muchos de sus partidarios de hoy proclaman a estos procesos, completados en 1951, como claves para la figura de Eva Perón y su significación. En aquel momento, afirman, ella renunció a todas las ambiciones y pretensiones al cargo burocrático y el poder institucionalizado. Nunca más pudieron sus enemigos acusarla de ambición. Su sacrificio la ubicaba irrefutable y eternamente junto a sus partidarios en el conflicto intrapartidario, que ha crecido en intensidad con los años. Eva Perón no deseaba nada. Más importante, no *era* nada: ella renunció a su derecho al poder y la posición y regresó al anonimato de sus amados descamisados.

Menos de un año más tarde moría y la corrupción dentro del peronismo escapó al control. Los elementos burocráticos y oportunistas pasaron a una posición de importancia, que sostuvieron hasta la caída de Perón en 1955. La ideología de Eva Perón sufrió el destino de su cadáver: la pureza de su peronismo fue violado y hecho a un lado, sólo para ser devuelto tras muchos años de penurias y violencias purificadoras.

CONCLUSIONES

La imagen de una revolucionaria violenta y agresiva parece estar en directa oposición con el ideal que ubica a las mujeres en un trono doméstico exclusivamente femenino, desde el cual ejercen un poder ajeno a las formas del cargo público y el pensamiento racional. La guerrera Eva no sentía ninguna necesidad de alejar su acción del ámbito público ni de encubrir la realidad de su poder detrás de una fachada de domesticidad femenina. Pero sin

embargo sus partidarios la describen en términos de femineidad más ortodoxa: temas de pasividad, abnegación, emoción e irracionalidad, así como falta de poder legitimado o institucionalizado, se observan en las imágenes de la heroína revolucionaria.

En sus relaciones con su esposo, el líder, así como con los partidarios peronistas, el rol de la revolucionaria Eva Perón era pasivo. Perón la formó, utilizando las cualidades singulares de ella; las masas revelaron un modo de acción para ella el 17 de octubre y así proporcionaron su distintiva identidad. Su modestia ante su esposo y sus partidarios, y su sacrificio por ellos, llegaron a su culminación, como lo manifiestan explícitamente los militantes peronistas, en el renunciamento al cargo de vicepresidenta. El renunciamento tenía otra significación: Evita elegía un rol no oficial dentro del peronismo, confirmando el hecho de que no podía ni deseaba poseer el poder institucionalizado ni la autoridad legítima. Esto lo había expresado largamente en su acción orgullosamente emocional, desordenada y "fanática"¹¹, en contraste con el uso calculado y científico por parte de Perón de las formas tradicionales del poder oficial.

Tres elementos del ideal femenino convencional no aparecen elaborados aquí, pero pueden ser significativos en su ausencia. Las descripciones de la Eva revolucionaria no acentúan su naturaleza maternal, su belleza o su castidad. Se puede suponer que la idea de maternidad, asociada con una esfera enteramente doméstica, removería a Eva del rol de compañera en la batalla y de la escena pública en que la acción debía tener lugar. Como compañera en la guerrilla, Eva carecía de cualidades infantiles y santas. Sin embargo, la misma ausencia de énfasis en su aspecto físico aumenta la impresión de ella como un ser asexual y, consistentemente, no se acentúa su pureza

sexual. Las ideas acerca de la relación con su esposo refuerzan esta impresión: se las formula en términos de compañerismo y a menudo se las expresa en un idioma enteramente ideológico.

Además, el rol de Eva como vigía de la pureza del movimiento peronista es relevante. Las versiones de la Eva revolucionaria no designan este rol como claramente femenino. Sin embargo, no se lo puede ver aisladamente de la definición de un rol similar como el dominio especial de la femineidad en los mitos del peronismo ortodoxo, que describen el mantenimiento de la moralidad del hogar como tareas especiales femeninas.

Los peronistas que suscriben a la imagen de una Eva militante a menudo incorporan elementos de ésta en su propia conducta. La sumisión pasiva a Perón en la esperanza de que él, en sus enigmáticos manejos desde Madrid, estructurara y empleara las cualidades especiales de ellos, era una actitud que se hallaba con frecuencia en el peronismo revolucionario. Los radicales de esta persuasión veían esta situación como similar a la de Evita: su contribución especial era rechazada por otros sectores del movimiento pero aceptada por Perón mismo, que la entendía aun mejor que aquellos que la ofrecían.

Los nuevos militantes peronistas, con frecuencia intelectuales, desechaban la mayoría de los símbolos de status de la propaganda del peronismo ortodoxo. Pero conservaban ideas de una Eva Perón intuitiva y emocionalmente fanática y de una respuesta popular a ella igualmente intuitiva y emocional¹². Ellos afirmaban que su actitud hacia el fenómeno de Eva no se basaba en un reconocimiento intelectual de la posición ideológica de ella, sino en una comprensión instintiva de los rasgos de la personalidad y el estilo emocional de la mujer: "No se puede

analizar a Eva Perón". Los académicos profesionales de los nuevos rangos del peronismo izquierdista asumieron esta actitud, cuestionando sus propias carreras, e interpretando muy literalmente el popular slogan peronista "¡Alpargatas, sí! ¡Libros, no!" Las ideas de Eva carecían de importancia en la medida en que ella no hizo ninguna formulación importante de las mismas. Sus partidarios emulaban su ejemplo personal; no estudiaban su doctrina.

El peronismo de izquierda, entonces, rechazaba las instituciones y planes oficiales, metódicos y "racionales" y adoptaba el modo emocional e intuitivo de acción que creía que era el de Eva, además de ser característico de sus partidarios. En todo esto los adherentes de la Eva revolucionaria, como aquellos que creen en la Dama de la Esperanza o en la mujer del Mito Negro, vinculan estos rasgos con una mujer y con las masas. Asocian un poder no institucionalizado basado en esos rasgos con el liderazgo revolucionario.

La imagen de Eva como revolucionaria, que recombina los elementos del ideal femenino de su cultura, ofrece más que una nueva opción para las mujeres. Estos factores, personificados por la imagen de la guerrera radical y asociados con la femineidad en otros contextos, definen un rol explícita y absolutamente disponible para los hombres así como para las mujeres. Esta Eva Perón no opta por ninguno de los tipos de poder sugeridos como característicos de las mujeres. Ella ni entra en un rol masculino ni en un mundo exclusivamente masculino; no explota una posición doméstica ni emplea singulares cualidades femeninas para acentuar sus diferencias con los hombres. Utiliza atributos definidos culturalmente, característicamente femeninos, como una base para el poder en un rol accesible a hombres y mujeres, y puede hacerlo porque la definición de un rol revolucionario incluye elementos

congruentes con los valores femeninos. Como líder emulada en este rol, sea que lo cree o lo descubra, una mujer recluta seguidores tanto femeninos como masculinos. Sin acentuar su singular identidad femenina y sin entrar en un mundo masculino, ella abre para sí la posibilidad del poder no encubierto.

CONCLUSIONES

Es posible que muchas culturas relacionen imágenes de la naturaleza femenina con ciertos tipos de poder místico y con roles revolucionarios. Este trabajo ha investigado en detalle un caso que demuestra tal lógica simbólica.

La Dama de la Esperanza y la mujer del Mito Negro hacen afirmaciones positivas y negativas del mismo ideal femenino. La mujer que satisface este ideal halla su acción limitada a un ámbito doméstico y a un modo irracional. Dentro de estos límites, todo poder que ella pueda ejercer también está fuera de las estructuras formales de la sociedad y de la razón. Ambos mitos, directa o indirectamente, elogian a la mujer cuya sexualidad femenina le proporciona su identidad y sus objetivos esenciales en la vida. Sin embargo, como éstos están limitados a las vocaciones de esposa y madre, ella debe guardar cuidadosamente su pureza. Sus impulsos físicos o sus concomitantes emociones la conducen al hombre que le confiere roles de esposa y de madre, y que dado el continuado amor de ella hacia él, la dirige en éstos y en todos los otros aspectos de su existencia. Sus sensibilidades emocionales y su intui-

ción especial gobiernan su certero gusto y sensibilidad a la belleza, y en respuesta a ellos cultiva las artes y su propio aspecto. Debido a su femineidad, entonces, depende por completo del instinto y la emoción, y en consecuencia de su esposo y de las decisiones de éste. Ni su propia mente ni los protocolos y reglas de la sociedad fuera de su hogar la motivan o la dirigen. Su presencia refleja todos estos aspectos de su femineidad quintaesenciada. Su rostro y su figura expresan dependencia y pureza infantil, mientras que su porte y su elegancia no pueden aprenderse y sólo pueden ser la consecuencia del gusto instintivo.

El Mito Negro hace su afirmación de este ideal condenando explícitamente a una mujer que expresa su opuesto. Activa y agresiva, tal mujer también es movida por impulsos irracionales, pero al ser incontroladas, sus emociones surgen sólo con violencia y en gratificación de sus instintos bestiales. Éstas la conducen a una promiscuidad escandalosa, la negación de la domesticidad casta; al flagrante descuido de la formalidad y el rango. Ella es groseramente incapaz de comprender los matices delicados de la cultura, los ámbitos del buen gusto y las bellas artes. Todos sus esfuerzos por ocultar su verdadera naturaleza no pueden compensar su falta de sentido estético o de pureza: nada es suficiente para tornarla encantadora.

Inherentemente implicada en la domesticidad, ajena al cargo, la estrategia y aun el intelecto, la mujer ideal ejerce poder, pero sólo un poder calificado por esta definición de femineidad. En esta posición, esta mujer tiene una influencia que está más allá del análisis: no política, sino espiritual, mística, irracional. Cuando está adecuadamente ubicada en una situación doméstica, la naturaleza física y emocional de una mujer ejerce una influencia benéfica sobre su familia inmediata, o sobre esas personas, sean éstas cuantas fueran, que se relacionan con ella como

miembros de su familia inmediata. En el contexto doméstico, los hombres pueden limitar la sexualidad de ella. Pero si una mujer rechaza su vocación doméstica y con ella el control masculino sobre su sexualidad, entonces su poder, fuera de control, se torna ilegítimo y maligno.

Porque no se puede analizar y está directamente relacionado con el instinto y la emoción, este poder, sea bueno o malo, atrae y fascina a esos sectores de la sociedad a los que se cree incapaces de análisis intelectual debido a su propia sujeción total a los impulsos físicos y emocionales. En lugar de una razonada adhesión política, las masas ofrecen una adoración mística y fanática a la mujer que ha impuesto legítima o ilegítimamente su poder sobre ellas. Dado que ejerce una influencia que no le debe nada a las formas sociales existentes y atrae una adherencia marginal a estas formas, tal mujer es una revolucionaria por definición.

El mito de la revolucionaria Eva Perón no la define a ella como a la encarnación del ideal femenino. Pero sí la describe en términos que recuerdan a la mujer ideal en los mitos aceptados por el antiperonismo y la ortodoxia peronista. Esta mujer depende de sus emociones e instintos para que la conduzcan a aceptar la guía de su esposo o, en otros momentos, de su pueblo. Aunque no está confinada a la escena doméstica, ella sacrifica cargos y honores. Actúa fuera de los sistemas y las categorías de la sociedad y del análisis intelectual, atrayendo a partidarios que obedecen a la intuición y la emoción, no a la razón, para luchar a su lado. El mito puede desenfaticar su femineidad, pero no es ningún accidente que esta revolucionaria sea una mujer.

En las imágenes examinadas, los tres elementos vinculados de manera consistente —femineidad, poder místico o espiritual, y liderazgo revolucionario— exhiben un tema

subyacente común. La identificación con cualquiera de estos elementos pone a una persona o a un grupo en los márgenes de la sociedad establecida y en los límites de la autoridad institucionalizada. Cualquiera que pueda identificarse con las tres imágenes pretende de manera abrumadora y resonante un dominio a través de fuerzas que no reconocen ningún control en la sociedad o en sus reglas. Sólo una mujer puede corporizar los tres elementos de este poder. En ello puede residir la clave para la significación central de Eva Perón para las clases medias argentinas.

Pero Eva aun puede pretender su dominio sobre las fuerzas que la sociedad no puede abarcar. En la época en que desarrollé estas investigaciones, los argentinos —tanto sus enemigos como sus partidarios— veían no sólo a una mujer. Veían un cadáver. El reiterado énfasis en las diferentes versiones de su muerte y en la constante preocupación por el destino de sus restos, eran inescapables. El hecho de que el cuerpo de Eva no hubiera sido sepultado era una cuestión importante y perturbadora para políticos y grupos populares; mientras que la propaganda oficial abiertamente explotaba los paralelos con la hagiografía cristiana.

Los occidentales no tienen necesidad de volverse hacia otras culturas para hallar ideologías que interpretan la muerte como fuente de poder y como signo de proximidad con lo divino. Tales conceptualizaciones de los ritos funerarios y de iniciación de las culturas no occidentales¹ se han utilizado para iluminar ideas análogas en las tradiciones cristianas de Occidente. En su martirio, Eva se asocia con el poder espiritual en la forma de la santidad que el cristianismo le otorgaba a sus mártires en su lugar predestinado en compañía de los santos. Su cuerpo intacto se asemeja al símbolo idéntico de santidad y triunfo sobre la muerte de otros santos y mártires². Incluso en sectores

sociales no sensibles a la propaganda peronista, o en aquellos no asociados con la Iglesia (como en el caso de algunos de los adherentes al mito revolucionario de Eva), sería difícil, dada la influencia del catolicismo romano en la Argentina, que estas asociaciones no tengan cierta resonancia.

Tales reflexiones de hagiografía y de imagería asociadas con la muerte pueden verse en otras instancias de poder espiritual no institucionalizado: por ejemplo, el del Che Guevara y de Bandaranaike de Sri Lanka. Las culturas difieren ampliamente, pero en ambos casos los partidarios asociaron a sus héroes muertos con el martirio santo y con el liderazgo espiritual.

Eva Perón ejerció un poder considerado por sus amigos y enemigos por igual como espiritual o místico, no institucionalizado e irracional, un poder que presentaba características que coinciden con la definición de su naturaleza femenina. En alguna medida, su continuada importancia y popularidad pueden atribuirse no sólo a su poder como mujer sino también al poder de los muertos. Como quiera que se pueda estructurar la visión que tiene una sociedad de lo que sigue a la vida, la muerte por su naturaleza sigue siendo un misterio, y hasta que la sociedad supera formalmente la conmoción que causa, una fuente de perturbación y desorden. Las mujeres y los muertos —la muerte y la femineidad— se encuentran en una relación similar con las formas sociales estructuradas: fuera de las instituciones públicas, no limitadas por las reglas oficiales, y más allá de las categorías formales. Como cadáver femenino que reitera un tema simbólico como mujer y como mártir, Eva Perón quizá tenga un doble derecho al liderazgo espiritual.

NOTAS

Para facilitar una lectura fluida, toda vez que fue posible, las referencias a puntos íntimamente relacionados que aparecen en un párrafo han sido citados juntos en una nota al final del párrafo. Dentro de cada nota, las obras se citan en el mismo orden en que aparecen en el texto los puntos a los que se refieren.

INTRODUCCIÓN

1. Versiones popularizadas de una Eva santa y sus partidarios místicamente fanáticos aparecen, por ejemplo, en *Barnes*, v.g., 76, 121, 136, 167, 175, 177, *Naipul* (1972a) y *Sacquard de Belleruche* (v.g., 77 [nota], 173, 175, 208) así como en el filme de Radley Metzger "Little Mother" (Audobon Films, 1973) y en la ópera rock "Evita" de Tim Rice y Andrew Webber (1977).

Ejemplos de obras más serias que se refieren a una interpretación análoga de Evita y su popularidad son *Bourne* (278, 279, 283), *Hennesy* (33, 35, nota 8) y *Lux Wurm* (cap. IX).

CAPÍTULO 1

1. Entrevista, 1972.
2. *Perón, E.*, 1951: 63.
3. *Crisóstomo*, 1970: 200-201; 208.

4. La doctora A. Namika Raby fue la primera en señalarme la posibilidad de paralelos entre los casos Perón y Bandaranaike. Le debo no sólo la inspiración original para esta comparación, sino también la mayor parte de la información sobre la que se basa.
5. Ver Ortner, 1973, y Rosaldo, 1973.
6. Ortner, 1973; Rosaldo, 1973: 30-31.
7. Rosaldo, 1973: 21, 29-30 citando a Bateson, 1958: 253; Landes, 1971: v; y Paul, 1973.
8. Rosaldo, 1973: 37-38, 42.
9. Ver Shack, 1966.
10. Ver Barth, 1959.
11. Ver Coomaraswamy, 1942.
12. 1961, 18-25.
13. Coomaraswamy, 1942: 1-10, 26-72, 50-53.
14. Ver Harper y Wadley, 1975: 121; 1977; Coomaraswamy, 1942: 69.
15. Faron, 1964: 8, 192-206.
16. Ibid., 158.
17. Harper, 1969.
18. Douglas, 1977: 141, 128, 133, 72, 57, 99, 71. Ver también Cott, 1977.
19. Pescatello, 1973.
20. Witke, 1977: 330, 342-343, 345.

CAPÍTULO 2

1. Ver, por ejemplo, su discurso del 25 de abril de 1947.
2. Ver Halperín, 1970: 9-24, citando a Irazusta, 2.
3. Sarmiento, 1970: 161-162.
4. Ibid., 40, 41, 141.
5. Ibid., 160.
6. Ibid., 91, 102, citando dos veces Alex, *Histoire de l'empire ottoman*.
7. Ibid., 207.
8. Ibid., 195.

CAPÍTULO 3

1. *Radiolandia*, 7 de abril de 1945: 25-29.
2. Roberto Pettinato, comunicación personal.
3. Borroni y Vacca, 1970: 75, citando Radio Belgrano, transmisiones de la semana del 23 de junio de 1944: "Hacia un futuro mejor". Libreto: Muñoz Azpiri.
4. *Panorama*, 21 de abril de 1970: 67.
5. Borroni y Vacca, 1970: 79-80, citando a "varias revistas", 9 de noviembre de 1944.
6. Luna, 1971: 337-338.
7. Borroni y Vacca, 1970: 129-131; *La Prensa*, 9 de febrero de 1946: 6; *Tribuna Democrática*, 13 de febrero de 1946: 5.
8. *Democracia*, 27 de noviembre de 1946: 9; 28 de noviembre de 1946: 5.
9. Ibid., 19 de marzo de 1946: 3, 4, 5.
10. *Tribuna Democrática*, 5 de marzo de 1947: 6.
11. Ibid., 12 de marzo de 1947: 6; 19 de marzo de 1947: 2.
12. *Democracia*, 27 de mayo de 1948, sección 2: 1.
13. *Tribuna Democrática*, 21 de agosto de 1946: 3; *La Vanguardia*, 13 de mayo de 1947: 6.
14. Borroni y Vacca, 1970: 166, citando a Eva Perón, transmisión de Radio Argentina del 11 de junio de 1947.
15. *Primera Plana*, 27 de diciembre de 1966: 37.
16. Ibid., 13 de diciembre de 1966: 40; *Registros del Congreso*, 26-27 de junio de 1947; Borroni y Vacca, 1970: 135.
17. Borroni y Vacca, 1970: 169.
18. *Primera Plana*, 22 de octubre de 1968: 61; *Democracia*, 28 de julio de 1951: 3.
19. *Democracia*, 29 de agosto de 1948: 3; 7 de diciembre de 1948: 1.

No es habitual en la Argentina que una mujer casada sea conocida simplemente por su nombre y el apellido del esposo, no acompañado por su apellido de soltera ni por el "de" que suele preceder al apellido del esposo. Sin embargo, el crédito por la "invención" del nombre Eva Perón es reclamado como un honor tanto por Raúl Apold (comunicación personal) como por Roberto Pettinato, según Francisco Muñoz Azpiri (comunicación personal). Ambas figuras, que fueron de importancia en la creación y el mantenimiento de la imagen pública de Eva Perón,

parecen creer que el acortamiento del nombre fue una contribución significativa para la formación de la identidad política de Eva.

Primera Plana cita setiembre de 1950 como la fecha de la decisión de Eva de acortarse el nombre. El autor aparentemente vincula la decisión con el cambio oficial del nombre de la Fundación "María Eva Duarte de Perón" (17 de diciembre de 1966: 37 b). El nombre acortado, Eva Perón, aparece aun antes de la fecha citada en la presente obra. *Democracia* lo usó en dos artículos relativos a la admiración de las mujeres brasileñas por la Primera Dama argentina. Dado que los artículos comprendían citas, y por lo tanto traducciones del portugués, y como su ejemplo no fue seguido por otros informes, se los puede considerar poco representativos (*Democracia*, 17 de enero de 1947: 5; 18 de enero de 1947: 5).

20. *El Hogar*, 7 de noviembre de 1947: 28-29.
21. *Borroni y Vacca*, 1970: 205-208.
22. *Primera Plana*, 27 de diciembre de 1966: 38.
23. *La Nación*, 20 de setiembre de 1951: 4; *Democracia*, 26 de enero de 1946: 11; 21 de setiembre de 1951: 1.
24. *Primera Plana*, 27 de diciembre de 1966: 37b-38.
25. *Democracia*, 6 de diciembre de 1951: 3.
26. *Baily*, 1967: 131; *Bourne*, 1970: 268.
27. *Arciniegas*, 1956: 58; *Borroni y Vacca*, 1970: 250; *Flores*, 1952: 233.
28. Noviembre de 1950: 16; diciembre de 1950: 2.
29. *Borroni y Vacca*, 1970: 249-250.
30. *Democracia*, 6 de diciembre de 1950: 3; 7 de diciembre de 1950: 3.
31. *Baily*, 1967: 100.
32. *La Vanguardia*, 18 de enero de 1946: 2; 5 de agosto de 1947: 3; *Borroni y Vacca*, 1970: 202.
33. *Primera Plana*, 10 de enero de 1967: 36; 7 de mayo de 1968: 69, 71; 20 de diciembre de 1966: 71 b.
34. *Arciniegas*, 1956: 59, citando a H. L. Matthews en *New York Times*.
35. *Primera Plana*, 10 de enero de 1967: 36; *Borroni y Vacca*, 1970: 243-45.
36. *Democracia*, 15 de julio de 1950; 15 de mayo de 1951: 1; 16 de mayo de 1951: 3; 19 de mayo de 1951: 3.
37. *Ciria*, 1971: 116; *Gallo*, comunicación personal.
38. *Perón, J.*, 1971: 135-136.
39. *Perón, J.*, 1970 b: 66.

40. *Borroni y Vacca*, 1970: 126.
41. *Bourne*, 266-268; *Main*, 188-189; cf. *Primera Plana*, 24 de enero de 1967: 38, citando a Penella de Silva.
42. *Peña*, 1971: 110; *Main*, 116.
43. *Borroni y Vacca*, 1970: 267-268.
44. *Ibid.*, 213, citando a Eva Perón: enero de 1949.
45. *Ibid.*, 242.
46. *Primera Plana*, 27 de setiembre de 1966: 39.
47. *Borroni y Vacca*, 1970: 243.
48. *Primera Plana*, 10 de enero de 1967: 37a-38b.
49. Esta descripción se basa en una transcripción hecha por *Borroni y Vacca*, 260-264, de los registros conservados en el Museo de la Palabra, Archivo General de la Nación.
50. *Primera Plana*, 10 de enero de 1967: 38b.
51. *Borroni y Vacca*, 1970: 259.
52. *Primera Plana*, 10 de enero de 1967: 38.
53. *Borroni y Vacca*, 1970: 268-272.
54. *Ibid.*, 274.
55. *Democracia*, 14 de marzo de 1952: 1.
56. *Ibid.*, 6 de abril de 1952: 1, 3; *Borroni y Vacca*, 277.
57. *Borroni y Vacca*, 1970: 278-284.
58. *Ibid.*, 287-289.
59. *Ibid.*, 284, 287-290.
60. *Ibid.*, 292-293.
61. *Arciniegas*, 1956: 99.
62. *Borroni y Vacca*, 1970: 317.
63. *Viñas*, 1965b: 20; *Democracia*, 4-6 de abril de 1952.
64. Apold, comunicación personal.
65. *Democracia*, 19 de agosto de 1952: 1.
66. *Borroni y Vacca*, 1970: 320-321.
67. *Sebreli*, 1966: 155.
68. *Borroni y Vacca*, 1970: 329; *Primera Plana*, 28 de mayo de 1968: 48; *Baily*, 1967: 150.
69. *Sebreli*, 1966: 156.
70. *Borroni y Vacca*, 1970: 287.
71. Ver *Baily*, que rastrea este tema en la publicidad de la CGT desde los días que siguieron a la muerte de Eva hasta el mes previo a la caída de Perón en 1955: 147-148, 154, 159.
72. *Borroni y Vacca*, 1970: 334-336.
73. *Ibid.*, 337.
74. Fiscalía Nacional de Recuperación Patrimonial y la Comisión Liquidadora, decreto ley 8124/57.

75. *García*, 1971: 431, citando a Percy Foster en el *Herald Examiner* de Los Angeles, 4 de mayo de 1970.
76. Percy Foster, comunicación personal.
77. *Borroni y Vacca*, 1970: 287.
78. *Ibid.*, 338-339.
79. *Ibid.*, 339-340.
80. *Ibid.*, 340.
81. *Ibid.*, 240-341.
82. *La Opinión*, 7 de setiembre de 1971: 24, citando notas y actas de la SIE.

CAPÍTULO 4

1. *Murray*, 1971: sin número de página.
2. *Perón, E.*, 1951: 65, 59, 261, 263-264.
3. *Ibid.*, 45-47 (bastardillas mías), 1971: 144.
4. 27 de agosto de 1947.
5. 208.
6. 1951: 74.
7. *Democracia*, 19 de octubre de 1951: 8.
8. Entrevista, 1970.
9. *Democracia*, 8 de octubre de 1951: 2.
10. *Tribuna Demócrata*, 1º de enero de 1947: 1.
11. *Tribuna Demócrata*, 27 de noviembre de 1946: 6.
12. *Tribuna Demócrata*, 12 de febrero de 1947.
13. *Tribuna Demócrata*, 30 de abril de 1947: 2.
14. *Tribuna Demócrata*, 4 de junio de 1947: 6.
15. *Tribuna Demócrata*, 2 de julio de 1947: 5.
16. *Walsh*, 1965: 31. Este notable relato de ficción de una entrevista con un miembro del comando que sepultó a Eva Perón, coincide con muchos de los datos de que se dispuso tras la exhumación del cuerpo en 1971.

CAPÍTULO 5

1. El lector observará que las fuentes citadas aquí para el Mito Negro representan diferentes tradiciones políticas. Esto se justifica en parte porque la Alianza Democrática incluía partidos

aparentemente diferentes, que conciliaron sus diferencias para oponerse a Perón. Pero puede objetarse que la crítica dirigida a Eva Perón desde la izquierda, como en los casos, por ejemplo, de *La Vanguardia* y de autores tales como Franco, surgen del contexto de una tradición de crítica de los valores burgueses que podría caracterizarse como una ética de la izquierda. Así, las críticas a la extravagancia material de Eva pueden interpretarse como la percepción de la inconsistencia política e ideológica que su aspecto y sus posesiones representaban. Ésta, por supuesto, es una calificación que se debe tener en cuenta. Pero parecería minimizarse por el hecho de que tal crítica posiblemente basada en la convicción ideológica es, como puede verse en todo este capítulo, análoga a la de versiones más conservadoras del Mito Negro y, lo que es más importante, se halla en el contexto de un conjunto similar de otros valores. Tal es el caso de la censura acerca de la sexualidad o de la falta de erudición de Eva, por ejemplo, que viene de la izquierda así como de la derecha. También es significativa la falta de percepción durante la década de Perón de toda coincidencia entre las ideas o la acción políticas de Eva y las de la izquierda. El intento de Repetto de llamar la atención hacia tal congruencia (1952) fue seriamente reprochado por sus compañeros socialistas. Además, la izquierda argentina ha ido modificando gradualmente su opinión de Eva Perón, como se acentúa en el capítulo 7 de este libro, hasta el punto de que algunos grupos de origen o convicción marxista han revertido por completo sus ideas. Puede ser de importancia observar que en estos casos, a los supuestos choques entre las actitudes o el aspecto de Eva con toda ética política no se los ha tenido en cuenta, lo que podría sugerir que nunca fueron de importancia principal. Sin embargo, será necesaria una mayor investigación de este punto antes de que se puedan extraer conclusiones definitivas, en especial respecto de la opinión de la izquierda en la Argentina de hoy.

2. Entrevista, 1970.
3. *Raggi*, 12; *Gillone*, 138.
4. 1951: 315.
5. *Borroni y Vacca*, 1970: 302, citando a Delia Parodi.
6. *Costanzo*, 1948: 56.
7. *El Laborista*, 4 de agosto de 1952: sin número de página. Colección Peronista, Biblioteca del Congreso, Buenos Aires: recortes periodísticos diversos.
8. *Tejada y Zubillaga*, 1953a: 65.

9. Lámina concebida por Napoleón Solleza y ejecutada por E. Meliante, 1952, para el Sindicato de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines: Colección Peronista, Biblioteca del Congreso, Buenos Aires. La doctora Noreen Stack llamó mi atención respecto de este documento no catalogado y luego tuvo la amabilidad de procurarme una reproducción.
10. V.g., *Langer*, 1966: 99; *Martínez Estrada*, 1956: 246-247; *Nai-pul*, 1972a: 6.
11. *Burgin*, 1970: 136, citando a Jorge Luis Borges.
12. Entrevista, 1970.
13. *Main*, 1956: 70-71.
14. *Boizard*, 1955: 128-130.
15. Entrevista, 1971.
16. *Perón, E.*, 1951: 63.
17. *Democracia*, 1º de noviembre de 1946: 3; 1º de diciembre de 1946: 1.
18. *Democracia*, 9 de agosto de 1952: 1; 5 de agosto de 1952: 1.
19. *Democracia*, 5 de agosto de 1952: 1; 19 de agosto de 1952: 1.
20. *Democracia*, 14 de enero de 1950: 3.
21. *Democracia*, 14 de febrero de 1951: 1.
22. *Perón, E.*, 1951: 278, 305.
23. *Democracia*, 14 de diciembre de 1946: 5; 28 de noviembre de 1946: 3; 19 de febrero de 1948: 9; 30 de noviembre de 1946: 3; 14 de diciembre de 1946: 5; 31 de diciembre de 1946: 5.
24. *Democracia*, 23 de noviembre de 1947: 5.
25. *El Hogar*, agosto de 1952: 11.
26. *Democracia*, 22 de febrero de 1952: 3; 7 de marzo de 1952: 1.
27. *Democracia*, 18 de junio de 1951: 1; 17 de diciembre de 1949: 3.
28. *Langer*, 1966: 100-103.
29. 1951: 61-62, 274, 30, 245.
30. *Ibid.*, 1951: 47.
31. *Democracia*, 13 de enero de 1950: 1.
32. *Democracia*, 13 de enero de 1950: 1; 18 de octubre de 1951: 2.
33. *Democracia*, 15 de diciembre de 1948: 1; 2 de mayo de 1950: 3; 27 de junio de 1952: 4; 18 de octubre de 1951: 2.
34. *Democracia*, 27 de julio de 1952: 2; 27 de julio de 1952: 8.
35. *Democracia*, 21 de junio de 1952: 2; 31 de julio de 1952: 3; octubre de 1951: 2; Apold, comunicación personal.
36. *Democracia*, 8 de mayo de 1952: 1; 15 de mayo de 1952: 1.
37. *Tribuna Demócrata*, 3 de agosto de 1946: última página; 28 de agosto de 1946: 6; *La Vanguardia*, 11 de marzo de 1947, suplemento, *Vanguardia Femenina*: sin número de página.

38. *La Vanguardia*, 5 de noviembre de 1946: 1; 24 de diciembre de 1946: 3 de junio de 1947: 4.
39. Entrevista, 1971.
40. *Democracia*, 26 de junio de 1947: 3; *Murray*, 1971: sin número de página; *Tejada y Zubillaga*, 1953b: 58.
41. *Raggi*, 1953: 12.
42. *Las Bases*, 23 de noviembre de 1971: 19.
43. *Tribuna Demócrata*, 4 de junio de 1947: 6; *Lombille*, 1956: 60; *Main*, 1956: 79; *Copi*, 1970: sin número de página; *Eloy Martínez*, 1970a: 44.
44. *Radiolandia*, 3 de junio de 1944: 26-28; *Ahora*, 10 de julio de 1947: tapa, 11-12; 15 de julio de 1947: tapa, 11; 17 de julio de 1947: 4-5.
45. *Murray*, 1971: sin número de página; *Martínez Paiva y Rivero*, 1970: vol. 2, 191.
46. *Tribuna Demócrata*, 5 de marzo de 1947: 6.
47. *Ghioldi*, 1956: 54.
48. *Democracia*, 3 de setiembre de 1947: 3.
49. *Democracia*, 30 de mayo de 1948: 3; 27 de julio de 1952: 5.
50. *Democracia*, 28 de diciembre de 1950: 4.
51. *Democracia*, 30 de mayo de 1948: 3.
52. *Perón, E.*, 1951: 192-94, 122.
53. *Democracia*, 23 de agosto de 1951: 5.
54. *Franco*, 1958: 150; *Main*, 1956: 121-124; *Ghioldi*, 1956: 51-53; *Aeossano*, 1955: 100.
55. *Martínez Estrada*, 1956: 260; *Borroni y Vacca*, 1970: 114, citando al coronel Gerardo Demetro, anteriormente de la Unidad Vigésima de Caballería, 1945, en su testimonio a *Primera Plana* del 19 de octubre de 1965.
56. *Democracia*, 21 de junio de 1952: 2; 31 de julio de 1952: 3; 8 de octubre de 1951: 2.
57. *Democracia*, 18 de marzo de 1949: 3; *Rina Rodríguez*, 1949; *Tejada y Zubillaga*, 1953b: 42; *Branchini*, 1953: 26.
58. *Capitski*, 1968: 2; *Borroni y Vacca*, 1970: 223, citando a Irma Cabrera de Ferrari.
59. *Tejada y Zubillaga*, 1953a: 1; *Aristondo*, 1949: 37; *La Razón*, 1º de agosto de 1952: sin número de página; Colección Peronista, Biblioteca del Congreso, Buenos Aires: recortes periódicos varios.
60. *Democracia*, 23 de agosto de 1947: 2; 18 de marzo de 1949: 3; *Perón, E.*, 1971: 9.

61. *Tejada y Zubillaga*, 1953b; *Tejada*, 1953a; *Mundo Infantil*, 4 de agosto de 1952: 1; ver también *Mundo Infantil*, 4 de agosto de 1952: 43; 18 de agosto de 1952: cubierta; *Tejada y Zubillaga*, 1953b: 42; *Costanzo*, 1948: 29.
62. *Democracia*, 29 de julio de 1952: 6; 31 de julio de 1952: 6; 20 de julio de 1952: 2; 3 de agosto de 1952: 2.
63. *Democracia*, 22 de agosto de 1952: 3.
64. *Ghioldi*, 1956: 54.
65. *Sánchez Zinny*, 1958: 98; *Ghioldi*, 1956: 24-26; *Libro Negro*, 1958: 43; *Lombille*, 1956: 133.
66. *Martínez Estrada*, 1956: 251.
67. *Ghioldi*, 1956: 60-61.
68. *Perón, E.*, 1951: 18, 126; 1971: 150.

CAPÍTULO 6

1. *Terragno*, 1971: 12.

2. Según el apólogo del régimen de Rosas, José María Rosa,

"El retrato no fue puesto sobre el altar, como los antirrosistas de Montevideo solían decir y como se acusó en la sentencia de Rosas de 1858. Muy poco faltaba para que la situación llegara a este punto, por supuesto, y los deseos de que así fuera existían entre el pueblo excitado. Se lo colocó en el antealtar «del lado del Evangelio», que tradicionalmente correspondía, y corresponde, a los jefes de Estado. El retrato fue tratado como se solía hacer en los banquetes, donde se le daba el lugar de honor y se le ofrecían brindis como si Rosas mismo estuviera presente."

En la misma página, Rosa da esta descripción del fomento del entusiasmo popular en el régimen de Rosas:

"La veneración del pueblo por el caudillo había llegado a la idolatría. Se lo identificaba a él con la patria, así como al federalismo con la religión. El obispo Medrano dio órdenes a los sacerdotes para que predicaran que «fuera del federalismo, ninguna religión es posible» (1964: vol. IV, 402)."

3. *Ramos Mejía*, 1927: vol. 2, 17-27; *Ibarguren*, 1961: 211, 213; *Sánchez Zinny*, 1941: 197; *López*, 1957: vol. VI, 178; vol. VII,

- 696; *Iriarte*, 1947: vol. 5, 202-203; *Rivera Indarte*, 1930: vol. 2, 188; *Sarmiento*, 1970: 237.
4. *Muello*, 1916: 113.
5. *Sánchez Viamonte*, 1930: 79.
6. *Arciniegas*, 1956: 79; *Sánchez Sorondo*, 1923: 163-165; *Corallini*, 1931: 261, citando a *Crítica*, 25 de enero de 1930: 5.
7. *Sánchez Sorondo*, 1923: 163-165; *Corallini*, 1931: 260-263.
8. *Corallini*, 1931: 258-259.
9. *Sánchez Viamonte*, 1937: 74; *López*, 1957: vol. VII, 696; *Martínez Estrada*, 1956: 107, 253.
10. *Martínez Estrada*, 1956: 289.
11. *Viñas*, 1963b.
12. 127, 29, 50, 94, 130.
13. *Tribuna Demócrata*, 5 de marzo de 1947: 6.
14. *Mosca*, 1946: 81; *Tribuna Demócrata*, 4 de diciembre de 1946: 5; 9 de abril de 1947: 6.
15. 1946: 48, 49, 86, 127.
16. *Viñas*, 1963a: 50.
17. *Iriarte*, 1947: vol. 5, 113; entrevista, 1970.
18. *Ramos Mejía*, 1927: vol. 2, 344-345.
19. *Wilde*, 1966.
20. 85.
21. *Sánchez Viamonte*, 1930: 105.
22. *Martínez Estrada*, 1956: 252-253; *Reyna Almandos*, 1920: 88; *Corallini*, 1931: 166-169.
23. *Reyna Almandos*, 1920: 107-108, 13, 131.
24. *Sánchez Viamonte*, 1930; *Reyna Almandos*, 1920: 338.
25. *Corallini*, 1931: 167-169; *Martínez Estrada*, 1956: 252.
26. *Corallini*, 1931: 161, 231, 281; *Reyna Almandos*, 1920: 183, 338; *Muello*, 1916: 53-54, citando a *La Nación*; *Damonte Taborda*, 1955: 73.
27. *Reyna Almandos*, 1920: 299-329; *Sánchez Zinny*, 1941: 154-155; *Goldar*, 1971: 89-90, citando a Jorgelina Loubet, *La breve curva*, sin fecha ni número de página; *Mosca*, 1946: 49.
28. El breve examen de Imaz de los valores de las clases superiores argentinas sugiere el valor y la definición de la cultura en los estratos superiores de la sociedad argentina. Su trabajo señala que la "cultura" y la "instrucción" comprenden categorías diferentes pero que la primera es valorada mucho más alto que la segunda (1962: 45-47).
29. Obviamente, las fuentes citadas aquí representan tradiciones políticas muy diferentes dentro del antiperonismo. Sin embar-

go, nuevamente el contexto de las observaciones contenidas en la nota 1, capítulo 5, hace posible trazar paralelos entre estas expresiones de posiciones ideológicas diferentes.

30. *La Vanguardia*, 3 de junio de 1947: 4; *Lombille*, 1956: 98; *Tribuna Demócrata*, 13 de noviembre de 1946: 5.
31. 1946: 46, 81, 127, 49, 102, 65.
32. *Ramos Mejía*, 1927: vol. I, 285-289; *Mármol*, 1887: vol. I, 71-72 y *passim*; *Iriarte*, 1947: vol. 5, 72.
33. *Mansilla*, 121. *Mansilla* apoyaba a Rosas, que era su cuñado, pero como miembro de la clase superior expresaba el sentimiento antipopular de la época.
34. *Ibid.*, 121, 24.
35. *Ramos Mejía*, 1927: vol. 2, 336-338; *Iriarte*, vol. 5, 72.
36. *Ibid.*, 336-338; *Mármol*, 1887, ver también 1917: 41-48; *Sánchez Zinny*, 1942: 58.
37. *Mansilla*, 1925: 128-129.
38. *Ramos Mejía*, 1927: vol. 2, 331; *Iriarte*, 1947: 72-73.
39. *Reyna Almandos*, 1920: 117; *Sánchez Viamonte*, 1930: 139-140.
40. *Ibid.*, 21, 11; *Ibid.*, 107; *Ayarragaray*, 1930: 96; *Villafañe*, 1922: 139-174.
41. *Sánchez Sorondo*, 1923: IX; *La Nación*, 12 de octubre de 1922: 4; *Reyna Almandos*, 1920: 21; *Martínez Estrada*, 1946: vol. 1, 46; vol. 2, 238.
42. *Ayarragaray*, 1930: 147; *Reyna Almandos*, 1920: 20; *Sánchez Sorondo*, 1923: vi; *Sánchez Viamonte*, 1930: 79; *Reyna Almandos*, 1920: 123-132.
43. *Sánchez Viamonte*, 1930: 91; *Terragno*, 1971: 12.
44. *Ayarragaray*, 1930: 104-105.
45. *Muello*, 1916: 121; *Reyna Almandos*, 1920: 11; *La Nación*, 12 de octubre de 1922: 4; *Reyna Almandos*, 1920: 79-80; *Sánchez Viamonte*, 1930: 74; *Reyna Almandos*, 1920: 89-90; *Muello*, 1916: 71.
46. *La Nación*, 12 de octubre de 1922: 4; *Sánchez Sorondo*, 1923: X-XI; *Reyna Almandos*, 1920: 89-90; *Sánchez Viamonte*, 1930: 74; *Ayarragaray*, 1930: 104-105; *Reyna Almandos*, 1920: 17, 116.
47. *Muello*, 1916: 99.
48. *Corallini*, 1931: 178-179; *Reyna Almandos*, 1920: 17, 74, 116; *Ayarragaray*, 1930: 104-105.
49. *Tribuna Demócrata*, 4 de diciembre de 1946: 4; *Martínez Estrada*, 1956: 50-51.

CAPÍTULO 7

1. Entrevista, 1972.
2. *Concatti*, 1972: 81.
3. 1951: 117.
4. 1971: 70.
5. Entrevista, 1972.
6. *Concatti*, 1972: 82.
7. Entrevista, 1972.
8. Que la sociedad argentina hubiera podido mostrarse más tolerante de cuanto esta opinión predecía puede ser la conclusión que podría extraerse del caso de Regina Paccini, cantante de ópera que se convirtió en la esposa del presidente Alvear en la década de 1920. Sin embargo, dos consideraciones califican toda comparación entre Paccini y "la Duarte": Alvear mismo no sólo tenía una posición de poder ortodoxo sino que además tenía la ventaja de una familia de la posición más alta posible en la Argentina. Además, Paccini se mostró dispuesta a adoptar el rol clásico de esposa del presidente. Si bien fue objeto de discriminación al principio, finalmente fue aceptada por la alta sociedad cuando asumió las pautas de ésta.
9. Cf. *Mosca*, 1946: 127.
10. Ver por ejemplo, *Gazzera*.
11. *Perón, E.*, 1951: 122, 193-194.
12. Ver *Cossa* y otros.

CAPÍTULO 8

1. *Hertz*, 1970b; *van Gennep*, 1908 y 1909.
2. *Hertz*, 1970a.

BIBLIOGRAFÍA

PERIÓDICOS Y OBRAS NO PUBLICADAS

Ahora

Así

Las Bases

Copi, *Eva Perón*. Copia no publicada. Traductor anónimo.

Crónica

Daily Mirror

Democracia

La Época

El Hogar

El Laborista

Mundo Infantil

Mundo Peronista

La Nación

Noticias Gráficas

El Obrero Ferroviario

La Opinión

Perón, Eva, *Discursos*, colección no publicada, Dirección General de Prensa, Subsecretaría de Informaciones, Presidencia de la Nación, 1946-1952.

La Prensa

Panorama

Primera Plana

El Pueblo

Radiolandia

La Razón
The Times
Tribuna Demócrata
La Vanguardia

OBRAS GENERALES

- Acosano, Benigno (1955), *Eva Perón: su verdadera vida*, Buenos Aires, Editorial Lamas.
- Arciniegas, Germán (1956), *Entre la libertad y el miedo*, 8ª ed., Buenos Aires, Editorial Sudamericana. Publicado originalmente en México en 1952.
- Aristondo, Ángel (1949), *Por la senda de Perón*, Buenos Aires, sin indicación de editor.
- Ayarragaray, Lucas (1930), *Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos*, Buenos Aires, J. J. Lajouane y Cía.
- Baily, Samuel L. (1967), *Labor, Nationalism, and Politics in Argentina*, New Brunswick, Rutgers University Press.
- Barnes, John (1978), *Evita - First Lady. A Biography of Eva Perón*, Nueva York, Grove Press.
- Barth, Fredrik (1959), *Political Leadership Among Swat Pathans*, Londres, The Athlone Press.
- Basualdo, Ana, "Eva Perón: 20 años después", en *Panorama*, 20 de julio de 1972, 26-29.
- Bateson, Gregory (1958), *Naven*, Stanford, Stanford University Press.
- Boizard, Ricardo (1955), *Esa noche de Eva Perón*, Buenos Aires, Editorial De-Du.
- Borroni, Otelio, y Vacca, Roberto (1970), *La vida de Eva Perón*. Vol. I: *Testimonios para su historia*, Buenos Aires, Editorial Galerna. Esta obra debía estar formada por dos volúmenes, pero el segundo, que consistía en materiales que suplementaban la cronología y los testimonios del primero, aún no ha aparecido.
- Bourne, Richard (1970), *Political Leaders of Latin America*, Nueva York, Knopf.
- Branchini, Lía Casas de (1953), *Las hadas buenas*, Buenos Aires, Editorial Luis Lasserre.

- Burgin, Richard (1970), *Conversations with Jorge Luis Borges*, Discus Books, Nueva York, Avon Books.
- Cámaras de Diputados y Senadores de la Nación, *Diarios de Sesiones*.
- Capitski, Jorge, "La prehistoria de Eva Perón", en *Todo es Historia*, junio de 1968: 8-21.
- Celesia, Ernesto (1954), *Rosas: aportes para su historia*, Buenos Aires, Peuser.
- Ciria, Alberto (1971), *Perón y el justicialismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Compañy, Francisco (1954), *Eva Perón: la abanderada inmóvil*, Córdoba, sin indicación de editorial.
- Concatti, Rolando (1972), *Nuestra opción por el peronismo*, 2ª ed., Mendoza, Publicaciones del Movimiento Sacerdotes para el Tercer Mundo.
- Registros del Congreso: ver Cámaras de Diputados y Senadores de la Nación.
- Coomaraswamy, A. K. (1942, reimpreso en 1967), *Spiritual Authority and Temporal Power in the Indian Theory of Government*, New Haven, American Oriental Society (reeditado: Nueva York, Kraus Reprint Corporation).
- Corallini, Enrique (1931), *Formas y enseñanzas de la última crisis en la República Argentina: dos épocas - dos gobiernos*, Buenos Aires, Rasso.
- Cossa, Roberto; Rozenmacher, Germán; Somigliana, Carlos, y Talesnik, Ricardo (1970), *El avión negro*, Buenos Aires, Talía.
- Costanzo, Francisco (1948), *Evita: alma inspiradora de la justicia social en América*, Buenos Aires, Castroman, Orbix y Cía.
- Cott, Nancy F. (1977), *The Bonds of Womanhood: "Woman's Sphere" in New England, 1780-1835*, New Haven, Yale University Press.
- Crisóstomo, Isabelo T. (1973), *Marcos the Revolutionary*, Quezon City, J. Kriz.
- Damonte Taborda, Raúl (1955), *Ayer fue San Perón: 12 años de humillación argentina*, 2ª ed., Brasil, 1954; reimpreso en Buenos Aires, Ediciones Gure.
- Díaz Iverson, Jorge, "Eva Perón", en *Favoritos de la Historia*, 3 de julio de 1969: 11-14.
- Douglas, Ann (1977), *The Feminization of American Culture*, Nueva York, Alfred A.

- Echeverría, Esteban (1958), *La cautiva. Seguido de El matadero - La guitarra - Rimas*, 6ª ed., Buenos Aires, Editorial Sopena Argentina. *El matadero* fue publicado por primera vez en 1840.
- Faron, L. C. (1964), *Hawks of the Sun: Mapuche Morality and its Ritual Attributes*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Fays, Carlos S. (1967), *La naturaleza del peronismo*, Buenos Aires, Viracocha.
- Flores, María (seudónimo de Mary Main) (1952), *The Woman with the Whip: Eva Perón*, Nueva York, Doubleday and Company.
- Franco, Luis (1945), *El otro Rosas*, Buenos Aires, Editorial Claridad.
- (1958), *Biografía patria: visión retrospectiva y crítica del reciente pasado argentino*, Buenos Aires, Editorial Stilcograf.
- Gálvez, Manuel (1940), *Vida de don Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, El Ateneo.
- García, Eduardo Augusto (1971), *Yo fui testigo: antes, durante y después de la segunda tiranía*, Buenos Aires, Luis Laserre Editores.
- Gazzera, Miguel (1970), "Nosotros, los dirigentes", en *Peronismo: autocrítica y perspectivas*, por Miguel Gazzera y Norberto Ceresole, Buenos Aires, Editorial Descartes.
- Ghioldi, Américo (1952), *El mito de Eva Duarte*, Montevideo, sin mención del editor.
- (1956), *De la tiranía a la democracia social*, Buenos Aires, Ediciones Gure.
- Gillone, Elsa G. R. Cozzani de (1953), *Mensaje de luz*, Buenos Aires, Ángel Estrada y Cía.
- Goldar, Ernesto (1971), *El peronismo en la literatura argentina*, Buenos Aires, Editorial Freeland.
- Halperin, Tulio (1961), "Crónica del período", en *Argentina 1930-1960*, Buenos Aires, Editorial Sur.
- (1970), *El revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Hanglin, Fernando, "Aquí yace Eva Perón", en *Panorama*, 12 de enero de 1966: 3-16.
- Harper, Edward B. (1969), "Fear and Status of Women", en *South-western Journal of Anthropology*, volumen 25.
- Hennessy, Alastair (1969), "Latin America", en *Populism: Its Meanings and National Characteristics*, Ghita Ionescu y Ernest Gellner, compiladores.

- Hertz, R. (1970a), "Sainte Besse: Etude d'un culte alpestre", en *Sociologie religieuse et folklore*, París, Presses Universitaires de France.
- (1970b), "Contribution à une étude sur la représentation collective de la mort", en *Sociologie religieuse et folklore*, París, Presses Universitaires de la France.
- Ibarguren, Carlos (1961), *Juan Manuel de Rosas: su vida y su drama, su tiempo*, 1930; reimpresso Buenos Aires, Ediciones Teoría.
- Imaz, José Luis de (1962), *La clase alta de Buenos Aires*, investigaciones y trabajos del Instituto de Sociología, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- Irazusta, Julio (1952), *Ensayos históricos*, Buenos Aires, La Voz del Plata.
- Iriarte, Tomás de (1946), *Memorias*. Vol. 5: luchas de unitarios, federales y mazorqueros en el Río de la Plata, 2ª ed., Buenos Aires, Ediciones Argentinas Sociedad Impresora Americana. Escrito en 1835-1847; no publicado hasta 1946.
- Landes, Ruth (1971), *The Ojibwa Woman*, Nueva York.
- Langer, María (1966), *Fantasías eternas: a la luz del psicoanálisis*, 2ª ed., Buenos Aires, Ediciones Hormé.
- Leach, E. R. (1961, reed. 1963), *Rethinking Anthropology*, Londres, Athlone Press.
- Libro negro de la segunda tiranía* (1958), Comisión Nacional de Investigaciones (Julio Noé, Julián Duprat, Joaquín Otero, Juan Tomás), Buenos Aires, Fiscalía Nacional de Recuperación Patrimonial.
- Lombille, Román J. (1956), *Eva, la predestinada: alucinante historia de éxitos y frustraciones*, 2ª ed., Buenos Aires, Ediciones Gure.
- López, Vicente Fidel (1957), *Historia de la República Argentina: su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*, 1883-1892, 5ª ed., Buenos Aires, Editorial Sopena Argentina.
- Luna, Félix (1971), *El 45: crónica de un año decisivo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Lux-Wurm, Pierre (1965), *Le Péronisme*, París, Librairie general de droit et de jurisprudence.
- Main, Mary (1956), *La mujer del látigo: Eva Perón*, traducido por Augusto Jordán, Buenos Aires, Ediciones La Rreja.
- Mansilla, Lucio V. (1925), *Rosas: ensayo histórico-político*, 1898, 2ª ed., Buenos Aires, "La Cultura Argentina".

- Mármol, José (1887), *Amalia - Novela histórica americana*, 1851, reed. París, Librería de Garnier Hermanos.
- (1917), *Manuela Rosas: rasgos biográficos*, 8ª ed., Buenos Aires, Empresa Administradora y Reimpresora de Obras Americanas.
- Mármol, José Varela, Florencio, y Echeverría, Esteban (1913), *La manía del satanismo político bajo la dictadura de Rosas*, Buenos Aires, Librería "El Gran Sarmiento".
- Martínez, Tomás Eloy (1970a), "Eva Perón, semidiosa de Hollywood", en *Panorama*, 24 de febrero de 1970: 43-44.
- (1970b), "Teatro: los muertos que vos matáis", en *Panorama*, 23 de marzo de 1970: 44-46.
- Martínez Estrada, Ezequiel (1946), *Radiografía de la pampa*, 3ª ed., 1933, Buenos Aires, Editorial Losada.
- (1956), *¿Qué es esto?*, Buenos Aires, Editorial Lautaro.
- Martínez Paiva, Celina R. de, y Rivero, María Rosa Pizzuto de (1967), *La verdad: vida y obra de Eva Perón*, 2 vols., Buenos Aires, Editorial Astral.
- Moffat, Alfredo (1967), *Estrategias para sobrevivir en Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez.
- Mosca, Enrique M. (1946), *Unión, democracia y libertad*, Buenos Aires, Juan Perrotti.
- Muello, Ernesto (1916), *¿Regeneradores?... No, mistificadores*, La Plata, sin mención de editorial.
- Murray, Luis Alberto (sin fecha), *Vida y obra de Eva Perón: historia gráfica*, Buenos Aires, sin mención de editor ni de páginas.
- Naipul, V. S. (1972a), "The Corpse at the Iron Gate", en *New York Review of Books*, 10 de agosto de 1972: 3-8.
- (1972b), "Borges", en *New York Review of Books*, 19 de octubre de 1972, 3-6.
- National Commission of Investigations: ver *Libro negro de la segunda tiranía*.
- Ocampo, Victoria (1945), *A las mujeres argentinas*, Buenos Aires, Editorial Sur.
- Ortner, Sherry B. (1973), "Is Female to Male as Nature Is to Culture?", en *Woman, Culture and Society*, Michelle Zimbalist Rosaldo y Louise Lamphere, compiladoras.
- Paul, Lois (1973), "The Mastery of Work and the Mystery of Sex in a Guatemalan Village", en *Woman, Culture and Society*, Michelle Zimbalist Rosado y Louise Lamphere, compiladoras. Stanford, Stanford University Press.
- Peña, Milcíades (1971), *Masas, caudillos y élites: la dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Ediciones Fichas.

- Perelman, Ángel (1961), *Cómo hicimos el 17 de octubre*, Buenos Aires, Ediciones Coyoacán.
- Perón, Eva (1951), *La razón de mi vida*, Buenos Aires, Ediciones Peuser.
- (1971), *Historia del peronismo*, Buenos Aires, Editorial Freeland.
- Perón, Juan (1970a), "Las memorias de Juan Perón: 1895-1945", en *Panorama*, 14 de abril de 1970: 21-22.
- (1970b), "Las memorias de Juan Perón: habla sobre Eva Perón", en *Panorama*, 21 de abril de 1970: 66-67.
- (1971), *Conducción política*, Buenos Aires, Editorial Freeland.
- Pescatello, Ann (1973), *Female and Male in Latin America: Essays*, introducción, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Raggi, Ángela (1953), *Pueblo feliz*, Buenos Aires, Editorial Luis Laserre.
- Ramos Mejía, José María (1927), *Rosas y su tiempo*, obras completas, vols. 1-3, 1907, 3ª ed., Buenos Aires, Editorial Científica y Literaria Argentina Atanasio Martínez.
- Repetto, Nicolás (1952), editorial, *Nuevas bases*, 5 de agosto de 1952: 2.
- Reyna Almandos, Luis (1919), *Hacia la anarquía, examen de la política radical*, Buenos Aires, El Ateneo.
- (1920), *La demagogia radical: la tiranía (1916-1919)*, 2ª ed., Buenos Aires, El Ateneo.
- Rodríguez, Ángela Rina (1949), *Eva de América: Madona de los humildes*, Buenos Aires, sin mención de editor.
- Rivera Indarte, José (1930), *Rosas y sus opositores*, publicación original en 1843; reedición, Buenos Aires, El Ateneo.
- Rosa, José María (1964), *Historia argentina*, Buenos Aires, Oriente.
- Rosaldo, Michelle Zimbalist (1973), "Woman, Culture, and Society: A Theoretical Overview", en *Woman, Culture and Society*, Michelle Zimbalist Rosaldo y Louise Lamphere, compiladoras, Stanford, Stanford University Press.
- Sacquard de Belleruche, Maud (1972), *Eva Perón: La Reine des sanschemises*, París, La Jeune Parque.
- Saldías, Adolfo (1968), *Historia de la Confederación Argentina*, Buenos Aires, Eudeba.
- Sánchez Sorondo, M. G. (1923), *Historia de seis años*, Buenos Aires, Agencia General de Librería (1923 es la fecha de la introducción).
- Sánchez Viamonte, Carlos (1930), "El último caudillo", en diario *El País*.

- Sánchez Zinny, E. F. (1942), *Manuelita de Rosas y Ezcurra: verdad y leyenda de su vida*, Buenos Aires, Imprenta López.
- (1958), *El culto de la infamia: historia documentada de la segunda tiranía argentina*, Buenos Aires, sin mención de editor.
- Santander, Silvano (1953), *Técnica de una traición. Juan D. Perón y Eva Duarte agentes del nazismo en la Argentina*, Montevideo, sin mención de editor.
- Sarmiento, Domingo F. (1970), *Facundo: civilización y barbarie*, 1845, reimpreso en Madrid, Alianza Editorial.
- Sebreli, Juan José (1966), *Eva Perón: ¿aventurera o militante?*, Buenos Aires, Ediciones Siglo XX.
- Shack, William A. (1966), *The Gurage: A People of the Ensete Culture*, Londres, Oxford University Press.
- Tejada, Ana Lerdo de, y Zubillaga, Aurora (1953a), *Un año más*, Buenos Aires, Editorial Luis Lasserre.
- (1953b), *Ternura*, Buenos Aires, sin mención de editor.
- Terragno, Rodolfo (1971), "El usufructo de un mito", en *La Opinión*, 29 de julio de 1971: 12.
- Valenti, José J. C. (1951), *Cuatro mujeres de la historia americana*, Buenos Aires, sin mención de editor.
- Van Gennep, A. (1908), "L'action individuelle et l'action collective dans la formation du culte de la sainte vierge", en *Religions, Moeurs et Légendes: Essais d'Ethnographie et Linguistique*, 1ª serie, París, Société du Mercure de France.
- (1909), "A propos de Jeanne d'Arc", en *Religions, Moeurs et Légendes: Essais d'Ethnographie et Linguistique*, 1ª serie, París, Société du Mercure de France.
- Villafañe, Benjamín (1922), *Yrigoyen, el último dictador*, Buenos Aires, Moro Tello y Cía.
- Viñas, David (1963a), "Venganza", en *Las malas costumbres*, Buenos Aires, Editorial Jancana.
- (1963b), "La señora muerta", en *Las malas costumbres*, Buenos Aires, Editorial Jancana.
- (1965a), "14 hipótesis en torno a Eva Perón", en *Marcha*, 23 de julio de 1965: 19-20.
- (1965b), "14 hipótesis en torno a Eva Perón", en *Marcha*, 3 de setiembre de 1965: 23-24.
- Wadley, Susan S. (1975), *Shakti: Power in the Conceptual Structure of Karimpur Religion*, Chicago, Department of Anthropology, University of Chicago.
- (1977), "Women and the Hindu Tradition", en *Signs*, volumen 3, nº 1.

- Walsh, Rodolfo (1965), "Esa mujer", en *Los oficios terrestres*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.
- Wilde, José A. (1966), *Buenos Aires desde 70 años atrás (1810-1880)*, Serie Siglo y Medio, 4ª ed., Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Witke, Roxane (1977), *Comrade Chiang Sh'ing*, Boston, Little, Brown and Co.

ÍNDICE

Reconocimientos	9
<i>Introducción: EL MITO DEL MITO</i>	13
1. EL PODER DE UNA MUJER	27
2. EL TELÓN DE FONDO	43
Dos Argentinas	46
Dos genealogías políticas	57
3. LA BIOGRAFÍA	63
4. LOS MITOS	119
La Dama de la Esperanza	119
La mujer del Mito Negro	127
Eva la mala	127
Eva la Diosa	135
5. ANÁLISIS PRELIMINAR	139
La mujer	140
Belleza, pureza y femineidad	141
La esposa	146
La madre	148
La mártir	153

Símbolos de status	156
La mística y las masas	167
6. LAS MASAS	179
Naturaleza irracional	181
Impulsos fisiológicos: sexo y violencia	185
Lesa civilización	191
7. EVA LA REVOLUCIONARIA	201
Eva Perón: revolucionaria	202
Eva y Juan	206
Poder no institucionalizado	216
Guardiana de la pureza	220
Renunciamiento	221
Conclusiones	223
8. CONCLUSIONES	229
Notas	235
Bibliografía	249

Este libro se terminó de imprimir
el 13 de noviembre de 1981 en
Del Carril Impresores,
Av. Francisco P. Moreno 2639/41,
Buenos Aires